PUBLICACIONES INTERAMERICANAS
Pacific Press Publishing Association
Mountain View, California
EE. UU. de N.A.

VERSIÓN ESPAÑOLA
Traductor Jefe: VICTOR E. AMPUERO MATTA
Traductora Asociada: NANCY W. DE VYHMEISTER
Redactores: SERGIO V. COLLINS
FERNANDO CHAIJ
TULIO N. PEVERINI
LEÓN GAMBETTA
JUAN J. SUÁREZ
Reeditado por: Ministério JesusVoltara
http://www.jesusvoltara.com.br

Igreja Adventista do Sétimo Dia

ARTÍCULOS GENERALES

La Iglesia Cristiana Primitiva

I. Jesucristo, el fundador de la iglesia

La iglesia universal.-

Jesucristo es el fundador de la Iglesia universal. En primer lugar, lo es en el sentido de que ella abarca toda la congregación o familia de Dios que se extiende desde Adán hasta la segunda venida del Señor, y en segundo lugar, en el sentido particular de que es el fundador de la iglesia a partir de su encarnación. Consideraremos aquí a la iglesia universal en este segundo sentido.

Jesucristo no vino con la indescriptible gloria de la Deidad para fundar la iglesia cristiana, sino que apareció con la semejanza de carne de pecado (Rom. 8: 3), y por eso fue muy mal comprendido. Tampoco vino con la pompa de la realeza humana, sino como un hombre sencillo y común, lo cual decepcionó a los judíos, quienes esperaban que la venida del Mesías sería el acontecimiento más esplendoroso de cuantos se hubieran visto alguna vez.

El Mesías.-

Sin embargo, Jesucristo era el Mesías. Los judíos no entendieron dos verdades gemelas: (1) que el Mesías sería Dios mismo, y (2) que según el discurrir de los acontecimientos habría dos venidas del Mesías. El primer advenimiento daría al Mesías la oportunidad de condenar "al pecado en la carne" (Rom. 8: 3)

y de gustar "la muerte por todos" (Heb. 2: 9); y el segundo advenimiento debería estar acompañado con el triunfo de la gloria del cielo, para cosechar el fruto de las labores que la iglesia debería llevar a cabo bajo el poder del Espíritu Santo, durante el lapso de siglos que separaría las dos grandes apariciones del Señor. En su primera venida Cristo cumplió perfectamente las profecías mesiánicas. El destacó este cumplimiento basándose en Isaías (cap. 61: 1-2ª), cuando lo afirmó en la sinagoga de Nazaret en un sábado inolvidable (Luc. 4: 16-22). Al concluir la lectura en el lugar en que lo hizo, separó la obra salvífica de su primera venida del "día de venganza del Dios nuestro" (Isa. 61: 2b), obra que sólo se consumará con su segundo advenimiento (DTG 206-208).

El Maestro.-

Jesús vino para enseñar. En primer lugar, enseñaba con el ejemplo de una vida inmaculada. Mientras vivía impecablemente, se desprendían de sus labios palabras de verdad pronunciadas con sencillez, que penetraban en la mente de los más desvalidos y de los pecadores más entenebrecidos. Hasta los poseídos del demonio escuchaban sus palabras. También enseñaba por medio de parábolas para los que quisieran ahondar y analizar, pero los dejaba expuestos a la frustración si permitían que su pensamiento no fuera claro y receptivo. "Te alabo, Padre, . . . por 20 que escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños" (Mat. 11: 25).

La revelación de Dios.-

Los paganos temían a sus dioses -aquellos en los cuales aún creían- y los aplacaban con sacrificios y holocaustos sangrientos. Los judíos, conscientes de sus faltas, habían llegado al punto de ver a Dios, no como el Padre Creador que es, sino como una Deidad ofendida que buscaba la oportunidad de castigar a los desobedientes. Pensaban que podían aplacarlo con fin estricto régimen de vida, con un legalismo obligatorio y restrictivo, con una demostración pública de religiosidad. Su conciencia los impulsaba a procurar congraciarse con Dios mediante una rutina interminable de sacrificios requeridos por la ley; pero ese intento se frustraba por la falta de espiritualidad en sus corazones. Se esforzaban por ofrecer a Dios una justicia de hechura humana.

Jesús no vino a manifestar a Dios en lo que se refiere a su poder y su gloria visible, sino a mostrar ante la gente aquellos atributos proclamados a Moisés en el monte (Exo. 33: 18 a 34: 9): sabiduría, misericordia y rectitud, y el atributo supremo del amor. Sólo Dios, y nadie más, podía dar esa revelación a los hombres que tanto se habían apartado de él, hasta el punto de que no pudieran resistir el esplendoroso fulgor de su gloria. La justicia debe venir de Dios.

De esa manera Jesús manifestó el amor bondadoso y las otras virtudes apacibles del benigno carácter de un Padre tierno y misericordioso. Predicaba de gloria y de condenación, pero destacaba el gozo en el Señor y la belleza de la santidad. Afirmó: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida... El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14: 6, 9). No la gloria visible -todavía

no-, sino todo aquello con lo que él pudiera manifestar a Dios mientras estuviera en carne humana, fue vivido y enseñado por Jesús.

La obra.-

Jesús hacía grandes milagros bajo el poder del Espíritu Santo mientras vivía con su divinidad velada por la humanidad. Resucitaba a los muertos, sanaba a los enfermos, aquietaba las agitaciones de la naturaleza, reprendía y expulsaba a los demonios, los hacía salir de las vidas de las personas como una vez antes los había expulsado del cielo. Alimentó los cuerpos hambrientos de la gente mediante la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y también alimentaba sus almas por medio de la multiplicación de las verdades espirituales.

Cumplía su misión sin alardes, sin un exhibicionismo indebido. Constantemente era mal comprendido, con frecuencia calumniado; demostraba prudencia; muchas veces ordenaba a los sanados por sus curaciones que no revelaran quién los había socorrido. Pero a pesar de todo esto, sus obras eran hechas públicamente, y no podían menos que llamar la atención.

El Evangelio público.-

Tenía que ser así. La gente debía conocer la misión de Jesús y su mensaje. Debía ser atraída hacia él. Y lo fue. No sólo doce sino setenta se pusieron directamente bajo su liderazgo, y hubo veces cuando millares lo siguieron.

El testimonio terminó en Judea. Los samaritanos no quisieron oírlo porque "su aspecto era como de ir a Jerusalén" (Luc. 9: 53). Predicó en Galilea y trabajó allí vez tras vez; pero en Nazaret misma y en otros lugares la gente rechazó su ministerio.

Cuando se acercaba el fin de su obra en la tierra, permitió que la atención pública se concentrara más y más en él. La colina del Calvario se vislumbraba en el horizonte del tiempo, y la gente debía estar atenta cuando él subiera esa colina para morir en la cruz. Alimentó a cinco mil -sin contar las mujeres ni los niños- y después a cuatro mil; entre tanto sus discípulos esperaban que pudiera ser hecho rey. Cuando resucitó a Lázaro, toda la gente lo supo. Entró triunfalmente en Jerusalén mientras lo aclamaba el pueblo, y una corona real de nuevo apareció en la 21 imaginación de sus discípulos. Y cuando llegó el fin, también lo supieron todos los judíos.

La iglesia.-

Jesús, como fundador de un movimiento, dijo sólo lo indispensable para que la posteridad leyera en cuanto a su iglesia que él mismo fundó. El escritor evangélico hace equivaler la palabra probablemente aramea que Jesús usó con la palabra griega ekkl'sía, "iglesia", que viene de una raíz que significa "llamar fuera".

"Ekkl'sía" se usaba para referirse a las asambleas de ciudadanos en los

gobiernos de las ciudades-estados de Grecia. En la LXX adquiere un significado religioso como la "congregación" de Israel, y en el Nuevo Testamento se aplica a la asamblea espiritual de los santos de Cristo. La sólida e íntima comunión entre sus miembros que hizo de la iglesia una organización, se puede ver cuando Cristo le encomendó un programa de servicio.

Cristo dijo que él edificaría su iglesia, y que su construcción sería levantada por medio de hombres de fe sincera en él como el Hijo de Dios, hombres que confesarían su nombre (Mat. 16: 15-19). Esto implicaría necesariamente la misión de enseñar y la consiguiente recepción en la comunión de la iglesia de los que aceptaran la predicación de la Palabra. Cristo entretejió en sus enseñanzas generales los detalles del proceso de la formación de su iglesia.

La iglesia debía poseer autoridad. El miembro de la asamblea de los santos que rechazara la oportunidad de ser reconciliado con sus hermanos, debía ser expulsado, y la excomunión contaría con la aprobación del cielo y concordaría con las decisiones del cielo (Mat. 18: 15-18).

La comisión evangélica.-

Antes de que terminara su vida terrenal, Jesús confió a sus discípulos la tarea de una gran comisión, cuyo cumplimiento los llevaría por todo el mundo. Los discípulos debían enseñar el mensaje evangélico y bautizar a cada uno que entrara en la iglesia. Por supuesto, el conocimiento de la voluntad y de las palabras de Cristo debía acompañar al bautismo mediante el cual la iglesia reconocía a sus nuevos miembros. Y para que los discípulos tuvieran experiencia en esa obra y se familiarizaran con ella, Cristo envió primero a doce, después a setenta, de dos en dos. Debían llevar un mínimo de posesiones terrenales, pero muchísimo Poder espiritual.

El envío de esos hombres no podía hacerse al azar, pues Jesús respetaba el orden. La mañana de la resurrección, antes de que Jesús se presentara ante su Padre, se detuvo para poner en orden los lienzos y el sudario(Juan 20: 5-7). El envió de los doce y de los setenta, y el mismo plan de la comisión evangélica, sólo podrían haber proseguido con buen orden y con método. La iglesia estaba fundada sobre una base de sistema y organización.

La terminación del ministerio de Jesús.-

Finalmente los recelos que los dirigentes tenían de Cristo y la incomprensión de la gente en cuanto a la condición y la obra del Mesías, llegaron a su clímax.

Los judíos insistieron en que los romanos lo crucificaran, a lo cual accedió un servil y oportunista procurador romano: Poncio Pilato. Este procuró librarse de su responsabilidad en esta condena lavándose las manos; pero no hubo agua que pudiera quitarle su culpa.

Y los judíos tomaron sobre ellos la responsabilidad con su horrible declaración: "Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos" (Mat. 27:

25).

La expiación vicaria.-

Es innecesaria la especulación en cuanto a quiénes, si los judíos o los romanos, causaron la muerte de Cristo, puesto que "él herido [o 'atormentado'] fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados" (Isa. 53: 5); "llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 Ped. 2: 24).

En la mente de Dios siempre estuvo presente el plan que había dispuesto para hacer frente 22 al pecado: que su Hijo viviera sin pecado en la tierra para demostrar así que su ley puede ser guardada; y que, aunque inocente, muriera y condenara al "pecado en la carne" (Rom. 8: 3), cumpliendo así el significado de los sacrificios del Antiguo Testamento y demostrando que la muerte es el resultado de violar la ley de Dios. Cristo siempre pensó en cumplir con esa determinación y, por lo tanto, se encarnó, vivió intachablemente y dejó un ejemplo que todos podrían seguir con el poder divino (1 Ped. 2: 21-23). Gustó "la muerte por todos" (Heb. 2: 9) tomando sobre sí, en expiación vicaria, los pecados de todos los que aceptaran "una salvación tan grande" (Heb. 2: 3). Murió, como si él hubiera sido pecador, para impartir su justicia gratuitamente por los pecados de los hombres -aceptados en forma voluntaria-, e intercambió su vida por la muerte del pecador, sin pronunciar queja alguna (2 Cor. 5: 21). "Pasa de mí esta copa -oró-; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Luc. 22: 42).

No es necesario distribuir la culpa entre Caifás, Herodes y Pilato. El pecado, que dominaba a todos éstos, fue el que mató a Cristo, pues en las densas tinieblas de la cruz experimentó la separación de su Padre (Mat. 27: 46) y murió con el corazón quebrantado (Juan 19: 34-35). Murió por nosotros.

La resurrección.-

"La paga del pecado es muerte" (Rom. 6: 23). Pero la muerte no podía retener al Señor en el sepulcro (Hech. 2: 24) porque él tenía vida divina en sí mismo (Juan 5: 26; 10: 17-18; DTG 489), porque el Padre lo llamó (Mat. 28: 2-4; DTG 726, 729) y porque como no había pecado (1 Ped. 2: 22) la muerte no tenía ningún derecho sobre él.

Cuando resucitó, después de haber gustado la muerte por todos los hombres y de vencer la tumba, dio vida a todo ser humano: "Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Cor. 15: 22). Tan completa y eficiente fue la victoria de Cristo -Ser inmaculado- sobre la muerte, que su resurrección se convirtió en el tema de la iglesia apostólica; y Pablo, contemplando por anticipado el segundo advenimiento, exclamó: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?" (1 Cor. 15: 55). La vida, la dádiva que Cristo dio a Adán en la creación, se convirtió otra vez en su dádiva particular, ofrecida gratuitamente a cada hijo de Adán que, de otro modo condenado a muerte, podía ahora aceptar la vida del Salvador resucitado (Rom. 5: 10; 8: 11).

Los cuarenta días.-

Durante los cuarenta días que transcurrieron inmediatamente después de la resurrección, Cristo estuvo a disposición de los discípulos y se encontró con ellos varias veces. María, que lo saludó temprano en el jardín en la mañana de la resurrección, no recibió permiso para tocarlo sino hasta después de que hubiera ascendido al Padre. Poco después Cristo, habiendo ya ido al cielo y regresado, aceptó bondadosamente el reverente homenaje de las mujeres (Juan 20: 16-17; Mat. 28: 9; DTG 732-735). También se encontró con Pedro (1 Cor. 15: 5).

Al atardecer de ese día caminó con dos discípulos, que no eran de los doce, mientras regresaban a Emaús procedentes de Jerusalén. Escucharon profundamente turbados mientras Jesús, cuya identidad mantenía encubierta, les mostraba por las Escrituras que "era necesario que el Cristo padeciera estas cosas" (Luc. 24: 26). Consolados, y curiosos por saber la identidad de ese aparente Extraño, lo invitaron a cenar con ellos. Mientras bendecía el pan, permitió que se dieran cuenta, por las huellas de los clavos en sus manos, quién era él (Luc. 24: 31; DTG 74 l). En ese momento, por razones que Cristo sabía, desapareció de su vista; pero no se ausentó. Los dos discípulos volvieron inmediatamente a Jerusalén para contar a sus hermanos que habían visto al Señor. Cristo los acompañó de modo invisible en su regreso a Jerusalén (DTG 742). 23

El sol ya se había puesto y la luna aparecía. Los dos discípulos de Emaús llegaron al aposento alto donde estaban reunidos los discípulos "por miedo de los judíos" (Juan 20: 19). Llamaron a la puerta, la cual les fue abierta con precaución. Entraron y Jesús también entró en forma invisible (DTG 743). Entonces se hizo visible y tranquilizó a sus seguidores.

Cristo apareció otras veces. Una semana más tarde se mostró de nuevo, y Tomás, que no había estado presente en las apariciones previas, se convenció de que su Señor había resucitado (Juan 20: 24-29).

Luego transcurrió el tiempo de espera de los discípulos. Regresaron a Galilea, y Pedro, impulsado por un sentido práctico de la vida, dijo: "Voy a pescar" (Juan 21: 3). Seis de los discípulos se unieron a Pedro; pero trabajaron toda la noche sin ningún resultado. Por la mañana, un Extraño que estaba en la playa les ordenó que lanzaran la red al lado derecho de sus barcas, y la pesca fue tan abundante que no podían sacar las redes. Juan reconoció al Señor, y Pedro inmediatamente se metió en el agua hasta llegar a la orilla para adorar a Jesús. Estos hombres pescarían más tarde inmensas cantidades de personas con la red del Evangelio mediante el mismo poder divino que les había proporcionado la gran pesca de peces.

Jesús se apareció de nuevo a los once en Galilea (Mat. 28: 16-17). Estuvo con un grupo de quinientos creyentes (1 Cor. 15: 6); se presentó ante Jacobo (vers. 7), y después volvió a Jerusalén y se encontró allí con los discípulos (vers. 7). Cristo dio a los once, en Jerusalén, la comisión evangélica:

1. Ir a todo el mundo.

El fracaso del pueblo hebreo, como pueblo escogido para ser una nación de sacerdotes que llevara la verdad de Dios al mundo (Exo. 19: 6; PP 385-390), sería reparado por la iglesia (1 Ped. 2: 9).

2. Enseñar.

La obra de la iglesia habría de ser, básicamente, una misión de enseñanza. Debían enseñar lo que enseñó Jesús (Mat. 28:20), basándose -como se habían basado las enseñanzas de Jesús- en la revelación de Dios en el Antiguo Testamento (Luc. 24: 27, 44). Suponer, como algunos lo hacen, que Jesús durante esos cuarenta días dio a la iglesia un conjunto de instrucciones que no están registradas en las Escrituras, que autorizan cualquier práctica que pudiera aparecer en determinado sector de la iglesia en años posteriores, es adoptar en su totalidad la teoría de la iglesia "tradicional". Hacerlo significa remover los límites definidos que deslindan el conjunto de las enseñanzas reveladas de Cristo, lo que daría origen a una amplia zona abierta para colocar -bajo la supuesta protección de las enseñanzas de Cristo- doctrinas y prácticas que sólo tienen autoridad humana.

3. Bautizar a los conversos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Aquí surge de nuevo la iglesia tal como estaba en el pensamiento de Jesús. Debe haber una iglesia que cumpla la comisión; una iglesia que reúna los resultados del cumplimiento de esa comisión. El bautismo, rito inicial para los conversos, debía ilustrar y llevar a la práctica los motivos que Jesús tuvo cuando él fue bautizado, y debía ser por inmersión para expresar el significado de la muerte a la vida antigua y la resurrección a la vida nueva.

Después, cuando Cristo estaba por dejar a los discípulos, les prometió su compañerismo continuo. Siempre estaría con ellos desde ese momento y hasta el fin de los siglos; este "fin" pronto lo definirían los ángeles que aparecieron durante la ascensión como el momento del regreso de Cristo.

La promesa del Espíritu Santo.-

El Señor les dijo: "He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto" (Luc. 24: 49). Tenían que esperar el don del poder divino. No debían iniciar una tarea tan formidable como la evangelización 24 del mundo confiando en su deplorable insuficiencia y debilidad. Cuando descendiera el poder debían ponerse en marcha, pero no antes.

Los discípulos ya habían experimentado la presencia del Espíritu Santo y algo de su poder. Así deben haber entendido algo del significado de la instrucción de Cristo de que permanecieran en Jerusalén hasta que descendiera abundantemente sobre ellos el poder del Espíritu.

Con la recepción del Espíritu vino una promesa de autoridad espiritual. A

media que la iglesia cumpliera en la tierra la obra de preparar a los hombres para el cielo, el Espíritu de Dios cooperaría en la tierra con el cielo. La aceptación o el rechazo de los candidatos para el cielo afectaría, cuando fuera dirigida por el Espíritu omnipresente, tanto el registro terrenal como el celestial (Juan 20: 23). Reclamar el poder prometido del Espíritu sin una evidencia de la presencia y del dominio del Espíritu, es presunción.

La ascensión.-

Cuando los discípulos contemplaban su ascensión, su sentimiento de pesar por la separación debe haber sido muy diferente del dolor y de la frustración que experimentaron frente a la cruz. Ahora sabían, debido a la resurrección, que Jesús tenía el poder de la vida. Ahora entendían por las instrucciones de Jesús, lo que había significado su muerte (Luc. 24: 25-27). Se les había prometido un poder que se manifestaría mediante el Espíritu por el mismo Padre celestial.

La promesa del segundo advenimiento.-

Otra seguridad más les fue dada cuando Jesús desapareció de su vista. "Este mismo Jesús -dijeron los ángeles que estaban en el sitio desde donde Jesús había ascendido-, vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1: 11). Con esta triple promesa bien definida, los discípulos podían abrigar una firme esperanza para el futuro: (1) Jesús vendría otra vez; (2) el que vendría otra vez sería el mismísimo Jesús, Aquel a quien habían conocido y amado en la tierra; (3) vendría como le habían visto irse al cielo: en forma visible para todos, no en secreto o de tal forma que diera lugar a la incertidumbre. Todo esto fue una renovación categórica y tranquilizadora de lo que el mismo Jesús les había dicho pocos días antes de la crucifixión (Mat. 24: 27).

II. El surgimiento de la iglesia

El día de Pentecostés.-

Todos los acontecimientos que habían ocurrido hasta aquí se necesitaban para establecer la iglesia en la tierra como un instrumento en manos de Dios. Lo único indispensable -el poder- vino cuando terminó el período de espera de diez días que Cristo había establecido, en el cual los discípulos tuvieron una íntima comunión mutua y con su Señor por medio de la oración. En el día de Pentecostés, cincuenta días después del día de la resurrección, cuando Cristo -los primeros frutos- había sido ofrecido (Lev. 23: 15-16), fue derramado el Espíritu de Dios y la iglesia quedó inaugurada.

La venida del Espíritu produjo un fenómeno perceptible a los sentidos. Su venida se sintió como el sonido de un fuerte viento. Los 120 discípulos, que estaban 25 reunidos en el lugar, vieron descender sobre cada uno de ellos algo parecido al fuego. El Espíritu llenó el edificio y a cada uno de los discípulos (Hech. 2: 2-4).

La plenitud que produjo el Espíritu fue permanente e inmediatos los efectos.

Los discípulos se sintieron vinculados por un sentimiento de unidad que no habían experimentado antes. Habían recibido como don, un valor diametralmente opuesto al "miedo de los judíos" que los había mantenido acobardados en el día de la resurrección (Juan 20: 19), valor que los capacitó para avanzar y enfrentar a los mismos judíos que habían crucificado a su Señor y los habían impulsado a ocultarse. Era un poder que producía resultados totalmente diferentes de los que hubieran sido posibles mediante fuerzas inherentes en ellos.

El don de lenguas.-

Los apóstoles predicaban ayudados en forma sobrenatural por el don de lenguas. Más tarde habrían de aprender más acerca de los dones del Espíritu (1 Cor. 12: 1-11; Rom. 12: 6-8; Efe. 4: 11-12). En el día de Pentecostés recibieron un don que necesitaban muchísimo en ese día de fiesta y de testificación, pues en ese momento se hablaban muchos dialectos en Jerusalén. Recibieron el don de lenguas. El discurso de Pedro fue el más notable. Al terminar ese día se habían bautizado tres mil fervientes buscadores de la salvación. Ver mapa p. 140.

La iglesia emergente.-

Los acontecimientos de ese día constituyeron una parte vital de la historia de la iglesia. Se habían puesto los fundamentos. La iglesia que acababa de nacer, estaba preparada espiritual y psicológicamente para su tarea. Lo que siguió de inmediato fue la etapa de organización y la difusión de la obra a partir de un noble y eficiente comienzo.

Cristo el Sumo Sacerdote.-

Cristo, el Autor de la salvación, había consumado su sacrificio y había conquistado una victoria completa. Con su triunfo sobre el pecado y su victoria sobre la muerte, había demostrado su aptitud para ser Sumo Sacerdote en el santuario celestial. El Autor de nuestra salvación había sido perfeccionado "por aflicciones" (Heb. 2: 10). El que había sido la ofrenda por el pecado (Heb. 9: 11-14) se ha convertido ahora en el ofrendante sacerdotal de su propia sangre en favor del pecador (cap. 8: 1-2; 9: 23-28) a la diestra del Padre (Hech. 7: 56; Heb. 10: 11-12). Ministra la gracia expiatorio a favor de los pecadores (Heb. 10: 19-22).Ver Heb. 12: 1-2; DTG 758.

Los sacerdotes de las religiones paganas nunca fueron intercesores válidos. La suya era no sólo una usurpación sino también una falsificación de la gran verdad de la intercesión entre Dios y el pecador. Cuando Cristo asumió el sumo sacerdocio, de lo cual su iglesia fue testigo, se revelaron en toda su plenitud la vanidad y la falsedad del antiguo sistema del sacerdocio pagano y sus sacrificios.

Pero el sacerdocio del sistema hebreo también tenía que llegar a su fin. Había servido para un propósito magnífico hasta que Cristo, el Sumo Sacerdote, después de hacer su preparación en la tierra comenzó su obra sagrada en el

cielo. El sacerdocio típico de los hebreos y los sacrificios simbólicos que ofrecía, ya no tenían razón de existir. La sombra tenía que ceder el paso a la realidad.

Y más aún: ya no habría lugar para un sacerdocio terrenal entre los seres humanos. Antes de la cruz, hombres dedicados y bien instruidos no habían representado adecuadamente el sacerdocio de Cristo. Sería, pues, imposible e innecesario que después de la cruz algún hombre ofreciera la intercesión que es necesaria entre Dios y los hombres. Estando Cristo como sacerdote en el santuario celestial, sería imposible que algún hombre fuera sacerdote en la tierra, no importa cuán sincero fuera su propósito o cuán elevadas sus pretensiones.

La relación con la iglesia judía.-

Los discípulos no se separaron de la comunidad judía, pues se consideraban como un elemento reformador que daría nueva 26 forma y nueva vida a ese antiguo cuerpo que estaba en decadencia. Los apóstoles pensaban que los conversos concentrarían de un modo especial su lealtad en Jesús como Mesías y Salvador, pero que se empeñarían con celo creciente en que el judaísmo se superara.

Por esto, era normal que Pedro y Juan fueran al templo a la hora del sacrificio y de la oración de la tarde, como siempre lo habían hecho cada vez que habían estado en Jerusalén. Una de estas visitas, poco después de Pentecostés, estuvo acompañada de una circunstancia muy peculiar. En la puerta del templo que se llamaba "la Hermosa", Pedro y Juan sanaron a un cojo en el nombre del Salvador crucificado y resucitado y por medio del poder del Espíritu (Hech. 3: 1-10). Pero este resultado adicional y maravilloso de Pentecostés fue rechazado por los dirigentes de los judíos. La investigación hecha dio como resultado que dichos dirigentes prohibieran terminantemente que desde ese momento se hiciera cualquier obra en el nombre de Jesús; prohibición que, por supuesto, los discípulos no obedecieron. Entonces comenzó la persecución. Este nuevo rechazo del cristianismo de parte de los judíos produciría una separación entre el judaísmo conservador y el cristianismo reformador.

La bolsa común.-

Mientras estuvieron en compañía de su Señor antes de la ascensión, los discípulos se habían auxiliado de una bolsa común que dependía de las contribuciones (Luc. 8: 2-3), y a ésta se recurría para alimento y limosnas (Juan 4: 8; 6: 5-7). Judas era el tesorero (cap. 13: 29).

El mismo sistema económico se practicó en la naciente iglesia. Había una tesorería común, a la que contribuían todos los que deseaban hacerlo y con la cantidad que quisieran. La unidad de esos primeros cristianos era espiritual, teológico, fraternal y económica; era efectiva en todas las relaciones mutuas de los creyentes.

La capacidad de la iglesia, dirigida por Dios, de procurarse sus propios medios para sostenerse, colocó a los seguidores de Cristo en la situación de no

depender más económicamente de los judíos. La iglesia se bastó a sí misma. Su propósito supremo era testificar del Señor resucitado. Tenía poder, el don del Espíritu Santo. Rápidamente se desarrolló, convirtiéndose en una organización cuyos principios habían sido establecidos por el mismo Jesús cuando estuvo en la tierra.

III. La primera organización de la iglesia

El apostolado.-

Para la supervisión de la buena marcha de la iglesia y para la organización que esto requería, así como para todos los otros asuntos pertinentes a la iglesia y al bienestar de sus miembros, éstos recurrían, naturalmente, a los apóstoles en busca de dirección. Estos eran los hombres que Jesús había escogido de entre los centenares que de tiempo en tiempo lo habían seguido, para que fueran sus discípulos. Eran sus "apóstoles" (del Gr. apostJllÇ, "envío" y apóstolos, "enviado"); o "misioneros" (del latín mitto, "envío" y missus, "enviado"). Judas Iscariote se había suicidado después de traicionar a Jesús, por lo tanto quedaban once: Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, pescadores de oficio; Jacobo (o Santiago) y su hermano menor, Juan, hijos de Zebedeo, llamados Boanerges, hijos del trueno, también pescadores; pero Juan era conocido en la casa del sumo sacerdote (Juan 18: 15) y, de acuerdo con una tradición consignada cien años después, tenía derecho a una categoría sacerdotal (Eusebio, Historia eclesiástica, v. 24. 3); Felipe de Betsaida; su amigo Natanael, conocido también como Bartolomé; Leví Mateo, el publicano; Tomás, conocido como el incrédulo y también como Dídimo: "gemelo"; Jacobo "el menor", de la familia de Alfeo; Judas, conocido también como Lebeo, "por sobrenombre Tadeo", de la familia de uno llamado Jacobo; y Simón el Zelote (Mat. 10: 24; Mar. 3: 14-19; Luc. 6: 13-16; Hech. 1: 13). Judas Iscariote era quizá el discípulo 27 más inteligente, el mejor preparado para triunfar en la vida; pero fracasó en máximo grado. Los otros fueron grandes sólo debido a la grandeza de su Señor; sabios sólo en la sabiduría de su Señor; tuvieron éxito sólo en el éxito de su Señor, quien había prometido actuar en ellos y mediante ellos.

Estos hombres, con Matías, que reemplazó a Judas Iscariote, fueron los instrumentos del Espíritu Santo en la administración de la iglesia. Conducían a los nuevos conversos a una vida espiritual más elevada y dirigían la distribución de los recursos del fondo común. Esta administración no fue una tarea fácil. Implicaba serias responsabilidades. Significaba atender las necesidades de personas que habían sido desplazadas de su ambiente habitual debido a sus nuevas convicciones religiosas. También implicaba tentaciones. Ananías y Safira habían prometido cierta suma de dinero para el fondo común, y vendieron una propiedad para cumplir con su promesa. Cuando Ananías se encontró con Pedro para darle el dinero, fingió que le estaba entregando la cantidad total de la venta. Pero mintió al Espíritu Santo, y murió cuando Pedro se lo hizo notar. Un poco más tarde, ese mismo día, su esposa Safira trató de engañar de la misma manera, y también murió. Entonces "vino gran temor sobre toda la iglesia" (Hech. 5: 11).

Este caso y los milagros que siguieron (Hech. 5: 12-16) dieron a Pedro y a los

otros apóstoles la oportunidad de predicar a Jesús. La inquebrantable persistencia de éstos en testificar de Cristo desafiando las órdenes de los dirigentes judíos, dio como resultado su arresto y encarcelamiento. Cuando el ángel del Señor los liberó, volvieron a su predicación, y de nuevo fueron arrestados. En ese momento Pedro estableció un principio permanente para regular las relaciones públicas de la iglesia en tiempos de dificultades: "Obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech. 5: 29). Los apóstoles podrían haber sido muertos si Dios no hubiera usado a Gamaliel para que interviniera en su favor. Ese gran maestro de los judíos instó a éstos para que fueran tolerantes. Entonces los apóstoles fueron azotados, se les ordenó que no siguieran predicando y se los dejó libres. En un lapso de sólo pocos meses habían experimentado la segunda persecución grave.

El diaconado.-

Se presentaron varias dificultades debido a la distribución de los bienes. El relato acerca del día de Pentecostés dice que muchos judíos que no eran de Palestina, llamados helenistas, o "griegos", se unieron a la iglesia. Entre éstos había viudas que pronto se quejaron de que no recibían la ayuda suficiente del fondo común.

Las quejas fueron insistentes, lo cual preocupó a los apóstoles en cuanto a su obra para el bien espiritual y el progreso de la iglesia. Entonces se propuso y se decidió que se eligieran siete hombres de buena reputación para que administraran los asuntos materiales de la iglesia. En esos primeros tiempos no había edificios de iglesia, ni los hubo sino hasta dos siglos después, y como aún no se necesitaba dinero para pagar sueldos a los ministros o para enviar misioneros, se usaban los fondos donados para el sostén de los pobres y necesitados. En una congregación compuesta de cinco a diez mil miembros, era natural que hubiera una gran cantidad de necesitados. Pero, para muchos, el hecho de unirse a la comunidad cristiana, en una ciudad tan llena de prejuicios contra el Nazareno como era la Jerusalén de entonces, tuvo que significar la pérdida de su empleo, y serios problemas sociales y económicos. Sin duda los siete primeros diáconos tuvieron mucho trabajo al ocuparse de las necesidades de los pobres y desvalidos de las congregaciones.

Los nombres de los siete fueron: Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás (Hech. 6: 5). Juzgando por los nombres, que son helenísticos, no eran judíos de Palestina. Por lo menos uno -Nicolás- evidentemente era gentil, 28 pues es llamado "prosélito". Este grupo fue el prototipo de la orden posterior de los diáconos. Sin embargo, debe advertirse que los ancianos (llamados "presidentes") aparecen en el siglo II manejando los fondos de la iglesia (Justino Mártir, Primera apología 67); y es posible que los siete administradores elegidos constituyeran una base para la organización de los diáconos y de los ancianos (o presbíteros), cargos que Pablo reconocía (Hech. 14: 23; 1 Tim. 3: 8-13).

Los hombres con dones.-

La elección de los siete administradores fue una característica notable del

desarrollo de la organización de la iglesia. Hasta ese momento había funcionado bajo la dirección de hombres que se distinguían por tener dones del Espíritu, claramente definidos como "apóstoles", "profetas", "evangelistas", "pastores" y "maestros" (Efe. 4: 11). Estos conductores de la iglesia, que actuaban para la edificación espiritual de ella (vers. 12-15), no eran nombrados por la feligresía sino por el Espíritu Santo a medida que impartía los dones.

Por supuesto, los apóstoles estaban a la cabeza de esos hombres llamados pneumatikói, o "espirituales". La aplicación de este término a esos hombres con dones especiales, generalmente los destacaba como a personas con una naturaleza transformada, en contraste con la naturaleza común de la humanidad. Sin embargo, literalmente se refiere a hombres poseídos por el Espíritu Santo y en los que se manifestaban los dones especiales de Dios (1 Cor. 2: 15; 14: 37; Gál. 6: 1). Ejemplos del ejercicio de su autoridad se ven en el reproche de Ananías y Safira (Hech. 5: 1-10), la elección de los siete (cap. 6: 1-6), el envío de Felipe, Pedro y Juan y la forma en que fueron supervisados (cap. 8: 5, 14). Esta era la obra administrativa y, de acuerdo con la práctica tanto de judíos como de griegos, correspondía muy bien llamar "ancianos" a los apóstoles que se desempeñaban de esa manera (cap. 11: 29-30; 15: 2). También parece que los profetas se ocupaban algunas veces de la administración, como en el caso cuando fueron enviados Pablo y Bernabé (cap. 13: 1-3).

Los ancianos.-

Es evidente que en cada congregación había varios ancianos. El ejemplo del nombramiento de "los siete varones" en Jerusalén (Hech. 6) lo demuestra, y también el hecho de que Pablo no mencione un anciano sino "ancianos" en cada congregación (Hech. 14: 23; Tito 1: 5).

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que describen el cargo de anciano. Una es presbúteros, "anciano", lo que indica una categoría de dignidad y respeto, y que corresponde con nuestra palabra "presbíteros. Entonces, como ahora en la iglesia Adventista, los ancianos eran elegidos de entre los laicos. El otro título es episkopos, que significa "que mira desde arriba", "superintendente", y que se ha traducido "obispo". Comparando Hech. 20: 17 con el vers. 28, y también por la forma en que se emplea la palabra en Tito 1: 5-9, se ve que ambos vocablos "anciano" (presbúteros) y "obispo" (episkopos) se aplican indistintamente al cargo de anciano.

El episcopado.-

Con el correr del tiempo, en la iglesia estas dos palabras griegas adquirieron distintos significados al aplicarse a cargos diferentes. Al principio el "obispo" servía más o menos como presidente o primero entre sus iguales (hoy diríamos "primer anciano"), pero poco a poco asumió más y más autoridad sobre los que estaban junto con él en la administración de los asuntos de la iglesia local. El término episkopos sirvió, pues, para designar a un "obispo" como el anciano presidente y finalmente, en los siglos II y III, como autoridad máxima en la iglesia. Hoy se usa el título de "obispo monárquico" para referirse a

ese tipo de autoridad eclesiástica. Ver p. 40.

IV. La separación del cristianismo y el judaísmo

El apedreamiento de Esteban.-

Los siete varones nombrados para que cuidaran 29 de "las mesas", como se registra en Hech. 6, no se limitaron a una obra material. Eran decididos evangelistas. Felipe, guiado por el Espíritu a Samaria, fue tan bendecido en sus labores, que los apóstoles de Jerusalén enviaron a Pedro y a Juan para que le ayudaran. Después el Espíritu condujo a Felipe al desierto, hacia el sur, donde encontró y bautizó al eunuco, quizá el primer cristiano de Etiopía (hoy Sudán).

Esteban estuvo activo evangelizando en las sinagogas de los Judíos helenistas de Jerusalén (Hech. 6: 8-10). Argumentaba con eficacia y con persuasión, y hubo muchos conversos. Pero se despertó una intensa oposición, y los judíos se airaron de tal manera contra Esteban, que fue sentenciado a muerte por el sanedrín. Esteban fue apedreado mientras Saulo de Tarso guardaba las vestiduras de los que lanzaban las piedras de la ejecución. Los romanos fueron sobornados y no investigaron el asunto (HAp. 83).

La terminación de una era.-

Este acontecimiento, que sacudió tanto a la iglesia, consolidó la oposición de los judíos contra los cristianos. Los judíos habían dado muerte a Jesús. Ahora era evidente que no habían cambiado de actitud hacia las verdades reveladas por el ministerio de Jesús, pues rechazaron la nueva oportunidad que les brindaron los apóstoles. El apedreamiento de Esteban señala su rechazo final, como nación, del verdadero Mesías y de su mensaje de salvación. En cuanto a la relación de esto con la profecía de las 70 semanas, ver com. Dan. 9: 27.

La persecución.-

El apedreamiento de Esteban desató una ola de persecuciones instigadas por los dirigentes judíos de Jerusalén contra la "secta" cristiana. Aunque resulte extraño, los apóstoles que permanecieron en Jerusalén al parecer no sufrieron personalmente; pero hubo un gran esparcimiento de cristianos por Judea Y Samaria. Antes había habido persecución, como la que causó la conmoción ocasionada por la curación del cojo, sanado por Pedro y Juan; pero esta vez la persecución fue general y grave. La violencia con que se produjo dio a la iglesia una gran oportunidad de manifestar en un territorio más amplio el poder recibido en Pentecostés, y de llevar a la práctica más plenamente la comisión que le había dado su Señor.

Un caudillo de la persecución fue Saulo de Tarso, joven fariseo que había estudiado bajo la dirección del gran teólogo judío Gamaliel I. Los dirigentes judíos esperaban mucho de Saulo, pues demostraba que era un acerbo perseguidor de los cristianos (Hech. 22: 4-5; 26: 9-12). Mientras los cristianos iban "por

todas partes anunciando el evangelio" (Hech. 8: 4), Saulo consiguió una carta del sanedrín para los dirigentes judíos de la ciudad de Damasco carta que lo autorizaba para dirigir a los judíos en un decisivo ataque contra los cristianos de esa importante ciudad. Cuando ya estaba cerca de Damasco para cumplir con esa misión, la voz del Señor le habló desde el cielo y le aconsejó que cambiara el rumbo de su vida. Saulo (que en hebreo significa "el pedido"), o Pablo (en latín "pequeño"), como se lo conoce mejor ahora, se convirtió al Señor Jesucristo y llegó a ser un incansable misionero evangelista.

V. La expansión de la iglesia

Primera obra evangelística de Pablo.-

Pablo predicó durante "muchos días" en Damasco, y después pasó tres años de estudio y meditación en el desierto de Arabia (Gál. 1: 17). Finalmente volvió a Damasco, pero con dificultad pudo escapar con vida; una noche fue bajado por el muro de la ciudad en una canasta. Regresó a Jerusalén donde Bernabé, judío converso de Chipre, persuadió a los apóstoles a que lo recibieran. Pablo trabajó allí entre los judíos en el nombre de Cristo con valor y vigor incansables, pero cuando se supo que los judíos helenistas habían decidido matarlo, los discípulos lo enviaron a Cesarea. Desde allí prosiguió viaje a su ciudad 30 natal de Tarso, en Cilicia. (Ver una cronología aproximada de la vida de Pablo en las pp. 104-105.)

Primera obra evangelística de Pedro.-

Después siguió un período de paz transitoria para la iglesia, y los apóstoles de Jerusalén aprovecharon bien esa oportunidad. Pedro, que había estado ayudando a Felipe en Samaria, llegó a Jope durante su obra itinerante. La comunidad cristiana estaba allí lamentando la muerte de Dorcas, una de las mujeres que servían en la iglesia. Pedro entonces demostró que aún poseía el poder que lo había acompañado el día de Pentecostés y cuando había curado al cojo ante la puerta "la Hermosa" del templo de Jerusalén. A la orden, de Pedro, Dorcas resucitó, y muchos aceptaron el Evangelio (Hech. 9: 42).

Después se le ordenó a Pedro, mediante la intervención milagrosa de un ángel, que visitara a Cornelio, centurión de la compañía llamada "Italiana". Cornelio simpatizaba con los judíos, creía en el verdadero Dios de los hebreos y era generoso en sus ofrendas para la causa religiosa. Pedro se reunió con Cornelio, su familia y sus amigos, y el resultado fue que Cornelio aceptó el Evangelio. Pero cuando pidió el bautismo, Pedro vaciló porque Cornelio era gentil; no obstante, el Espíritu Santo descendió sobre todos los que estaban en la casa, y entonces Pedro los bautizó (Hech. 10: 48).

Cornelio aún no era totalmente un prosélito, pues no había sido admitido todavía en la comunión judía. Por eso llegó el informe a Jerusalén de que Pedro había dejado entrar en la iglesia cristiana a un gentil mediante el bautismo. Esto produjo muchísimas críticas, y Pedro tuvo que responder ante los apóstoles en Jerusalén por lo que había hecho. Cuando explicó que el Espíritu Santo había descendido sobre los nuevos conversos, los apóstoles no

tuvieron nada que criticar sino que justificaron lo que Pedro había hecho.

La muerte de Jacobo.-

No mucho después de esto, los apóstoles Pedro y Jacobo (o Santiago) fueron encarcelados por el rey Herodes Agripa I. Pedro fue liberado por la intervención de un ángel, pero Jacobo fue ejecutado.

El Evangelio a los gentiles.-

Por este tiempo el Espíritu Santo estaba haciendo que sucediera algo más en Antioquía de Siria. Durante la persecución que se desató cuando Esteban fue martirizado, algunos de los creyentes llegaron a Fenicia y Antioquía de Siria, y aun hasta la isla de Chipre; pero habían proclamado el Evangelio sólo a los judíos. Sin embargo, cuando algunos de los conversos de Chipre y Cirene llegaron a Antioquía, no restringieron su predicación a los judíos sino que anunciaron también el Evangelio a los griegos. Esa misión fue muy bendecida, y muchos creyeron (Hech. 11: 19-21).

Esto es digno de destacarse. Por primera vez, gentiles que no habían sido alcanzados de alguna manera por la religión de los judíos, aceptaron el mensaje de Cristo el Señor. El etíope con quien se encontró Felipe, había estado en Jerusalén rindiendo culto con los judíos, y Cornelio ya era "temeroso de Dios"; pero ahora entraron en la iglesia cristiana griegos de Antioquía, sin ninguna relación previa con la religión de las Escrituras. Y los que creían en Cristo fueron llamados "cristianos por primera vez en Antioquía" (Hech. 11: 26).

Cuando los hermanos de Jerusalén supieron de este notable progreso, enviaron a Bernabé, natural de Chipre, para que viera lo que estaba sucediendo. Bernabé se gozó con lo que encontró en Antioquía, y después de un tiempo se fue a Tarso en busca de Pablo. Lo llevó a Antioquía, y ambos estuvieron allí durante un año, enseñando a los conversos y procurando ganar a otros. Fueron excelentes los resultados de esta campaña de evangelización.

Viajes misioneros de Pablo.-

En el libro de los Hechos no se mencionan ancianos 31 o diáconos de la iglesia de Antioquía, pero se da una lista de nombres de varones que tenían los dones del Espíritu, especialmente los de profecía y de enseñanza. En esa lista están Bernabé y Saulo, junto con Simón, llamado Niger, Lucio de Cirene y Manaén, a quien se menciona como hermano de crianza de Herodes el tetrarca, que había hecho matar a Juan. Esos hombres fueron movidos por el Espíritu Santo clara planificar un programa misionero mucho más abarcante que el que hasta entonces había intentado la iglesia. Bernabé y Pablo fueron invitados, y decidieron participar en ese programa. Los profetas y maestros de Antioquía, bajo la dirección del Espíritu Santo ordenaron a Pablo y a Bernabé, y los enviaron a lo que ha llegado a conocerse como el primer viaje misionero de Pablo. Ver mapa p. 280.

El primer viaje.-

En el primero de los tres viajes misioneros en que se destaca Pablo, tuvo por compañeros a Bernabé, natural de Chipre, y a un sobrino de éste, Juan Marcos. Cuando Pablo fue por primera vez a Jerusalén para encontrarse con la iglesia, Bernabé hizo amistad con él, y de éste dependió que se llamara a Pablo de Cilicia para venir a Antioquía. Este grupo misionero viajó por mar de Antioquía de Siria a Chipre, donde testificó mediante curaciones y por la predicación, y luego continuó visitando ciertas ciudades del centro sur del Asia Menor, ahora Turquía. Pero antes de que viajaran por el sur del Asia Menor, Marcos se retiró. Los esfuerzos de Pablo y Bernabé alcanzaron un notable éxito. Sus dones espirituales se manifestaron mediante curaciones y una exitosa predicación. Siempre iban primero a los judíos y después a los gentiles, y en ambos grupos su obra dio buenos resultados. Se organizaron iglesias en las ciudades visitadas, y se nombraron ancianos para que las presidieron (Hech. 14: 23). A pesar de la gran oposición de los judíos en todas partes, Pablo y Bernabé regresaron por la misma ruta que habían seguido antes, reconfortando a las iglesias; después viajaron por mar hacia Antioquía de Siria, partiendo de Atalia, el puerto marítimo de Panfilia. Ver mapa p. 280.

El segundo viaje.-

Cuando volvieron se reunió el concilio de Jerusalén, cuyo registro se halla en Hech. 15. Después de esto Pablo y Bernabé hicieron planes para realizar otro viaje. Bernabé deseaba llevar otra vez a Juan Marcos, pero como éste los había dejado en el viaje anterior, mientras Pablo se oponía a que fuera con ellos la segunda vez. El desacuerdo en este asunto entre los dos evangelistas fue tan grande, que Pablo y Bernabé tomaron caminos diferentes. Bernabé fue a Chipre en compañía de Juan Marcos; y Pablo, con Silas, por tierra viajó hacia el norte pasando por Siria y Cilicia, su provincia natal. Ver mapa p. 314.

Luego continuaron visitando algunas de las iglesias del interior, que Pablo había organizado en su primer viaje. Después viajaron hacía el oeste con el plan de entrar en la provincia de Asia, limítrofe con el mar Egeo, pero el Espíritu Santo les prohibió hacerlo; y cuando intentaron entrar en Bitinia, el Espíritu otra vez se los prohibió. Estas dos provincias parece que fueron evangelizadas por el apóstol Pedro (1 Ped 1: 1).

Cuando se dirigieron a Troas, en una visión se instruyó a Pablo y a Silas que continuaran hasta Macedonia, desde donde pasaron a Grecia predicando el Evangelio, y llegaron al sur, hasta Corinto. Desde aquí Pablo viajó en barco a Efeso, luego siguió a Cesarea, en Palestina y finalmente a Antioquía de Siria.

El tercer viaje.-

Después de permanecer algún tiempo en Antioquía, Pablo otra vez partió dando comienzo a lo que se conoce como su tercer viaje misionero. Pasó por Galacia y Frigia, y permaneció tres años en Efeso. Cuando lo obligó finalmente la oposición a salir de la ciudad, fue a Macedonia y después entró en Grecia. Había pensado viajar por mar desde allí a Siria, pero en vez de hacerlo, con un

buen grupo de discípulos regresó por Macedonia, se dirigió a Troas, y después viajó por mar a lo 32 largo de la costa de Asia Menor hacia Jerusalén. En Mileto se encontró con los ancianos de la iglesia de Efeso, después continuó hacia Tiro, y viajando en barco llegó a Cesarea desde donde prosiguió a Jerusalén. Pablo recibió la bienvenida de los hermanos quienes le brindaron una recepción muy diferente a la de veinte años antes, después de su conversión en Damasco. Sin embargo, los hermanos creían que Pablo debía demostrar su lealtad al judaísmo, y le sugirieron que entrara en el templo con cuatro hombres y que cumpliera con un ritual de acuerdo con la costumbre judía.

Primer encarcelamiento de Pablo.-

Pablo cumplió con el pedido, pero cuando los judíos lo vieron en el templo causaron un alboroto tan grande que fue necesaria la intervención de soldados romanos para protegerlo en ese momento y también posteriormente. Durante los dos años siguientes Pablo estuvo en Jerusalén y en Cesarea. Compareció ante Félix y ante Festo, que eran procuradores romanos, y ante Herodes Agripa II y Berenice. Pablo perdió finalmente la esperanza de que el gobernador le hiciera justicia, y como no deseaba ser juzgado por el sanedrín, apeló a César y fue llevado a Roma. Allí no se presentaron acusaciones contra Pablo, y por lo tanto, fue absuelto y dejado en libertad después de haber estado preso dos años.

El lapso intermedio.-

Pablo reanudó inmediatamente su trabajo misionero. Según Clemente de Roma -quizá el amigo a quien se refiere en Fil. 4: 3-, el apóstol predicó en el Oriente y en el Occidente (Primera epístola de Clemente a los corintios 5). Pablo había expresado su intención de visitar una vez más a los cristianos de Filipos (Fil. 2: 24) y de Colosas (File. 22; cf. Col. 4: 9; File. 10). Después de salir de Macedonia pudo haber visitado Efeso, y quizá también Colosas y Laodicea. Clemente afirma que Pablo fue hasta los "límites" del Occidente, lo que quizá signifique España. Esa visita, si la hizo, coincide con la intención que expresó antes a los romanos (Rom. 15: 28). En el Fragmento Muratoriano (170 d. C.), se dice claramente que Pablo fue a España. Las epístolas pastorales sugieren que también fue a Creta y a Efeso, como asimismo a Nicópolis y Troas en Macedonia.

Segundo encarcelamiento y muerte de Pablo.-

Pablo quizá fue detenido nuevamente en Troas, llevado a Roma y, de acuerdo con la leyenda, encarcelado en la mazmorra Mamertina, cerca del Foro Romano. En algún momento entre los años 66-68 d. C. fue martirizado. Lucas, y tal vez Timoteo y Marcos, parecen haber sido sus únicos compañeros de trabajo en esas últimas lóbregas horas (2 Tim. 4: 11).

VI. Judaísmo en la iglesia cristiana

El problema.-

Fue inevitable que, tan pronto como la iglesia emprendió una obra misionera de alcance mundial, surgiera entre sus miembros un serio problema. Los primeros cristianos eran judíos. Conocían la fe judía como la única fe verdadera, y al Dios que en ella se adoraba como al único Dios verdadero. Estaban plenamente convencidas de la inspiración y autoridad espiritual de las Escrituras que habían recibido de sus padres. Sabían lo que era hacer proselitismo, pero esto significaba incorporar a los gentiles a la comunidad judía, con el entendimiento de que tales conversos tenían que cumplir todas las exigencias judías.

Jesús había basado su obra y sus enseñanzas en las Escrituras. Había criticado las añadiduras de la tradición, los formalismos, las apariencias e hipocresías de los dirigentes religiosos con que se encontraba, pero insistía en que no había venido a cambiar ni la ley ni los profetas, sino a hacer que sus enseñanzas fueran una realidad espiritual efectiva en la vida de la gente. Los judíos que seguían a Cristo concluyeron equivocadamente que quienes creían en las enseñanzas de Jesús debían seguir las prácticas de los judíos. Si se convertían en miembros de la secta cristiana, también debían hacerse miembros del gran conjunto del judaísmo.33

LOS VIAJES DE PABLO

Por eso los dirigentes del grupo cristiano observaban muy cuidadosamente lo que hacían sus colegas respecto a los gentiles. Felipe bautizó al etíope, pero éste ya conocía el culto judío pues había ido a Jerusalén a adorar al Dios verdadero en su santo templo. Cuando Pedro bautizó a Cornelio y a su familia, tuvo que informar a los hermanos de Jerusalén de lo que había hecho. Aunque Cornelio ya era un creyente reconocido del Dios verdadero, la única forma en que Pedro pudo justificarse ante los hermanos fue con el argumento de que Espíritu Santo ya había aceptado a Cornelio antes de que él lo bautizara.

Requisitos para los gentiles conversos.-

Hasta que se menciona una "contienda" en Hech. 15: 1-2, no tenemos información de que hubiera surgido problemas en Antioquía cuando algunos griegos paganos fueron llevados a la iglesia por los misioneros procedentes de Chipre y Cirene. Pero cuando Pablo y Bernabé emprendieron sus extensos viajes misioneros, adquirió mucha importancia la cuestión del trato de los gentiles que se hicieran cristianos. Bernabé y Pablo bautizaron paganos, convirtiéndolos así en miembros de la iglesia cristiana. ¿Debían someterse esos paganos a la antigua señal de la circuncisión, señal de lealtad al pacto de los hebreos con Dios, que venía desde Abrahán "el padre de los fieles"? ¿Debían acudir a Jerusalén para observar las tres principales fiestas, a las que se exigía que todos los judíos varones asistieran? (Exo. 23: 14-17.) ¿Debían ofrecer los sacrificios para expresar su fe en la salvación?

Pablo y Bernabé creían que la respuesta a estas preguntas eran un no definitivo y enfático; pero algunos cristianos palestinos de origen judío creían con la misma certidumbre que la respuesta debía ser sí. Este fue el antecedente y la ocasión para el concilio de Jerusalén registrado en Hech. 15.

El concilio de Jerusalén.-

No se sabe con claridad cuan amplia fue la representación de las diversas iglesias reunidas en Jerusalén para este concilio. Pablo y Bernabé fueron delegados de Antioquía, y también representaban los intereses de las iglesias que acababan de surgir en las provincias distantes que habían visitado. Los ancianos mencionados (Hech. 15: 6) quizá representaron a varias iglesias de Palestina (ver HAp 155, 159).

El debate fue completo y exhaustivo, y quizá acalorado. Había miembros de la hermandad cristianas que simpatizaban con las ideas de los fariseos, e insistían que era "necesario" circuncidar a los gentiles convertidos "y mandarles que" guardaran "la ley de Moisés" (Hech. 15: 5). Después de que el debate hubo continuado durante algún tiempo, Pedro habló, y sus palabras tuvieron buen efecto. Recordó el caso de la visión que había tenido antes de ir a enseñar a Cornelio, el centurión de la compañía italiana. Recordó además, que el Espíritu Santo había descendido sobre Cornelio y su casa aun antes de que recibiera el rito bautismal. Pedro sabía que Dios "ninguna diferencia hizo entre" judios y gentiles, "purificando por la fe sus corazones" (vers. 8-9). "Ahora, pues", interrogo Pedro, "¿porqué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos" (vers. 10-11).

Entonces Bernabé y Pablo presentaron un informe completo de la obra que habían hecho en su reciente viaje, y describieron los milagros que Dios les había dado el poder de hacer. Tuvo que haber sido une presentación convincente, pues el concilio se halló entonces listo para tomar una decisión.

La decisión del concilio.-

Jacobo, el anciano que presidía (ver Hech. 15: 13), presento el discurso final. Jacobo confirmó el punto de vista de Pablo, y declaró que los profetas habían hablado de la reedificación de la casa de David para que gente 34 de todas partes pudiera invocar el nombre del Señor. "Por lo cual -concluyó Jacobo- yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios, sino que se les escriba que se aparten de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre" (vers. 19-20).

En respuesta a esta sugerencia de Jacobo, se redactó una carta en la que se destacaba el hecho de que aunque había algunos que habían insistido en que los gentiles conversos estaban obligados a guardar los requerimientos rituales de la ley judía, los hermanos de Jerusalén no ordenaban tal cosa. Por esto, Bernabé y Pablo regresarían llevando la decisión del concilio, acompañados por Judas Barsabás y Silas. "Ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, de sangre, de ahogado y de fornicación; de las cuales cosas si os guardarais, bien haréis. Pasadlo bien" (Hech. 15: 28-29).

El concilio de Jerusalén fue uno de los grandes acontecimientos de la historia de la iglesia cristiana. La decisión del concilio fue en todo sentido una gran proclama de emancipación. Uno sólo puede conjeturar cuál habría sido el efecto sobre la iglesia cristiana si los enviados de Cristo, a medida que iban por todo el mundo, hubiesen procurado imponer sobre sus conversos no judíos todos los requerimientos de la ley judía. Habría hecho necesario que tales conversos cargaran, en un mundo no judío, todos los problemas característicos que sufrían los judíos en esos días. Hubiera significado que se sometieran a un programa de ritos que sin duda habría estorbado su crecimiento en los comienzos del movimiento. Lógicamente esto habría desfigurado el claro cuadro de Jesucristo muriendo en la cruz. Habría puesto en su lugar ceremonias que, en el mejor de los casos, no eran sino un símbolo del sacrificio del Hijo de Dios. Si hubiese continuado la circuncisión, se hubiera vinculado a los cristianos gentiles con un rito racial, peculiar y teocrático. El cristianismo, por su naturaleza misma, en contraste debía poner énfasis en la relación individual con Jesucristo. Esta comunión personal debía ser una realidad basada en la fe, una fe que no se podía tener en la infancia, cuando los judíos aplicaban la señal de la circuncisión, sino en una edad de responsabilidad inteligente.

La decisión del concilio de Jerusalén dejó a la iglesia e libertad de crecer sin trabas nacionales o raciales que impidieran que llegara a todos los hombres. La emancipación de la iglesia primitiva decretada en el concilio fue un factor de importancia máxima para su continuo crecimiento entre los gentiles durante la era apostólica. También se reflejó en su espíritu de libertad y de poder en Cristo.

La obra de los judaizantes.-

Pero esta noble decisión del concilio, concebida tan claramente y enunciada en un momento vital en la historia de la iglesia, no fue aceptada sin una intensa oposición de los que deseaban mantener el judaísmo en la iglesia. Pedro había hablado en defensa de la liberación de los gentiles, y cuando fue a Antioquía con los enviados del concilio, se juntaba libremente con los conversos gentiles. Pero el partido farisaico que existía entre los cristianos de Jerusalén no estaba contento. Este sector también envió sus representantes a Antioquía, los cuales afirmaban que iban en nombre de Jacobo y con la autoridad de la iglesia de Jerusalén (Gál. 2: 12).

Pablo se opone a Pedro.-

Pedro, debido a la presión que tuvo que soportar, "se apartaba" de los gentiles, no confraternizando más con ellos, y se unió con los partidarios del ritualismo que provenían de Jerusalén. "Aun Bernabé fue también arrastrado" y se oponía a Pablo (Gál. 2: 13). Pero Pablo no estaba dispuesto a permitir que fuera infructífera la victoria ganada en Jerusalén. Resistió a Pedro "cara a cara" (vers. 11) utilizando el argumento de que "el hombre no es justificado por las obras 35 de la ley, sino por la fe de Jesucristo". A esto añadió: "Nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado" (vers. 16).

La controversia sobre este asunto hizo que Pablo escribiera la Epístola a los Gálatas algunos años después, para contrarrestar la influencia de los judaizantes que seguían los pasos de Pablo y trabajaban entre sus conversos. Debe considerarse que esta situación también es el antecedente de la Epístola a los Romanos, escrita por Pablo probablemente alrededor del mismo tiempo en que escribió la de los Gálatas. El problema del judaísmo continuó creando perplejidades y dificultades a la iglesia cristiana durante más de dos siglos.

Se escribieron algunas obras en cuanto a la supuesta controversia entre Pedro y Pablo acerca del tema de los judaizantes. Entre esas obras son típicas las llamadas Reconocimientos de Clemente y Homilías Clementinas. En esos relatos imaginarios se describe a Pedro envuelto en una discusión con Simón el Mago, y se afirma que vez tras vez el apóstol venció a su oponente, tanto en las disputas como en los milagros hechos. Es posible que esos escritos fueran producidos por el grupo judaizante que reconocía a Pedro como el apóstol de la circuncisión, quienes para convertirlo en el paladín de la lucha para conservar el judaísmo en la iglesia cristiana emplearon a Simón el Mago como la figura del opositor de Pedro, cuando en realidad se tenía en mente al apóstol Pablo.

Sea como fuere, la contienda fue muy real y produjo un encono creciente entre los dos bandos dentro de la iglesia. Es posible que el partido judaizante hubiera transmitido algunos de sus sentimientos a los judíos en general. Sin duda esto aumentó el rencor con que los judíos consideraban a la secta cristiana. Un ejemplo puede verse en el ataque de que fue víctima Pablo en Jerusalén cuando regresó a esa ciudad después de su tercer viaje. El resultado fue su arresto y encarcelamiento, y su posterior traslado a Roma. Como reacción natural de la iglesia cristiana, hubo un esfuerzo de los cristianos gentiles para escapar, en todo lo posible, de las influencias de los judíos y de que se los confundiera con éstos. Como se destacará después, este deseo de evitar cualquier parecido con los judíos introdujo cambios notables en las creencias, las formas y las prácticas del cristianismo, a medida que se incorporaban en la iglesia grandes cantidades de gentiles que no tenían simpatía por el judaísmo.

VII. La obra posterior de los apóstoles

La obra posterior de Pedro.-

La habilidad de Lucas como historiador hace que se sepa mucho más de la obra de Pablo que de la de Pedro. Lucas registra algunos hechos acerca de Pedro, y Pablo también hace algunas referencias incidentales a la actuación posterior de ese apóstol.

Poco después de que Jacobo, el hijo de Zebedeo, fuera muerto por orden de Herodes Agripa I, este rey también encarceló a Pedro, pero no pudo ejecutarlo porque el apóstol fue liberado milagrosamente por un ángel (Hech. 12: 3-19). Como parece que esto sucedió poco antes de la muerte de Herodes, sería razonable ubicar esa liberación en el 44 d. C. (ver p. 100). Pedro después aparece en el concilio de Jerusalén, donde su discurso allanó el camino para la

decisión de liberar a los cristianos gentiles de la obligación de practicar el ritual judaico (Hech. 15: 7-1l). Pedro desaparece desde este momento de la narración de Hechos. Pablo menciona la presencia de ese apóstol en Antioquía, evidentemente poco después del concilio de Jerusalén (Gál. 2: 11), y Eusebio, escribiendo casi tres siglos después, indica que fue el primer obispo de Antioquía (Historia eclesiástica iii. 36. 2). Parecería evidente por la introducción de su primera epístola (cap. 1: 1), que Pedro había trabajado entre 36 los habitantes del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, zona que comprende una gran parte del norte y oeste del Asia Menor.

Según una tradición, Pedro pasó muchos años en Roma presidiendo la iglesia. Eusebio, según la versión armenia de su Crónica, afirma que Pedro fue a Roma en el tercer año de Calígula, lo que sería en el 39 d. C. Posteriormente, en el mismo documento, coloca el martirio de Pedro en Roma en el año 13.º de Nerón, el 66 d. C., o sea, que Pedro habría vivido unos 27 años en Roma. Gerónimo, escribiendo unas pocas décadas después de Eusebio, declara que Pedro fue a Roma en el año 2.º de Claudio, el 42 d. C., y permaneció allí durante 25 años, hasta el 14.º año de Nerón, 67 d. C. (De viris illustribus i). Es sumamente improbable que cualquiera de estas dos tradiciones sea correcta, pues difícilmente Pedro podría haber pasado en Roma un período tan largo. Si fue allí en una fecha tan temprana como la que indican esas tradiciones, forzosamente debe haber interrumpido su permanencia durante un período considerable, tanto por su presencia en el concilio de Jerusalén y su posterior visita a Antioquía como por sus probables actividades misioneras en una amplia zona del Asia Menor. Además, el hecho de que no se mencione a Pedro una sola vez en la correspondencia de Pablo dirigida a Roma o procedente de esta ciudad, donde Pablo menciona a muchos creyentes que allí habitaban, es una indicación de que lo más probable es que Pedro no estuviera en Roma en el invierno (diciembre-febrero) de 57/58 d.C. cuando Pablo escribió el libro de Romanos, ni aproximadamente durante los años 61 a 63 d.C. cuando Pablo estuvo encarcelado allí por primera vez.

La tradición de la llegada temprana de Pedro a Roma puede haber surgido junto con los informes en cuanto a Simón el Mago. Justino Mártir (c. 150 d.C.) registra que un Simón, de Samaria, llegó a Roma durante el reinado de Claudio (41-54 d.C.) e hizo "grandes actos de magia" (Primera apología 26). Ireneo (c. 185 d.C., Contra herejías i. 23. 1-4) repite este relato e identifica a este Simón con Simón el Mago a quien Pedro había reprendido en Samaria (Hech. 8: 9-23). Un documento legendario llamado "Los hechos de Pedro con Simón", cuya fecha aproximada de origen es el año 200 d. C., narra una enredada fábula de cómo Pedro, mediante una visión de Cristo, fue enviado a Roma para que se opusiera a Simón. Como se creía que Simón había llegado allí durante el reinado de Claudio, era lógico concluir que Pedro había llegado a Roma por ese mismo tiempo. Sin embargo, una leyenda como la de Simón el Mago es muy insuficiente como prueba para ubicar la llegada de Pedro a Roma en una fecha tan temprana.

Con todo, las pruebas presentadas no significan que Pedro nunca estuvo en Roma. La antigua tradición cristiana es concluyente en afirmar que Pedro fue un dirigente de la iglesia en Roma, y que murió allí. Ignacio (c. 116 d. C.) dice

que Pedro enseñó en Roma (A los romanos 4), e Ireneo (c. 185 d. C.) declara que Pedro y Pablo, "después de fundar y edificar espiritualmente a la iglesia, entregaron en manos de Lino el cargo del episcopado" (Contra herejías iii. 3. 3). Según el Nuevo Testamento es evidente que Pablo no fundó la iglesia de Roma (Rom. 1: 13; 15: 23-24), y de acuerdo con la prueba que acabamos de dar, también es dudoso que Pedro la fundara. Sin embargo, categóricas tradiciones antiguas hacen probable que Pedro muriera en Roma. Gayo, cristiano de Roma, declaró (c. 200 d. C.) que se sabía que el "trofeo" de Pedro -lo que quizá signifique su tumba o el lugar de su martirio- estaba en el Vaticano, que en ese tiempo no era un edificio sino un cementerio (HAp 428).

La cuestión de la permanencia de Pedro en Roma es algo muy diferente del primado de los papas que pretenden remontar su cargo hasta él. Esta pretensión 37 finalmente o se rechaza o se acepta no teniendo en cuenta si Pedro estuvo en Roma, sino considerando algo muy diferente: la posición o categoría de Pedro en la iglesia y la verdadera naturaleza de la sucesión apostólica. Para un estudio más detallado de este problema, ver t. IV, pp. 861-863; t. V, com. Mat. 16: 18.

El apóstol Juan.-

Se sabe aun menos del apóstol Juan que de Pablo o Pedro. En los primeros años Juan trabajó con Pedro. Acompañaba a Pedro cuando, mientras iban a adorar al templo, curaron al cojo (Hech. 3). Los apóstoles de Jerusalén enviaron a Pedro y a Juan para que ayudaran a Felipe en la evangelización de Samaria (Hech. 8). Esto fue pocos años después de Pentecostés. Excepto su mención específica en Gál. 2: 9, lo siguiente que se registra de él en las Escrituras es su propia afirmación de que estuvo "en la isla llamada Patmos", siendo así "copartícipe... en la tribulación" con los que también estaban sufriendo persecución (Apoc. 1: 9). Una tradición digna de crédito (Ireneo, Contra herejías v. 30. 3) dice que Juan escribió el Apocalipsis a fines del gobierno del emperador Domiciano, quien murió en 96 d. C. No hay ningún registro inspirado de lo que le sucedió a Juan durante los sesenta años que transcurrieron entre sus experiencias en Samaria y Patmos.

Si se tiene en cuenta que Juan, después de haber contemplado las extraordinarias y significativas visiones que se desplegaron ante él en Patmos, habría deseado registrarlas inmediatamente, se puede comprender con facilidad cuán afanosamente las redactaría. Entonces debe haberlas enviado tan pronto como pudo al continente para que ese documento estuviera en manos más seguras que las de un preso en Patmos. Que se lo hizo retroceder en el tiempo y el espacio al ambiente de los antiguos profetas, y que vivió las emociones de ellos mientras escribía el Apocalipsis, se demuestra por el hecho de que una gran parte del vocabulario y aun de sus expresiones se parecen mucho a las de Isaías, Ezequiel y Daniel.

Juan no dice en su Evangelio dónde estaba cuando lo escribió; pero Ireneo (Id. iii. 3. 4) afirma que Juan estuvo en Efeso hasta el reinado de Trajano (98-117 d. C.), y se considera como probable que escribió el Evangelio en esa ciudad.

Según Polícrates, que presidía la iglesia de Esmirna por el año 200 d. C., Juan era un sacerdote "y llevó la lámina [de oro en la frente]" (Eusebio, Historia eclesiástica, v. 24. 3). Un documento apócrifo, "Los hechos de los santos apóstoles y del evangelista Juan el teólogo", cuya autoridad y veracidad no se pueden determinar, describe con grandes detalles el arresto de Juan y cómo compareció ante Domiciano, en cuyo tiempo el apóstol dio testimonio del Evangelio. Se dice que en presencia de Domiciano bebió una taza de veneno sin sufrir daño, y que resucitó al servidor del rey. Según Tertuliano, que escribió a príncipes del siglo III, Juan fue arrojado en un tanque de aceite hirviente, y fue sacado sin daño, poco antes de ser exiliado a Patmos (De praescriptione haereticorum 36; cf. HAp 455).

Juan estaba firmemente convencido de la verdad, tal como lo manifiesta vez tras vez en su Evangelio, y, consecuentemente, detestaba la herejía (1 Juan 2: 18-19, 22-23; 2 Juan 7-9). Esa aversión suya a la herejía queda ilustrada en un relato que se cuenta de él. Cuando estaba por entrar en cierta casa de baños públicos, en Efeso, supo que estaba allí Cerinto, uno de los llamados cristianos gnósticos. Se dice que Juan, al saberlo, huyó gritando que las paredes de la casa de baños podrían caerse por estar allí Cerinto (Ireneo, Contra herejías iii. 3. 4). Sin embargo, en estas cosas es difícil distinguir lo real de lo fantástico.

El liderazgo de Juan en la iglesia de Efeso inevitablemente debe haberla convertido en un gran centro de evangelización. Los lugares donde la iglesia era más fuerte seguramente cambiaban debido al surgimiento y a la desaparición de los grandes líderes cristianos. En los primeros años de la dispensación evangélica, indudablemente 38 el centro fue Jerusalén, donde vivían por lo menos algunos de los apóstoles, donde se celebró el gran concilio y desde donde salieron los "enviados" para cumplir sus misiones. Este bien pudo haber sido el caso hasta el año 50 d. C., después de concilio.

Mientras tanto, los misioneros en Chipre y en Cirene habían iniciado una activa y exitosa campaña misionera entre los gentiles en Antioquía y alrededor de ella, y desde allí fueron enviados Pablo y Bernabé en su arriesgada empresa misionera entre los gentiles. A lo menos para llegar a los gentiles, Antioquía debe haber sido un centro de servicio cristiano más o menos a partir del año 44 d. C., y continuó hasta la muerte de Pablo o aún después.

Los años que Pablo pasó en Efeso hicieron que esa ciudad fuera importante para los cristianos. El asignó ese lugar a su discípulo Timoteo, sin duda después de su primer encarcelamiento en Roma. Bajo el liderazgo de ese talentoso joven, esa ciudad sin duda consintió siendo un foco de actividad para Cristo. Cuando Juan asumió el liderazgo en Efeso, la importancia de ese centro debe haber aumentado más.

Los otros apóstoles.-

No hay información fidedigna acerca de los otros apóstoles. Sus actividades y la forma en que terminaron su vida están sumidas en mayor oscuridad que las de Juan o Pedro. Se dice que Andrés, el hermano de Simón Pedro, predicó el

Evangelio en Escitia y en Tracia, al norte de Grecia, y que fue crucificado en Grecia en una cruz en forma de X, por lo cual se llama la cruz de San Andrés. Nada se sabe con certeza de la suerte de Jacobo (o Santiago) el Menor, el autor de la epístola, pero se dice que predicó en Palestina, Siria y Arabia. Según la tradición, Mateo estuvo en Partia y Persia y se deduce de la misma que no murió mártir. Matías, elegido para ocupar el lugar de Judas, según se registra en el primer capítulo de Hechos, se dice que fue uno de los setenta que Cristo mandó a predicar (Luc. 10: 1), que así lo hizo en Capadocia, al norte de Cilicia (la provincia natal de Pablo), y que murió mártir, quizá en Judea. Según Josefo (Antigüedades XX. 9. l), Jacobo, el hermano de nuestro Señor, murió apedreado en los atrios del templo.

La tradición sostiene categóricamente que Marcos, el autor del Evangelio que lleva este nombre, predicó en Egipto. Este era el joven que rehusó continuar en el primer viaje misionero con Pablo y Bernabé (Hech. 13: 13), y el mismo a quien Pablo pidió que lo acompañara mientras estaba preso en Roma (2 Tim. 4: 11). Se cree que él fundó la iglesia de Alejandría, y fue su principal anciano. Se dice que murió allí mártir durante la persecución desatada por Nerón. Se piensa que Natanael (Bartolomé) predicó en Arabia, y quizá en las aproximidades de la actual Etiopía; sin embargo, la tradición afirma que fue crucificado cabeza abajo en una de las provincias de Armenia.

Es obvio que la tradición confunde a Felipe el apóstol, con Felipe el diácono. El relato bíblico dice del apóstol Felipe sólo lo que se registra en el Evangelio de Juan, donde se habla de él más que en ningún otro registro evangélico. El Felipe del libro de los Hechos es el diácono. La tradición sostiene que el apóstol Felipe predicó en Frigia.

Se dice que Simón el Zelote predicó en el norte de África y que fue martirizado en Palestina en tiempo de Domiciano, el emperador que desterró a Juan a la isla de Patmos. La tradición ubica a Tomás en Partia y Persia, y en sus últimos años en Edesa, donde se dice que fue martirizado. Sin embargo, hay también una tradición según la cual Tomás predicó el Evangelio en la India, y actualmente hay en la India un grupo de cristianos autóctonos de ese país que se llaman a sí mismos cristianos de Tomás. Lo más probable es que las actividades de Tomás no se extendieran tan lejos. 39

VIII. Desarrollo de la organización de la iglesia

El ejercicio de la supervisión.-

En el caso de la mayor parte de las actividades de la iglesia consignadas en el relato inspirado, hay claras indicaciones de planificación y supervisión administrativa. Los apóstoles al principio estuvieron en Jerusalén, y quedaron allí aun durante la persecución que se produjo a partir del apedreamiento de Esteban. Desde Jerusalén enviaron a Pedro y a Juan para que ayudaran a Felipe en Samaria. Cuando Pedro se relacionó con Cornelio, los hermanos de Jerusalén se alarmaron y pidieron que Pedro respondiera ante ellos. Y cuando tuvo que decidirse hasta dónde debía exigirse que los gentiles se sometieran al ritual -un grave asunto-, los hermanos convocaron un concilio más o menos

representativo en Jerusalén, y desde allí comunicaron a las iglesias la decisión que se había tomado. Todo esto indica que los apóstoles reconocían la validez de referir los problemas de interés general a una autoridad superior a la de las congregaciones locales.

La conducción del Espíritu en la administración.-

No se sabe si alguien dio instrucciones específicas a los varones de Cirene y de Chipre para que fueran a Antioquía de Siria en una misión de evangelismo, pero la obra de ellos fue considerada con aprobación por Bernabé. Cuando se creyó que era provechoso sacar ventaja del éxito de esa misión, Bernabé viajó a Cilicia y llevó a Pablo para que trabajar en Antioquía.

No se menciona que hubiera ancianos y diáconos en la iglesia de Antioquía. Los que enviaron a Pablo y Bernabé en su famoso primer viaje misionero, fueron profetas y maestros, hombres con dones específicos del Espíritu (Hech. 13: 1-3). No se declara si los hermanos de Antioquía indicaron a Bernabé y a Pablo la ruta que debían seguir; antes bien se recibe la impresión de que eran guiados por el Espíritu. Es muy claro que en su segundo viaje Pablo experimentó esa dirección, porque se le impidió que entrara en ciertas provincias mientras iba en ese viaje (Hech. 16: 7). El Espíritu Santo es, sin duda alguna, el supremo Guía divino para la iglesia.

Los varones dirigidos en forma señalada por el Espíritu -apóstoles, profetas, maestros y evangelistas- presidían activamente la iglesia. Los diáconos, debido a su función, estaban nombrados para supervisar la distribución de los bienes y del alimento a los miembros de la iglesia en Jerusalén; su función era esencialmente administrativa. Pero con la bendición del Espíritu, demostraron ser también evangelista de éxito. Por lo tanto, en los días del comienzo de la iglesia no se puede descubrir ninguna clara división entre los ancianos y diáconos como administradores, y los apóstoles, profetas, maestros y evangelistas como hombres guiados por el Espíritu Santo. Sin embargo, en años posteriores se hizo una clara distinción entre esas dos clases de funcionarios de la iglesia. Los ancianos y los diáconos aumentaron en poder administrativo e influencia, y los hombres dirigidos en forma especial por el Espíritu no sólo llegaron a ser menos numerosos sino que -como es evidente por los escritos de cristianos posteriores- en realidad perdieron prestigio.

El presbiterio.-

Para los que ocupaban el liderazgo en las congregaciones locales se usaban dos términos. Presbúteros (literalmente, "más anciano") era aplicado al que ocupaba un cargo respetable. Esta palabra se ha convertido en el vocablo "presbítero", que tiene el significado de "sacerdote". Debe destacarse que los sacerdotes cristianos medievales y modernos ejercen funciones litúrgicas y sacerdotales, pero los "Presbíteros" de la iglesia primitiva ni siquiera pensaron en ejercer tales funciones. El otro término es "obispo", del griego epískopos, "quien ve de arriba", "supervisor". Debe aclararse que en la iglesia primitiva estos dos títulos no indicaban dos cargos u oficios diferentes. El hecho de que se aplicaban indistintamente para el 40 mismo

cargo se ve claramente en Hech. 20: 17, 28, donde los ancianos de Efeso que se encontraron con Pablo en Mileto son llamados "ancianos" y "obispos". La misma equivalencia de estos términos se halla en la carta de Pablo a Tito (cap. 1: 5-9), donde al describir las cualidades de los dirigentes de la iglesia, se usan como sinónimos los vocablos "anciano" y "obispo". La diferencia que surge entre el término "obispo" por un lado y "presbítero" o "sacerdote" por el otro, tuvo su origen en un tiempo muy posterior al de la iglesia apostólica o la que vino inmediatamente después de los apóstoles. Clemente, dirigente de la iglesia de Roma justamente antes de la terminación del siglo I, al escribir su Primera epístola a los corintios, sólo habla de "presbíteros" (cap. 44 y 47), y para el cargo del presbiterio usa el término "episcopado", es decir "supervisión" (cap. 44). Aún más notable es el hecho de que Ireneo, dirigente de la iglesia de Lyon, en las Galias, alrededor del año 185 todavía habla de los predecesores de Víctor, dirigente de la iglesia de Roma, como "presbíteros" (Eusebio, Historia eclesiástica v. 24. 14).

¿A qué se debe, pues, el uso de dos términos? Es claro que designan la misma actividad. "Anciano" o "presbítero" es evidentemente el título del cargo; "obispo" ("supervisor") se usa como el nombre de la función de ese cargo.

Episcopado de Antioquía.-

El episcopado se desarrolló a partir de los ancianos principales (ver p. 28), aunque no en todas partes con el mismo ritmo. El episcopado monárquico parece haber surgido en su forma más antigua en Antioquía de Siria. No se sabe qué sucedió allí después del encarcelamiento de Pablo alrededor del año 60 ó 61. Eusebio nombra a quienes presidieron la iglesia en Antioquía: Pedro, Evodio e Ignacio (Historia eclesiástica iii. 36. 2; 22).

Pero esta tradición de un supuesto primado de Pedro en Antioquía no concuerda con el libro de los Hechos. Pedro estuvo en Antioquía "simulando" en lo que se refiere al judaísmo, y debido a esto fue reprendido por Pablo (Gál. 2: 11-21). La iglesia ya estaba organizada en Antioquía, y difícilmente Pedro pudo entonces haber sido su dirigente.

En Hech. 13: 1-2 se dice que los primeros líderes de la iglesia antioqueña los pneumatikói, hombres en los que se manifestaban los dones espirituales. Puede ser que algunos hombres vigorosos asumieran el liderazgo y después hubieran apresurado la declinación del poder de los hombres de los dones, que por esto mismo eran vistos con sospecha. Si se llegó a esta clase de liderazgo, el episcopado bien pudo haberse convertido en una orden eclesiástica dominante en el tiempo de Ignacio.

El episcopado monárquico de Ignacio.-

Ignacio de Antioquía murió mártir en 116 d. C., durante la persecución desatada por el emperador Trajano. La información que tenemos en cuanto a él proviene de materiales biográficos contenidos en la tradición martirológica de la iglesia, escrita cientos de años después de su muerte. También hay epístolas atribuidas a Ignacio, como si las hubiera escrito mientras era llevado preso a

Roma, pero su autenticidad es muy dudosa. Philip Schaff, historiador eclesiástico, dice de esas epístolas: "Estos antiquísimos documentos de la jerarquía pronto llegaron a estar tan interpolados, cercenados y mutilados mediante fraudes piadosos, que hoy día es casi imposible distinguir con certeza al Ignacio genuino de la historia del Ignacio exagerado y falseado de la tradición" (History of the Christian Church, t. II, p. 660).

En las Actas del martirio de San Ignacio* y en las cartas de este padre apostólico se habla de los obispos como autoridades eclesiásticas dignas del mayor respeto. En las 41 diversas epístolas aparecen frases como las siguientes: "Os conviene concurrir en el parecer del obispo; como ya lo hacéis. Porque vuestro renombrado presbiterio, digno de Dios, tanto armoniza con su obispo como las cuerdas de una cítara" (A los efesios 4). "Por lo tanto, es evidente que debemos mirar al obispo como al mismo Señor" (Id. 6). "Os exhorto a hacerlo todo con tesón e inteligencia con Dios, bajo la presidencia del obispo en lugar de Dios, de los presbíteros en lugar del consejo de los apóstoles, y de los diáconos, mis delicias, encargados del servicio de Jesucristo" (A los magnesios 6). "Subordinados al obispo, y los unos a los otros, como Jesucristo al Padre" (Id. 13). "Porque cuando estáis subordinados al obispo como a Jesucristo, me parecéis vivir no a modo humano, sino según Jesucristo" (A los trallanos 2). "Igualmente respetan todos a los diáconos como el mandamiento de Jesucristo, Hijo del Padre, y a los presbíteros como a senado de Dios y concilio de los apóstoles" (Id. 3). 41 ¡Nadie puede hacer nada de cuanto atañe a la Iglesia sin la autoridad del obispo!" (A los esmirnenses 8). "Quien hace algo sin el conocimiento del obispo, sirve al diablo" (Id. 9). (Las citas están tomadas de Sigfrido Huber, Los padres apostólicos [Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1949], pp. 180- 226.)

Testimonios contemporáneos.-

Suponiendo que fueran verdaderas estas afirmaciones tomadas de los documentos de Ignacio, nos hacen llegar a la conclusión de que el episcopado en Antioquía había evolucionado hasta transformarse en una autoridad monárquica antes de la muerte de Ignacio; pero dichas afirmaciones no pueden ser tomadas tan seriamente por una razón: otros documentos de esa época, procedentes de la misma región, no presentan el ensalzamiento del episcopado que destacan las epístolas de Ignacio. Por ejemplo, la "Doctrina de los doce apóstoles" (Didajé), un documento correspondiente a algún momento del siglo II, no presenta un encumbramiento tal de los obispos. Este documento no es apostólico; su autor es desconocido. Como generalmente se concuerda en que sus antecedentes son sirios, proviene del mismo ambiente y de las mismas condiciones de las supuestas cartas de Ignacio.

En la Didajé sólo se dice del episcopado: "Elegíos, pues, obispos y diáconos dignos del Señor... No los menospreciéis, porque ellos son venerables entre vosotros, junto con los profetas y doctores" (Didajé 15). Los obispos no se clasifican aquí por encima de quienes poseen dones espirituales.

Por ese mismo tiempo Clemente Romano, como también Ireneo de Lyon unos noventa años más tarde, declaran que los dirigentes de la iglesia de Roma aún eran

llamados "presbíteros" en el tiempo en que Ignacio fue martirizado y hasta setenta años después. Por lo tanto, o el obispo, como lo presenta Ignacio, es la creación de una mano posterior, o los varones de Antioquía guiados en forma especial por el Espíritu Santo estaban perdiendo muy rápidamente su liderazgo y su lugar estaba siendo ocupado por dirigentes elegidos en forma eclesiástica, y se estaba constituyendo un episcopado fuerte con una rapidez sumamente notable.

Sucesión apostólica.-

Un poco antes del año 200 d. C., Ireneo, dirigente de la iglesia en las Galias, elaboró una teoría bien definida del episcopado. La presenta en su tratado Contra herejías (libro iii). Su tesis es que los apóstoles transmitieron la verdadera enseñanza cristiana a los obispos, a quienes se daba por sentado que eran sucesores de aquéllos. Sostiene que los obispos de las iglesias fundadas por los apóstoles fueron los que conservaron la tradición sagrada. En esta tesis está el comienzo de la teoría de la sucesión apostólica.

El establecimiento del episcopado.-

La primera clara evidencia del obispo como líder dominante de diversas congregaciones se ve en los escritos de Cipriano, obispo de las iglesias cuyo centro estaba en Cartago, norte del África. Cipriano fue 42 martirizado en el año 258 d. C. Eusebio, el historiador eclesiástico, llama "obispos" a todos los dirigentes de la iglesia, aun desde tiempos más antiguos. Sin embargo, al hacerlo está hablando, por supuesto, desde el punto de vista común en 324 d. C., tiempo en que los obispos eran totalmente monárquicos en su autoridad, prácticamente en todas partes. Es claro que también usa la terminología propia del siglo IV.

Causas del ensalzamiento de los obispos.-

En lo que a autoridad eclesiástica se refiere, los sucesores de los apóstoles eran en realidad los ancianos principales. Se necesitaron años para que el cargo de anciano evolucionara hasta convertirse en un episcopado monárquico. Las causas de su evolución son claras:

1. El obispo metropolitano.

Los ancianos que presidían en las ciudades más grandes, alcanzaron en la iglesia un prestigio en proporción a la importancia de las ciudades donde estaban. Aunque el grupo de creyentes en determinado lugar era considerado una iglesia, había varias congregaciones que se reunían en diferentes lugares dentro de un municipio. Como el cristianismo era una sociedad ilegal que no podía tener propiedades, cada grupo usaba un hogar o alquilaba algún lugar para reunirse. El anciano principal presidía sobre ese conjunto de pequeñas congregaciones. Mientras más grande fuera la ciudad, su puesto era más honroso.

2. El obispo y las Escrituras.

El anciano que presidía era el guardián de las Escrituras y de las verdades contenidas en ellas, así como el dispensador de la "regla de la fe" apostólica. Los ejemplares de lasi Escrituras deben haber sido relativamente escasos, puesto que se escribían a mano. Las porciones de las Escrituras mejores y más completas eran puestas en las manos del anciano principal, que era su guardián. Así se convirtió en la personificación de la ortodoxia, un exponente de "la fe que ha sido una vez dada a los santos" (Jud. 3). Posteriormente, hubo persecuciones dirigidas contra el obispo como guardián de las Escrituras y, a los que bajo amenazas entregaban las Escrituras, la iglesia los enjuiciaba como "traidores".

3. El obispo y la ortodoxia.

El anciano que presidía estaba en posesión de las Escrituras, y por eso se convirtió en una norma de ortodoxia. Al evolucionar su cargo convirtiéndose en lo que fue más tarde el episcopado, se lo consideraba como el sucesor de los apóstoles (Ireneo, Contra herejías iii. 3. 3) y el intérprete de la verdad. Por lo tanto, tenía la responsabilidad de proteger a la iglesia contra los ataques de los herejes. Ya se ha señalado la inquietud apostólica de Juan y Pablo al oponerse a las herejías. (Ver pp. 34, 37 acerca del tema de las primeras herejías.) Como pastores de la grey, los ancianos principales de las iglesias usaban su autoridad creciente para enfrentarse a los que procuraban descarriar a los creyentes, y su éxito en esa misión aumentaba su poder e influencia.

4. El obispo y las finanzas de la iglesia.

Las finanzas de la iglesia estaban en manos de los ancianos que presidían. En este asunto administrativo no se sabe con claridad cómo se efectuó la transición de los "siete varones de buen testimonio" (Hech. 6: 3) de los primeros días apostólicos, al anciano principal e incipiente obispo. Pero a mediados del siglo II, el "presidente" recibía las ofrendas y las distribuía mayormente a los pobres. Esto le daba una gran categoría dentro de la iglesia, y de ese modo aumentaba el poder del naciente episcopado. Justino Mártir dice en cuanto a la ofrenda tomada en el "día del Señor": "Lo que se recoge es depositado con el presidente, el cual socorre a los huérfanos y a las viudas, y a aquellos a quienes por enfermedad u otra causa están en necesidad, y a los que están presos y a los forasteros de paso entre nosotros y, en una palabra, cuida de todos los que están en necesidad" (Primera apología 67).

Una carta escrita alrededor del año 251 d. C. por Cornelio, obispo de Roma, muestra la extensión de la obra de caridad de la iglesia y la influencia del obispo que 43 distribuía las dádivas. La carta afirma que en la iglesia de Roma "hay cuarenta y cuatro presbíteros; siete diáconos y otros tantos subdiáconos; cuarenta y dos acólitos; cuarenta y dos exorcistas y lectores con los estiarios; por último, más de mil quinientas viudas con los enfermos y necesitados. A todos los cuales facilita sustento la gracia y benignidad de Dios" (Eusebio, Historia eclesiástica vi. 43. 11).

5. El obispo y la persecución.

En tiempos de persecución, con frecuencia los dirigentes de la iglesia se convertían en verdaderos héroes al guiar a los hermanos, aconsejándolos en su lucha contra las duras autoridades civiles y al dar un ejemplo de fortaleza y valor. Acerca de obispos posteriores que, habiendo sobrevivido a la persecución de Galerio y Diocleciano, estaban reunidos en Nicea para el gran concilio del año 325 d. C., el historiador eclesiástico Teodoreto hace notar que "tenían el aspecto de un ejército de mártires congregados" (Historia eclesiástica i. 6). Allí estaban presentes obispos que habían perdido el ojo derecho que, en el caso de algunos, les había sido sacado quemándoselo con un hierro candente; otros cuyos miembros habían quedado inválidos debido a diversas clases de torturas; otros cuyo brazo derecho quizá había sido arrancado de su articulación. Esta clase de perseverancia bajo la persecución y la capacidad de liderazgo así demostrada, aumentaban el poder de los dirigentes de la iglesia.

6. La Declinación de los pneumatikói.

Hubo una causa negativa para el aumento de poder de los principales dirigentes de la iglesia: la disminución en la eficacia e influencia para el bien de los pneumatikói, los hombres de los dones espirituales. No se puede determinar ahora si la declinación se produjo más por un deterioro provocado dentro del grupo o debido a la presión de parte de agresivos dirigentes de iglesia, que pudieron sentir que sus funciones ejecutivas eran interferidas por hombres que atribuían el origen de sus facultades y dones al mismo Espíritu Santo. Sin duda ambos factores cooperaron para producir la declinación.

Se ha sugerido que esta decadencia de los hombres de los dones ya había comenzado cuando se escribió la Didajé, a la que ya se ha hecho referencia. En ese documento se advierte a los creyentes lo que deben hacer si "el que enseña se pervirtió y enseñare otra doctrina". "Todo apóstol que llegue a vosotros ha de ser recibido como el Señor. Pero no se quedará por más de un día o dos, si hace falta; quedándose tres días, es un falso profeta. Al partir, el apóstol no aceptará nada sino pan para sustentarse hasta llegar a otro hospedaje. Si pidiere dinero, es un falso profeta... Pero no cualquiera que habla en espíritu es profeta, sino sólo cuando tenga las costumbres del Señor... Pero todo profeta que enseña la verdad, y no hace lo que enseña, es un profeta falso... Mas quien dijere en espíritu: Dadme dinero, u otra cosa semejante, no lo escuchéis" (Didajé 11). Es difícil suponer que se hubieran pronunciado tales advertencias sin que hubiera una causa: el deterioro de los que decían tener los dones del Espíritu.

La misma situación se revela en un escrito de ficción, producido quizá en Roma por Hermas, conocido como hermano de Pío, dirigente de la iglesia de Roma a mediados del siglo II. Esa obra, llamada El pastor, contiene las supuestas visiones y admoniciones de uno que aseguraba que tenía el don profético. Fue muy apreciada por los cristianos de los siglos III y IV. Hubo quienes insistieron mucho para que se la incluyera en el canon del Nuevo Testamento.

Pero mientras Hermas afirmaba que era profeta de Dios, no vacilaba en señalar

la falsedad de algunos que en sus días pretendían tener dones espirituales. Por ejemplo: "Aquel que está sentado en la cátedra es un seudoprofeta, que destruye el entendimiento de los siervos de Dios... Y aquel seudoprofeta, no teniendo en sí poder alguno del espíritu divino, les habla sobre sus preguntas (y conforme a los 44 deseos de su maldad de ellos), y llena sus almas como ellos mismos lo quieren... Porque el que así consulta al seudoprofeta sobre un negocio cualquiera, es un idólatra, vacío de la verdad e insensato" (El pastor de Hermas, Precepto undécimo). Después sigue un análisis de las cualidades de un verdadero profeta y una comparación con las características del falso profeta.

En otro lugar habla de "doctores difíciles, tercos y complacidos en sí mismos, dándose aires de saberlo todo, cuando en realidad nada saben a fondo. Por esta su terquedad, pues, la inteligencia ha huido de ellos, y ha entrado en ellos una tonta insensatez. Pero ellos se ensalzan a sí mismos como personas entendidas, y siendo necios, pretenden aparecer como doctores" (Id., Semejanza 9. 22).

En contraste habla de los verdaderos profetas. "Los apóstoles y doctores que predicaron en todo el mundo, y con piedad y pureza enseñaron la palabra del Señor, sin apartarse jamás de ella a causa de malas codicias, sino que siempre procedieron por la justicia y verdad, así como habían recibido al Espíritu Santo. Estos tales, pues, tienen su lugar junto con los ángeles" (Id., Semejanza 25. 2).

Más adelante describe a los "obispos y personas hospitalarias que siempre, con placer y sin falsedad acogieron a los siervos de Dios en sus casas". Estos son los obispos que "ampararon en todo tiempo y constantemente con su ministerio a los menesterosos y a las viudas y llevaron siempre una conducta pura. Afirma que "todos estos, pues, estarán siempre amparados por el Señor" (Id., Semejanza 27. 2).

Teniendo en cuenta las pruebas presentadas, debe entenderse el siglo II como el tiempo cuando la eficacia y la influencia de los varones de los dones espirituales fueron declinando permanentemente, debido a abusos entre ellos y al poder y a la influencia crecientes de los dirigentes elegidos, especialmente del anciano principal o presidente. Esta función de supervisor se fue destacando de tal manera, que el obispo se convirtió en una clase diferente de dignatario eclesiástico. El pastor de Hermas debe entenderse como un esfuerzo de parte de alguien en la iglesia para establecer de nuevo la autoridad del don de profetizar; pero el esfuerzo fue vano.

Con el eclipse de los dones espirituales y con la ocupación de toda la autoridad eclesiástica por los dirigentes regulares, se produjo una declinación del vigor espiritual y de la pureza doctrinal de la iglesia primitiva.

Hubo otra reacción contra la declinación de los pneumatikói, la cual estuvo constituida por el movimiento llamado montañismo (ver p. 53). Pero los montañistas se fueron a los extremos, y cayeron bajo la condenación de la iglesia. Por eso su influencia fue dañina para la causa de los hombres de los

dones espirituales, y más bien apresuró su deterioro.

IX. De los ritos a los sacramentos

El bautismo.-

El bautismo es el primer rito con que se encuentra el lector del registro evangélico. Era practicado por Juan el Bautista y por los discípulos, por instrucción de Jesucristo, quien también fue bautizado. Los apóstoles bautizaron posteriormente en cumplimiento de la gran comisión evangélica.

Pero el bautismo tiene una historia aún más antigua. Los que eran sometidos por los sacerdotes a un régimen de purificación, eran bañados. En los días posteriores del judaísmo, esas abluciones eran, por lo menos, cumplidas por inmersión (ver Mishnah Mikwaoth). También los prosélitos ganados para la fe judía pasaban por un bautismo por inmersión cuando se incorporaban a la comunidad de los israelitas. Los esenios parece que también daban importancia a los lavamientos ceremoniales.

Por lo tanto, cuando Juan el Bautista se presentó predicando su mensaje de arrepentimiento, 45 era natural que ofreciera una ceremonia de lavamiento a los que respondían a su mensaje. Mucha de su predicación la hizo en zonas rurales, en el "desierto", donde vivía poca gente. Cuando las personas iban a Juan arrepentidos y confesando sus pecados, él las llevaba al Jordán.

Jesús mismo se sometió al bautismo a manos de su primo Juan, no en arrepentimiento por sus propios pecados, pues no los tenía, sino en relación con su obra como Redentor. Lo hizo para cumplir con "toda justicia" (Mat. 3: 15), para dar cada paso de la vida cristiana, no para su propia salvación sino para el mundo. Al participar Jesús de ese rito, dio a sus seguidores un ejemplo, y al mismo tiempo en su propia persona unió el rito con la verdad de la salvación. Aquí también, por primera vez, el don del Espíritu Santo acompañó al rito del bautismo.

Jesús mismo no bautizaba después de comenzar su obra pública; sus discípulos oficiaban en ese rito. El bautismo llegó a ser una práctica general en la iglesia cristiana, y ha continuado siendo el medio de iniciar a los miembros nuevos al entrar a la iglesia, ya sea en la infancia, o al llegar al uso de razón, o siendo adultos, de acuerdo con las diferentes prácticas de los diversos grupos cristianos.

Que el bautismo de Juan no era suficiente para los que se convertían en seguidores completos de Cristo, se demuestra porque Pablo rebautizó a algunos que vinieron a él en Efeso, que sólo habían sido bautizados por el bautismo de Juan y que, como lo descubrió Pablo, no sabían nada del Espíritu Santo. El los instruyó más en el camino del cristianismo, los instruyó acerca del Espíritu Santo, y los rebautizó. En ese momento recibieron el bautismo del Espíritu Santo y hablaron en lenguas (Hech. 19: 1-7).

En la gran comisión que Jesús dio a sus discípulos, les ordenó que bautizaran a

los conversos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; pero con frecuencia se registra el bautismo administrado en el nombre de Jesús, como la figura central de la presentación del plan de salvación. Esto no significa que no se usaba la fórmula bautismal regular de la comisión. Significa sencillamente que se destacaba el nombre de Jesús en la obra del Evangelio. El bautismo era por inmersión, y desde los primeros casos, como los bautismos del etíope y de Cornelio en Cesarea, efectuados por Felipe y Pedro respectivamente, era una ceremonia sencilla desprovista de un ritual complicado. En cada caso de bautismo que se registra, se daba instrucción antes de administrar el rito.

Sin embargo, no mucho después de la era apostólica se produjeron en la iglesia notables cambios en el rito del bautismo. No sólo se transformó en toda una ceremonia la administración del bautismo, sino que su significado y aun la forma del rito sufrieron un cambio. A mediados del siglo II, el autor de la Didajé escribió que para el bautismo sólo debe usarse agua viva, es decir, que corra; y que si no es posible bautizar en agua en movimiento o en agua detenida, es permitido derramar agua sobre la cabeza del candidato (Didajé 7). Aquí hay un cambio profundo en la comprensión del significado del rito, porque derramar agua nunca puede representar adecuadamente la muerte al hombre viejo de pecado y la resurrección a novedad de vida simbolizadas por la inmersión, como lo enseña Pablo (Rom. 6: 3-4). La Didajé también pide una triple inmersión, una añadidura que sin duda se usó desde antiguo en la ceremonia. Tertuliano (c. 225 d. C.) habla de la triple inmersión practicada en sus días como una "señal más amplia" del voto bautismal, y acompaña su afirmación con una descripción de una ceremonia bautismal muy complicada (De Corona 3).

En esos mismos tiempos se estaba efectuando un cambio mucho más significativo en la práctica y el significado del bautismo. Tertuliano sostenía a comienzos del 46 siglo III que no había necesidad de bautizar a los párvulos, porque el bautismo no era necesario para su salvación. Prefería un bautismo "cuando han llegado a conocer a Cristo" (De baptismo 18). El hecho de que se opusiera al bautismo de los párvulos, señala que se practicaba en ese tiempo. Orígenes (m. c. 254), contemporáneo más joven de Tertuliano, declaró que el bautizar a los niños era una "tradición de los apóstoles" (Comentario sobre Romanos, v. 9). Y Cipriano instaba, casi al mismo tiempo, que el bautismo no debía ser negado a un párvulo "que se acerca con más facilidad, por esta misma razón, a la recepción del perdón de pecados; que a él le son perdonados, no sus propios pecados, sino los pecados de otro" (Epístola 58, A Fidus). Este concepto de que el bautismo lava el pecado original heredado de Adán se convirtió, especialmente en el Occidente, en la razón dominante para administrar el rito a los niños. El bautismo llegó a ser considerado como un rito salvador. Se creía que el pecador estaba condenado si no recibía el bautismo. De este modo el bautismo se transformó de un sencillo rito simbólico, con un profundo significado interno espiritual, en un sacramento.*

A medida que el cargo del anciano principal evolucionaba hacia un obispado monárquico, el obispo se fue convirtiendo en el depositario exclusivo del derecho de administrar el bautismo o de autorizar su administración. Al convertirse el hantisísmo en algo sacramental, se acrecentó la autoridad del obispo como si tuviera un poder sobrenatural que no poseían otros cristianos.

La evolución simultánea de la Cena del Señor convertida en un rito que implicaba un poder sobrenatural (ver "La Cena del Señor"), también favoreció el desarrollo de la preeminencia del clero. El obispo llegó a ser un instrumento necesario para salvar a los pecadores, sin cuya ministracion no podía haber salvación. Esto significó el restablecimiento del sacerdocio en la iglesia cristiana, apesar de que la institución sacerdotal se había hecho innecesaria con el comienzo del ministerio de Jesucristo como Sumo Sacerdote en el santuario celestial.

De esta manera hubo una triple sucesión de errores: (1) La falsa doctrina de la herencia del pecado original; (2) la perberción del bautismo al cambiar el rito de una sola inmersión del adulto a una triple aspersión de agua sobre la cabeza de un niño; (3) el hecho de dar al bautismo un significado sacramental, y hacer del obispo un sacerdote sacramental: una parodia del plan de salvación, una sustitución del sacerdosio de Cristo y una apostasía de la verdadera senda cristiana. Esta apostasía se convirtió en una realidad en la iglesia afines del siglo III.

La Cena del Señor.-

Una evolución paralela tuvo lugar en el caso de la Cena del Señor. La comida de confraternidad se practicaba tanto entre los judíos como entre 47 los paganos. Se pedía que los hebreos emplearan las ofrendas de paz en una comida tal. La cena pascual era una comida cuyos ingredientes estaban estrictamente prescritos y de ella participaba el grupo familiar, o un grupo de amigos que habían ido juntos a Jerusalén para la fiesta. Cuando se acercaba la última pascua del ministerio de Jesús, él expresó su deseo de comerla con sus discípulos (Luc. 22: 15). Se hicieron los preparativos para tal fin, y la noche del jueves de la semana de la crucifixión, la víspera o comienzo de la parte oscura del 14 de Nisán, Jesús comió la pascua con sus discípulos (ver la 1.ª Nota Adicional de Mat. 26).

Probablemente al comienzo de la ceremonia, Jesús lavó los pies de sus discípulos. Luego estableció la Cena del Señor. Tomó el pan sin levadura, plano y delgado, de la cena de la pascua judía, y la copa que contenía el "fruto de la vid" Como los evangelistas invariablemente llaman a la bebida de la cena, y compartió esos elementos de la comida con sus discípulos. De acuerdo con la información proporcionada por el apóstol Pablo (1 Cor. 11: 23-26), Cristo los instruyó para que participaran del pan y del "fruto de la vid" como una representación de su cuerpo herido mortalmente cuando llevó los pecados del mundo, y de la sangre que derramó al morir por los hombres. Esos emblemas deberían anunciar la muerte de Cristo hasta que él volviera por segunda vez. Sin embargo, se introdujeron cambios extraños. Veinticinco años después de la muerte de Jesús puede verse que ya se había convertido en una costumbre, por lo menos en Corinto, que los miembros de la iglesia llevaran a esas reuniones alimento y vino para comer y beber (1 Cor. 11: 20-21). Pablo reprendió a los corintios por su exclusivismo y egoísmo manifestados en esos festines. La fiesta que acompañaba a la Cena del Señor era llamada agáp', o fiesta de amor. Judas se refiere a ella (vers. 12) y al mismo tiempo indica que había elementos adversos en la fiesta de amor. El reproche de Judas y la

crítica de Pablo en cuanto a la fiesta de amor, y quizá el sentimiento cristiano en general acerca de los abusos, sin duda hicieron que esta característica del rito se esfumara de la práctica de la iglesia, y sólo quedara la sencilla Cena del Señor. A comienzos del siglo II se usa en las epístolas de Ignacio (A los filadelfos 4; A los esmirnenses 7-8) la palabra griega eucaristía, "acción de gracias", para la Cena del Señor. De este vocablo deriva "eucaristía", nombre específico para la Cena del Señor.

El rito de la Cena del Señor continuó evolucionando. En el siglo II la Didajé ya daba el nombre de sacrificio a la Cena del Señor (14), y desde el tiempo de Gregorio de Nisa (In Christi resurrectionem, Oratio I) esta expresión se hace más frecuente. De este modo creció la convicción de que la eucaristía significaba una repetición del sacrificio de Cristo.

Adviértase la transición: al comienzo la Cena del Señor fue un servicio de acción de gracias, como lo muestra claramente el término "eucaristía". Era un servicio conmemorativo en el que participaban los que creían que ya habían recibido el don de la salvación, por lo cual manifestaban su gratitud participando de los emblemas prescritos. Sin embargo, gradualmente y a través de los pasos indicados, la cena se convirtió en un medio de salvación, como una repetición del sacrificio del Señor. En esta forma la cena, como el bautismo, se convirtió en un rito salvador, y de la misma manera hizo necesario un intercesor para administrarlo como un proceso sacramental. Tanto en la eucaristía como en el bautismo, el obispo era el intercesor oficiante, haciendo de sacerdote en el sentido del Antiguo Testamento o aun casi en el sentido pagano. Este cambio de la Cena del Señor como un reconocimiento de la salvación recibida a un ritual realizado como un medio de salvación, y de un servicio de acción de gracias a un sacramento, no fue, de ninguna manera, una evolución inocente; fue una apostasía. Debido a este cambio, realizado sin autorización ni base 48 bíblica en la interpretación de la naturaleza del bautismo y de la Cena del Señor, un sacerdocio cristiano intercesorio -una verdadera contradicción de términos- llegó a ser una necesidad eclesiástica y sacramental. La ambición de destacarse, siempre presente en el corazón humano, hizo que los hombres que tenían autoridad eclesiástica sintieran intensos deseos de cumplir con esas funciones. El sacerdocio humano en la iglesia cristiana se convirtió en un hecho consumado a mediados del siglo III.

X. El culto cristiano

En ninguna parte del Nuevo Testamento se describe un servicio de culto cristiano. Hay indicios en Hech. 2 y 20 y en 1 Cor. 11 y 14; pero hay que recurrir a fuentes extrabíblicas para el programa de culto.

Plinio y el culto cristiano.-

La descripción más antigua de un servicio de culto cristiano procede de la pluma de un escritor pagano. Plinio el Joven (62-114 d. C.) era gobernador del Ponto, en la costa meridional del mar Negro. Había sido nombrado para ese cargo por el emperador Trajano. Plinio es mejor conocido como un hombre de letras que escribía en un latín tan precioso, que se han preservado sus

epístolas; entre éstas se encuentra su amplia correspondencia con el emperador. En una de sus cartas describe lo que le pasó en el Ponto con la naciente secta de los cristianos (Cartas x. 96), y le cuenta al emperador lo que estaba haciendo para detener el crecimiento de la secta. En el curso de su informe describe un servicio de culto cristiano usando la información obtenida de algunos que encarceló por estar acusados de ser seguidores de Cristo.

Fuentes documentales cristianas.-

Hay también dos fuentes documentales cristianas que dicen qué sucedía cuando se reunían los cristianos para adorar a su Señor. Una es el documento anónimo ya citado, la Didajé. Esta no da la secuencia u orden del servicio formal de culto, pero sí proporciona abundante información en cuanto a lo que hacían los cristianos a mediados del siglo II. La otra fuente documental es la Primera apología (67) de Justino Mártir, dirigida al emperador romano Antonino Pío (138-161 d. C.). Se presenta una clara descripción en la que se sigue el orden de un culto cristiano tal como se celebraba en ese tiempo en la ciudad de Roma, que probablemente era similar a los cultos realizados en otras partes.

Los cristianos eran, según ya se ha dicho, una secta ilegal que no podía poseer ninguna propiedad. Por lo tanto se reunían en los hogares de sus miembros (Rom. 16: 5; 1 Cor. 16: 19; Col. 4: 15) o en lugares alquilados. Las reuniones, por lo menos en los tiempos de persecución, se celebraban muy de mañana (Plinio), quizá para evitar ser descubiertos. Las reuniones semanales estaban destinadas principalmente a los miembros de iglesia o para los que estaban sinceramente interesados. En los primeros días quizá se hacía poca propaganda pública para las reuniones cristianas, y se procuraba que no hubiera una asamblea pública general. Plinio describe las reuniones para el culto como celebradas "en cierto día fijo" (Cartas x. 96), pero no identifica el día.

El orden del servicio.-

El servicio era muy sencillo, con un mínimo de programación o formalismo. La reunión comenzaba con un canto congregacional, en el que sin duda se empleaban los salmos (Efe. 5: 19), y quizá salmodiaban o recitaban alguna sencilla declaración de fe cristiana, lo que quizá sugieren algunos pasajes de las Escrituras como 1 Tim. 3: 16; 2 Tim. 2: 11-13. Plinio informa que "se comprometían con un solemne juramento a no hacer ningún acto malo, a no cometer nunca fraude, robo o adulterio, a nunca falsear su palabra, a no desconocer un crédito" (Ibíd.). Según Justino Mártir (Primera apología 67), había una lectura de las Escrituras, 49 lo que en el tiempo cuando escribió Justino (152 ó 153 d. C.) incluía por lo menos partes del Nuevo Testamento. Esa lectura bíblica no era evidentemente sólo un pasaje o dos, sino más bien largas porciones. Se entenderá fácilmente la razón de esto si se recuerda que en ese tiempo todas las copias de las Escrituras se hacían a mano, y que eran pocos los miembros de la iglesia que las poseían. El conocimiento bíblico de casi todos los cristianos era obtenido de las lecturas que oían. La lectura era seguida por comentarios de las porciones escogidas, lo que era hecho por una persona nombrada para ese día; sin duda generalmente por el anciano principal, si estaba presente en esa reunión, o por uno de los ancianos asociados. Cuando

terminaba el sermón, la congregación se ponía de pie y oraba.

Una comparación de este culto cristiano primitivo con los celebrados en las sinagogas judías (ver t. V, pp. 59-60) revela parecidos tan notables, que es correcto llegar a la conclusión de que en muchos aspectos el orden del culto cristiano fue una imitación del judío.

Por lo que dice Plinio, parece que después de realizarse esta parte del servicio, se despedía a la congregación. Luego de un breve intervalo, se reunían nuevamente sólo los que eran miembros bautizados de la iglesia y celebraban la Cena del Señor. Según Justino Mártir, en este momento se recogían las ofrendas.

Es difícil saber hasta qué punto se empleaba para la comida de confraternidad lo que se traía como ofrenda. Según 1 Cor. 11: 18-22, los miembros traían su propio alimento para comer en la ágape que precedía a la Cena del Señor. Justino Mártir parece insinuar que algunas de las cosas que se llevaban como ofrendas se usaban en la Cena del Señor.

Se llevaba algo del pan y del vino de la cena a los enfermos. Dinero, alimentos y vestidos que se habían entregado en las ofrendas se distribuían a los forasteros, los pobres y los que estaban en prisión por causa de su fe. La responsabilidad de la distribución descansaba sobre el anciano presidente. Parece que durante muchos años, por lo menos algunos de los cristianos de origen judío continuaron reuniéndose sábado tras sábado en las sinagogas judías (Hech. 15: 21). Es comprensible que no desearan separarse de sus hermanos judíos.

Más añadiduras y complicaciones del culto cristiano aparecen en documentos posteriores, tales como los escritos de Tertuliano (comienzos del siglo III) y en la obra anónima llamada Constituciones apostólicas, que contiene materiales de los siglos III d. C.

XI. Días de guardar

El día de reposo.-

Ni los escritores inspirados del Nuevo Testamento ni los escritores del siglo II se ocupan particularmente del día propio para el culto de los cristianos. Es cierto que Pablo amonesta a los cristianos de origen judío que no olviden de reunirse (Heb. 10: 25); pero en este lugar de sus escritos Pablo no se refiere a ningún día de observancia especial.

Mientras estuvo en la tierra Cristo asistía a la sinagoga (Mat. 13: 54-58; Mar. 1: 21-29; 6: 16; Luc. 4: 16-38). Su presencia en la sinagoga en el día sábado era un acto que formaba parte de su culto personal, de "su costumbre"; no iba allí meramente porque buscaba una oportunidad de instruir a los judíos. Esto es evidente por su estilo de vida y por los hechos del relato evangélico. El hecho de que Jesús hiciera en sábado cosas desagradables para los dirigentes judíos, como la curación de enfermos y el negarse a reprender a sus discípulos

porque recogieron manojos de espigas en el día de reposo, de ningún modo se debió a que menospreciase el sábado. Cristo actuaba así para inducir al pueblo judío a que abandonara las irrazonables 50 prácticas tradicionales que convertían la observancia del sábado en una carga. De acuerdo al relato evangélico, Jesucristo murió poco antes de la puesta del sol que indicaba el comienzo del sábado, descansó en la tumba el sábado (DTG 719) y resucitó temprano el primer día de la semana. Sin duda era el plan divino que descansara en la tumba durante el sábado de esa última memorable semana. Y mientras reposaba en la tumba, sus seguidores observaron el sábado "conforme al mandamiento" (Luc. 23: 56).

El apóstol Pablo menciona una y otra vez que en las ciudades en donde se encontraba en sus viajes misioneros iba a la sinagoga en el día sábado. Sin duda lo hacía no sólo para evangelizar sino también para rendir culto. En su primer viaje misionero, cuando en Antioquía de Pisidia asistió a la sinagoga en sábado, habló a los que estaban allí, y después los gentiles de la ciudad pidieron que les predicara en la sinagoga el sábado siguiente, lo cual hizo (Hech. 13: 14-16, 42-44). En Tesalónica, en su segundo viaje misionero, "Pablo, como acostumbraba, fue a ellos [los judíos], y por tres días de reposo discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras" (Hech. 17: 23). En Corinto, donde Pablo permaneció 18 meses, se ganaba la vida trabajando en su oficio, fabricando tiendas, junto con sus compañeros, Aquila y Priscila (Hech. 18: 23). Es imposible pensar que Pablo, viviendo con judíos, trabajara en día sábado mientras estuvo allí. Al contrario, se declara que "discutía en la sinagoga todos los días de reposo" (vers. 4), hasta que se retiró (vers. 7) debido a la oposición de los judíos frente a su evangelismo. Es completamente razonable creer que Pablo después de su expulsión de la sinagoga, continuó observando el sábado como antes.

Los escritores de los Evangelios sólo mencionan el sábado como el día semanal de culto. Juan dice de sí mismo que estuvo en el Espíritu en el "día del Señor" (Apoc. 1: 10), y el sábado es el día del cual Jesucristo es Señor (Mat. 12: 8; Mar. 2: 28). Este es el "día santo" del Señor (Isa. 58: 13) y el día de reposo del Señor de los Diez Mandamientos (Exo. 20: 10). Además, el autor del Evangelio de Juan, que escribió también el Apocalipsis, no reconocía sino un solo día semanal santo, el sábado. El único otro día que menciona Juan se conoce con el sencillo nombre de "primer día de la semana" (cf. Juan 5: 1-9 y Juan 9: 6-14 con Juan 20: 1, 19). Como Juan escribió el Evangelio alrededor del mismo tiempo en que escribió el Apocalipsis, o quizá después, tuvo amplia oportunidad para dar al primer día de la semana un título especial, y aun decir que debía ser observado especialmente por los cristianos; pero no lo hizo. El hecho de que los escritores del Nuevo Testamento no discutan sobre cuál día debe guardarse, es la mejor evidencia posible de que no había duda en sus mentes en cuanto a esto. Los cristianos guardaban el sábado, séptimo día de la semana, durante el tiempo de los apóstoles. Hay abundantes pruebas de que muchos de ellos lo guardaron durante siglos.

Los días anuales de reposo.-

Después de que Cristo murió en la cruz, dejaron de tener vigencia ciertos ritos

de la ley de Moisés. Eso estaba claramente predicho en Dan. 9: 24-27, donde se profetiza que "a la mitad de la semana [el Mesías] hará cesar el sacrificio y la ofrenda". Cuando Cristo murió en la cruz, el velo del templo se rasgó "de arriba abajo"; con eso Dios indicó que, mediante la intercesión del Señor Jesucristo, estaba abierto el camino al verdadero santuario, el celestial, y que los sacrificios que diariamente había ofrecido el pueblo hebreo ya no necesitaban ofrecerse más (Mat. 27: 50-51).

Eran tres las solemnes fiestas anuales en las cuales debían presentarse todos los varones israelitas en el templo: la pascua, Pentecostés y los tabernáculos (Lev. 23). 51

Estos "días de reposo" se celebraban "además de los días de reposo de Jehová" (Lev. 23: 38), es decir, además del "séptimo día" de la semana, el día de reposo, en el cual no se hacía ningún trabajo, y que debía observarse no importaba dónde estuvieran los hebreos (Lev. 23: 3). En el Antiguo Testamento, tanto el sábado semanal, como las fiestas anuales, aparecen designados como "sábado" (Heb. shabbat), o sea "día de cesar", "día de descansar". En la RVR este vocablo se traduce comúnmente como "día de reposo".* Las fiestas anuales, unidas por un lado al calendario agrícola de Palestina, prefiguraban por otra parte la obra de Jesucristo. Como símbolo, perdieron validez cuando vino la realidad. Por ejemplo, Pablo afirma que "nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Cor. 5: 7).

Pablo escribe a los gálatas advirtiéndoles en contra de la observancia de ciertos días. "Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años"(Gál. 4: 10), les dice con tristeza. No especifica si se trata de ceremonias paganas o días de fiesta judíos. Sin embargo, no hay duda de que, al hablar en Colosenses de la observancia de días especiales, habla de las fiestas conocidas y observadas por los judíos. "Por tanto, nadie os juzgue en comida [Gr. 'manera de comer'] o en bebida [Gr. 'mainera de beber'], o en cuanto a [manera de observar] días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir" (cap. 2: 16-17). Si bien este pasaje es interpretado en diversas formas (ver com. Col. 2: 16-17), es claro que aquí Pablo reafirma la gloriosa libertad del cristiano que no necesita preocuparse más por los reglamentos rituales que controlaban la manera como los judíos vivían y celebraban las fiestas religiosas.

Pero, a pesar de referirse a estas fiestas como sombras, el Nuevo Testamento deja en claro que los primeros cristianos no habían dejado totalmente de lado la celebración de las fiestas anuales. Las solemnes fiestas judías aparecen como fechas clave en el calendario de los cristianos. También es evidente que, hasta cierto punto, seguían celebrando esos sábados (o "días de reposo") anuales. Por ejemplo, Pablo escribió a los corintios que estaría en Efeso hasta Pentecostés (1 Cor. 16: 8). Asimismo al apóstol no le pareció bien detenerse en Efeso al concluir su tercer viaje misionero, pues creyó que debía apresurarse para llegar a Jerusalén, a fin de estar allí en el día de Pentecostés (Hech. 20: 16). El dejar de lado las fiestas anuales la pascua, Pentecostés y los tabernáculos parece haber sido difícil para quienes estaban acostumbrados a festejar con todos sus hermanos judíos esas grandes ocasiones.

Es evidente, por lo que dice el Nuevo Testamento, que después de la muerte de Cristo algunos elementos básicos del judaísmo quedaron sin mayor valor:

1. Los sacrificios de diversas clases, que los hebreos ofrecían como parte del plan de salvación que se iba desplegando ante ellos, ya no fueron necesarios.

2. La circuncisión, marca que llevaban los varones hebreos desde antes de que tuvieran uso de la razón o que se practicaba en los adultos que aceptaban la fe judía, no fue más exigida como muestra de adhesión a la comunidad de los fieles (Hech. 15). Este rito desapareció con el primer advenimiento del Señor, pues después de que viniera Cristo ya no hubo un único grupo con el cual Dios hacía su pacto, lo que antes se evidenciaba en los hombres mediante la circuncisión. La familia de Cristo 52 pasó a estar formada de personas provenientes de todas las naciones, todas las razas, y todas las condiciones humanas (Gál. 3: 28-29).

3. Las fiestas anuales, con sus correspondientes días de reposo, eran "sombra de lo que ha de venir", representación del Mesías y de la salvación que proporcionaría a los creyentes. Una vez iniciada la dispensación evangélica la celebración de estas fiestas no tuvo más sentido.

Ya en el concilio de Jerusalén se discutió lo que debía exigirse de los gentiles que se convertían al cristianismo. Se logró el triunfo de la libertad cristiana, los ritos y las ceremonias propiamente de los judíos no fueron más necesarios. Sin embargo, es evidente que por largo tiempo algunos de los cristianos no pudieron aceptar la sencillez y la libertad del mensaje evangélico. A éstos Pablo exhorta a estar "firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres" y no volver a estar "sujetos al yugo de la esclavitud" (Gál. 5: 1).

Pascua de resurrección (o pascua florida).-

Sin embargo, la observancia de la pascua y de Pentecostés se introdujo, con un cambio de énfasis, en las prácticas de la iglesia cristiana. Esto dio lugar a una intensa disputa en la iglesia en los siglos II-IV Entonces apareció, principalmente en el Oriente, una secta llamada los cuartodecimanos. Esta palabra, que se deriva del latín, significa literalmente "catorcenos" o "decimocuartos". Esos cristianos insistían en que el día de la crucifixión de Cristo debía celebrarse anualmente en la primavera (marzo-mayo) con ritos especiales y siempre en el día correspondiente en que había muerto Cristo. Ese día era el 14 de Nisán, de ahí el nombre de "catorcenos" o "decimocuartos". De esta manera celebraban anualmente la pascua el mismo día que los judíos, pero por una razón enteramente diferente a la de éstos y sin las ceremonias especiales propias de la pascua judía. Sin embargo, la observancia de los cristianos del 14 de Nisán significaba que estaban reunidos el mismo día en que los judíos celebraban su fiesta en las sinagogas. Como resultado de las persecuciones iniciadas por los judíos y del serio conflicto dentro de la iglesia, centralizado en la continuación de los ritos judíos, especialmente en el Occidente, se desarrolló una fuerte oposición contra la celebración en la iglesia cristiana de cualquier fiesta que coincidiera con otra judía.

Esta reacción originó un movimiento definido en la ciudad de Roma en el tiempo de la segunda guerra judía, durante el reinado del emperador Adriano, alrededor del año 130 d. C. El que presidía la iglesia de Roma en ese tiempo el cual ocupaba con sencillez un cargo que más tarde se transformó en el papado insistió en que la iglesia cristiana debía celebrar anualmente la resurrección de Cristo, no su crucifixión; y que dicha celebración anual debía caer siempre en el primer día de la semana porque ese era el día de la resurrección. Este fue el origen de la práctica de celebrar esta fiesta anual en la primavera del hemisferio norte (marzo-mayo).

Esto era sólo motivo de un apacible debate entre Oriente y Occidente alrededor del año 150 d. C.; pero al finalizar el siglo II, Víctor, que presidía la iglesia de Roma, insistió en que todas las iglesias debían concordar con la práctica de la iglesia de Roma, no celebrando más la crucifixión sino la resurrección y evitando congregarse en el mismo día con los judíos. Y para que así sucediera, hizo caer la celebración de primavera de los cristianos en el primer día de la semana, hoy llamado domingo. Tan categórico fue Víctor en este asunto, que se intentó excomulgar a todas las iglesias que no aceptaran la práctica romana. La excomunión fue suspendida debido a una fuerte protesta. Pero desde allí en adelante la práctica de celebrar la resurrección en domingo, en la primavera, quedó establecida en la iglesia cristiana, y finalmente evolucionó convirtiéndose en la fiesta que ahora popularmente se llama "pascua de resurrección". 53

Domingo.-

Esta celebración anual de la resurrección en el primer día de la semana fue, sin duda, un factor importante en el establecimiento del culto semanal en domingo. La primera evidencia indudable de culto regular en día domingo se encuentra en los escritos de Justino Mártir (c. 155 d. C.), quien describe reuniones de cristianos celebradas en la mañana del "día del sol" (Primera apología 67). La secta de los astrólogos ya rendía homenaje al sol en el primer día del ciclo semanal, y los mitraístas en ese tiempo quizá hacían en domingo su culto especial de Mitra. Es imposible saber ahora cuánto influyó esto para que los cristianos fijaran un día para celebrar la resurrección triunfante de Cristo en el mismo día en que era adorado el sol. También influyó el hecho de que los cristianos quisieron distanciarse de sus raíces judías, en parte para no sufrir junto con los judíos los vilipendios de los cuales eran objeto. Sea como fuere, a mediados del siglo II muchos cristianos observaban semanalmente el domingo, especialmente en Roma.

Eso no significa en manera alguna que se guardara el domingo como día de reposo. Parece que los cristianos se ocupaban de sus deberes regulares después del culto matinal. Pasó algún tiempo antes de que la iglesia procurara convertir el domingo en día de reposo. Tertuliano sugería alrededor del año 225 d. C. que se evitara tratar los asuntos seculares en día domingo; pero el primer registro de un verdadero intento en ese sentido no se hizo sino hasta el siglo IV d. C.

No es, pues, necesario acudir a las Escrituras para buscar el origen del descanso en domingo. Entró en la iglesia cristiana aproximadamente medio siglo después de que muriera el último de los apóstoles. Es evidente que fueron los astrólogos del antiguo Medio Oriente los que primero dieron a los días de la semana los nombres de ciertas deidades paganas, como el Sol, la Luna y Saturno. Los historiadores llaman a esto la semana astrológica. Este sistema de señalar el tiempo poco a poco se hizo popular entre los habitantes de Roma. Las pruebas de una semana tal se encuentran en los registros de las guerras de los romanos en la 6.ª década antes de Cristo, cuando se menciona el día de Saturno. Lo mismo se halla en las ruinas de las ciudades de Herculano y Pompeya (destruidas por la erupción del Vesubio en el año 79 d. C.), y en los escritos del cristiano Justino Mártir alrededor del año 150 d. C., quien habla de que los cristianos rendían culto "en el día del sol" (Primera apología 67). Ver com. Dan. 7: 25.

Pero la iglesia primitiva no abandonó por completo el sábado. El sábado y el domingo se observaron juntos durante siglos, de un modo especial en el Oriente. Europa occidental fue evangelizada principalmente desde Roma, por lo cual no hay casi ningún indicio de la observancia del sábado en esa zona. La observancia del domingo era lo común dondequiera se extendiera la influencia de Roma.

Días de ayuno.-

Además de estas prácticas, se propagó en la iglesia primitiva la observancia de ciertos días de ayuno. Se los menciona en la Didajé (8) como el "cuarto de los sábados" y la preparación, es decir, miércoles y viernes. Se advertía a los cristianos que no ayunaran en el segundo y en el quinto día de la semana, pues el lunes y el jueves eran días de ayuno judíos. Se suponía que el miércoles era el día en el cual Judas había vendido a Cristo y el viernes el día de su crucifixión y sepultura.

XII. Sectas que producían divisiones y rivalidades

El cristianismo era una "herejía" (Hech. 24: 14) para los judíos. Es justo decir que el cristianismo tuvo sus herejías, y los apóstoles amonestaron contra ellas, ya fuera como peligros presentes o como peligros de los que habría que guardarse en el futuro (cf. 1 Cor. 11: 19; Gál. 5: 20; 2 Ped. 2: 1)

Los montanistas.-

Los montanistas eran una secta con metas espirituales muy 54 elevadas. Una de las razones para el surgimiento de esta secta se encuentra en la declinación de la influencia de los pneumatikói o varones de los dones espirituales. Ya se han presentado pruebas de la decadencia de ese grupo de personas. Montano ejerció una profunda influencia espiritual a fines del siglo II; comenzó predicando un mensaje de reforma en la provincia de Frigia. Afirmaba que él y sus más allegados poseían los dones del Espíritu, particularmente el espíritu de profecía. Predicaban reavivamiento y reforma y exhortaban a la iglesia para que abandonara la mundanalidad. Los montanistas se daban cuenta que ésta ya

existía en sus tiempos, a fines del siglo II.

La secta, llena de un celo reformador, se extendió rápidamente. Estuvo a punto de ser aceptada como ortodoxa en Roma, pero finalmente fue declarada cismática. Tertuliano, el gran escritor latino y líder de la iglesia del norte del África, aceptó el montanismo y su espíritu reformador de todo corazón, y así propagó las ideas montanistas.

Los montañistas usaban la terminología de Pablo para describirse a sí mismos y a los que se oponían a ellos. Se daban a sí mismos el nombre de pneumatikói, y a sus opositores llamaban psujikói (naturales, carnales). Condenaban las segundas nupcias, consideraban el casamiento como una unión espiritual, y esperaban que esa unión se renovara después de la muerte. Insistían en que fueran expulsados de la iglesia todos los que fueran culpables de crímenes. Imponían rígidos ayunos, propiciaban el celibato, alababan profusamente a los que habían sido martirizados y aun opinaban que debía aceptarse el martirio, pues sostenían que era ilícito huir de él en tiempo de persecución. Para ellos la vida cristiana era no sólo el resultado de un comienzo milagroso, sino un milagro que se repetía constantemente. Afirmaban que para el progreso cristiano no valía nada que emanara de la forma natural de vivir o de un proceso normal de desarrollo mental y espiritual. Parece que creían que el desarrollo de la experiencia religiosa en toda la comunidad debía pasar por cuatro etapas: (1) religión natural, o el concepto innato de Dios; (2) la religión del Antiguo Testamento; (3) la encarnación de Cristo y el Evangelio que él ponía de manifiesto; (4) la venida del Paracleto con el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, y particularmente con los dones del Espíritu sobre Montano. De modo que creían que sus experiencias particulares determinarían las experiencias culminantes de la iglesia, y que la perfección de su mensaje en la iglesia conquistaría su triunfo en la tierra en la segunda venida de Jesucristo, su Señor. Esperaban ese segundo advenimiento muy poco después del surgimiento de ellos y de la propagación de su mensaje.

Al principio, y no pocas veces después, la secta fue llamada la herejía frigia. Aún existía en el siglo V. Su impacto sobre la cristiandad modificó ciertas creencias de la Iglesia Católica. Los puntos de vista de Montano reaparecieron en varias manifestaciones diferentes entre las sectas de la Edad Media. Debido en parte a su firme creencia en la presencia dinámica interior del Espíritu Santo, y en parte a la oposición de las autoridades administrativas de la iglesia contra los montanistas y su obra, éstos criticaban el creciente punto de vista católico, según el cual la autoridad de la iglesia consiste o está en los obispos. Tertuliano dijo: " 'La iglesia', es cierto, estará dispuesta a perdonar pecados; pero (será) la iglesia del Espíritu, mediante un hombre espiritual; no la iglesia, la cual consiste de una cantidad de obispos" (De Pudicitia 21).

Los ebionitas.-

Se ha hecho notar que hubo varias divisiones entre dos grupos que surgieron en la iglesia apostólica: (1) cristianos de origen judío que insistían en que toda la iglesia ya se tratara de judíos o de gentiles debía amoldarse a la ley 55 de

Moisés; (2) cristianos de origen judío como lo era Pablo, y la gran mayoría de los conversos gentiles que aceptaban las enseñanzas de Pablo y acataron la decisión del concilio de Jerusalén (Hech. 15). Estos sostenían que los gentiles debían aceptar la salvación mediante Jesucristo, por la fe, y que no necesitaban prestar ninguna atención al ritual judío. A medida que crecía el número de gentiles en la iglesia cristiana y los cristianos de origen judío se convertían en una minoría, los que eran especialmente celosos de la ley se constituyeron en un grupo. Formaron una o más sectas que, en pensamiento y en práctica, se ubicaban en la zona fronteriza entre el cristianismo y el judaísmo. Los escritores cristianos hablan de los ebionitas como el grupo principal quizá el único de estos cristianos judaicos.

El nombre de la secta deriva de una palabra hebrea que significa "pobre", y pudo haber sido un término que se aplicaba al principio a los cristianos en general, como lo afirma Epifanio; más tarde se usó para designar a los cristianos judaicos (Orígenes, Contra Celso ii. 1). Es muy posible que la Epístola a los Hebreos hubiera sido escrita para que los cristianos judaicos que estaban dispuestos a escuchar a Pablo se mantuvieran fieles en la aceptación de Jesucristo como Salvador y Sumo Sacerdote, en oposición al grupo de cristianos judaicos que insistían en mantener su vinculación con el sacerdocio judaico y sus rituales. Si fue así, la Epístola a los Hebreos bien podría haber señalado una división entre las dos clases de cristianos judaicos, con el resultado de que los ebionitas se constituyeron en una secta ritualista y legalista que dependía de la conservación de las formas externas del judaísmo. Schaff describe este movimiento como "un cristianismo judaizante, seudopetrino [falsos seguidores de Pedro]" o "un judaísmo cristianizante" (History of the Christian Church, t. 2, p. 429).

La mayor parte de los ebionitas deben haber sido fariseos. Eran los sucesores naturales de los judaizantes, a quienes Pablo se opuso tan vigorosamente, tal como se lee en su Epístola a los Gálatas. Aceptaban a Jesús como el Mesías prometido, el hijo de David, pero sólo como a un hombre como Moisés y David y como el resultado de la unión natural de José y de María. Según su creencia, Jesús se dio cuenta de su condición mesiánica cuando fue bautizado por Juan, momento en el que le fue dado un espíritu divino. Los unitarios del siglo XIX reconocían que esta enseñanza es similar a su creencia en cuanto a Jesús. Por eso algunos de ellos afirmaban que los ebionitas fueron los verdaderos cristianos primitivos y que el movimiento cristiano inicial fue unitario. La idea de los ebionitas de que en su bautismo el Jesús humano recibió un espíritu divino podría hacer que fueran los progenitores del adopcionismo posterior (ver t. V, pp. 890- 891).

Insistían en mantener la circuncisión y toda le ley ritual de Moisés como necesaria para la salvación de los hombres. Eusebio hace notar que los ebionitas observaban tanto el sábado como el domingo, en memoria de la resurrección del Señor (Historia eclesiástica iii. 27. 5). Los ebionitas no podían menos que calificar a Pablo como apóstata y hereje. Algunos llegaron hasta el punto de afirmar que Pablo era un pagano convertido al judaísmo, del cual se apartó posteriormente debido a su impureza. Esperaban el pronto regreso de Cristo para dar comienzo a un reinado milenario de gloria en la

tierra, cuya sede sería la Jerusalén terrenal restaurada.

Ciertas pruebas indican que los ebionitas tenían tendencias gnósticas. Esto probablemente puede remontarse a un grupo ebionita de una influencia y reputación mucho menores que el conjunto principal, grupo en que se manifestó una curiosa mezcla de enseñanzas cristiano-judaicas y gnósticas. No hay rastros de ebionitas después del siglo IV.

Los nazarenos.-

Los primeros escritores cristianos no mencionan esta secta; sólo lo hacen los escritores de los siglos IV y V, como Epifanio, Jerónimo y Agustín. 56 Se refieren a los nazarenos como una secta cristiano-judaica representada por los cristianos que huyeron a Pella en ocasión de la destrucción de Jerusalén (Epifanio, Contra herejías i. 2, Herejía xxix. 7). Se dice que creían en la obligación universal de obedecer la ley, y que condenaban a Pablo como transgresor. Sin embargo, a diferencia de los ebionitas, parecen haber aceptado a Jesucristo como el Hijo de Dios en un sentido especial.

Aunque es difícil hacer una nítida distinción entre los nazarenos y los ebionitas, quizá los nazarenos estuvieron un poco más cerca del cristianismo ortodoxo que los ebionitas.

Gnósticos.-

Lo que se sabe del gnosticismo proviene principalmente de los primeros escritores cristianos, que le eran hostiles. Hombres como Ireneo, Tertuliano, Hipólito y Orígenes escribieron contra el gnosticismo porque reconocían que sus enseñanzas eran peligrosas para el cristianismo; sin embargo, entre los Rollos del Mar Muerto se han encontrado documentos que algunos eruditos piensan que contienen pruebas de una tendencia gnóstica judaica antigua. Un descubrimiento más directo que se refiere al gnosticismo fue hecho en Chenoboscion, Egipto, en 1946, donde se descubrió una biblioteca de obras gnósticas de casi 1,000 páginas de papiros. Esta extensa colección ha permitido aumentar el conocimiento que se tiene del gnosticismo.

En realidad no hubo una secta gnóstica, sino tendencias al gnosticismo presididas por líderes que a veces tuvieron pocos seguidores, y en otras ocasiones muchos. El gnosticismo no fue tanto un movimiento como un modo de pensar. No tuvo una organización que abarcara todo el movimiento, y en sus adeptos no hubo la conciencia de que podían formar una unidad. Es evidente que llegó a ser un problema para los líderes del cristianismo en los últimos años de la era apostólica, y hubo que hacerle frente hasta los últimos años del siglo III. Ver t. V, pp. 890-891.

El Antiguo Testamento habla de conocer a Dios (Jer. 9: 23-24), pero no se trata de un conocimiento especulativo, sino más bien de un trato con Dios que resulta de aceptar por fe lo que él revela acerca de sí mismo. El Nuevo Testamento también se refiere a una "gnosis" espiritual o "conocimiento", pero que no es una filosofía abstracta. En primer lugar es algo práctico: un conocimiento

espiritual de Dios, basado en sus propias revelaciones y que actúa en las experiencias de los cristianos. "Conocer" podría tomarse como el tema del Evangelio de Juan. El apóstol destaca el conocimiento de Dios y registra la afirmación de Jesús de que conocer a Dios y a su Hijo es tener vida eterna (Juan 17: 3). Juan destaca la realidad de Jesús y el gozo de tener comunión en el conocimiento de él, en términos de ver en realidad al Señor y de tocarlo (1 Juan 1: 17). Para Pablo, conocer a Cristo es un simple hecho experimental al alcance de todos. Pero también hay una sabiduría más profunda al alcance del cristiano maduro y "perfecto", que a su vez se transforma en perfección. "Hablamos -dice Pablo- sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, . . . la que ninguno de los príncipes de este siglo no conoció " (1 Cor. 2: 6-8).

Hay una "palabra de sabiduría" un don del Espíritu acerca del cual habla Pablo (1 Cor. 12: 78). Por ejemplo, el concilio de Jerusalén había dispuesto que los cristianos de origen gentil debían evitar todo contacto con los ídolos, y que aun debían abstenerse de alimentos ofrecidos a éstos. Pablo hace notar que los que tienen un conocimiento maduro comprenderán que los dioses paganos son espíritus de demonios y que los ídolos que se hacían para representarlos no eran nada. Por lo tanto, no tiene trascendencia alguna si un alimento ha sido ofrecido a los ídolos o no, y podría comerse ese alimento a no ser que tal acción afectara la conciencia del escrupuloso (1 Cor. 8). 57

Además del conocimiento cotidiano y práctico de Dios, esencial para la experiencia cristiana, y el conocimiento más profundo de los "perfectos", hay una falsa "gnosis" que deben evitar los dirigentes de la iglesia, y deben ayudar a otros para que la eviten (1 Cor. 3: 20-21).

Hay, pues, dos clases de conocimiento, gnÇsis al'thin', el conocimiento verdadero, y gnÇsis pseudÇnumos, conocimiento falso. Debe distinguirse, porque uno conduce a la salvación y el otro al engaño y a la condenación. El verdadero conocimiento (gnosis) se somete a la autoridad de las Escrituras, y es una especie de fe desarrollada y perfeccionada.

La falsa "gnosis" era presuntuosa y arrogante. Pretendía ser intelectual y estar muy por encima del alcance del vulgo. Se propagaba no mediante pruebas lógicas, sino afirmando su autoridad intuitiva. Después de exponer sus ideas trataba de sistematizarlas y de hacer de ellas una forma de razonamiento discursivo acerca del mundo espiritual.

Por lo que se conoce del antiguo gnosticismo, se puede ver que tenía varias raíces muy profundas y que éstas se habían difundido. Se han propuesto diversas teorías en cuanto a su origen, pero lo más probable es que sea producto de un sincretismo religioso característico del mundo helenístico. Se ve claramente que tomó del pensamiento oriental su pronunciado dualismo, que sostenía la existencia de una lucha perpetua entre la luz y las tinieblas. En esto el gnosticismo es paralelo con el parsismo, que a su vez estaba arraigado en el antiguo zoroastrismo. El desprecio del gnosticismo por lo corpóreo y material recuerda ciertas características del platonismo y de las más antiguas filosofías naturales de Grecia. El judaísmo del tiempo de los Macabeos y de los primeros períodos del cristianismo sintió fuertemente la influencia de los

elementos especulativos del gnosticismo, que tendieron a apartarlos de los límites fijados por la autoridad de las Escrituras. Los esenios y los cabalistas judíos parecen haber tenido alguna relación con el gnosticismo. A medida que el gnosticismo traspasó las fronteras del pensamiento cristiano, usó las Escrituras cristianas y tomó prestada la terminología cristiana para disfrazar las formas del pensamiento gnóstico.

Con estas relaciones y antecedentes complejos, y los ambientes espirituales e intelectuales donde surgió el gnosticismo, fue inevitable que hubiera una amplia variedad en el sistema gnóstico si es que se lo puede llamar sistema, con extrañas combinaciones de compatibilidades y de aversiones. Había formas de gnosticismo pagano; había un gnosticismo en el que el paganismo y el cristianismo procuraban combinarse; había combinaciones de paganismo y judaísmo. Algunas clases de gnosticismo cristiano daban la impresión de ser antijudaicas, y otras parecían antipaganas. El gnosticismo fue un intento especulativo, dentro de un método filosófico, de explicar el mundo invisible, de dar una razón para las perplejidades y frustraciones de la vida, y de ofrecer alguna especie de esperanza de alcanzar un gozo triunfante en todo el programa de la existencia.

Es difícil saber cuáles ideas gnósticas eran aceptadas en los diferentes sectores y cuáles eran practicadas en forma general. Es casi tan difícil encontrar un común denominador aplicable a todas las formas de gnosticismo, como lo es hallar un común denominador para todas las formas de hinduismo o de cristianismo. Pero las siguientes ideas parecen haber sido típicas

1. Detrás de cada cosa que pudiera conocerse o imaginarse, estaba un dios supremo, un espíritu divino. Ese dios era una esencia completamente espiritual e incorpórea. Algunos gnósticos enseñaban que su dios no tenía esencia ni persona. Aplicaban al concepto términos como ábusos, "abismo", y buthós, "profundidad". 58

2. Procedentes de ese dios supremo, decían, se habían originado a través de incontables siglos una sucesión de emanaciones llamadas aiÇnes, eones, que eran expresiones del principio originador y servían para hacerlo menos incomprensible. Tomadas en conjunto, esas emanaciones que habían surgido eran llamadas pl'rÇma, "plenitud".

3. Todo esto, a lo que la esencia divina estaba dando expresión, contenía en perfección el principio divino de luz. Pero también había un principio de oscuridad que luchaba con la luz procurando hallar un lugar en el universo de luz y esperando vencerlo finalmente. Si tal cosa hubiera de suceder, sería un inimaginable eclipse de todas las cosas. Finalmente, uno de los eones cayó del pl'rÇma.

4. Como consecuencia de esa difícil situación, resultó la creación de la materia de la mezcla del eón caído con el mundo inferior de oscuridad. La materia era amorfa, disforme, caótica, impregnada de oscuridad y, por lo tanto, mala. El demiurgo una fuerza cósmica casi inconsciente identificado por algunos gnósticos con el Jehová del Antiguo Testamento, dio forma a esa mala

materia, y resultó el mundo material. El mundo, pues, siendo material, era esencialmente malo y estaba regido por una fuerza más o menos mecánica.

5. La caída del eón y la formación de un mundo malo necesitaban un acto de salvación. Esto fue emprendido por otro eón, identificado como Cristo. El descendió al nivel del mundo imperfecto, se unió transitoriamente con el hombre Jesús, quizá en ocasión de su bautismo, y permaneció con él hasta poco antes de su muerte. El eón-Cristo cumplió la obra de la salvación rescatando al eón caído, extrayendo la luz de la oscuridad de este mundo y revelando mediante Jesús un conocimiento oculto (gnosis), mediante el cual los hombres pueden ser liberados de la oscuridad y pueden llegar a la esfera de luz.

El concepto gnóstico acerca de Jesús, variaba. Algunos enseñaban lo que acabamos de bosquejar. Otros declaraban que él no había tenido en absoluto cuerpo material, sino que era tan sólo una apariencia. Por lo tanto, éstos son conocidos como docetistas (Gr. dokéÇ, "parecer").

Algunos gnósticos enseñaban que mediante la obra de Cristo la materia sería liberada de la oscuridad; otros, que la materia sería vencida y desaparecería, y los espíritus de los hombres serían liberados para ser reabsorbidos dentro del buthós, o para convertirse en espíritus libres del mundo incorpóreo.

Había muchas formas de gnosticismo cristiano, presididas por sus correspondientes líderes. Cerinto fue un gnóstico contemporáneo del apóstol Juan, detestado, según se dice, por el apóstol (ver p. 37). Los docetistas (ver p. 59), contra quienes es evidente que escribió Juan, eran un serio problema para el verdadero cristianismo. Basílides, aunque posterior al apóstol Pablo, presentó una enseñanza similar a aquella contra la cual escribió el apóstol en su Epístola a los Colosenses. Taciano, el autor de la primera armonía de los Evangelios, fue un gnóstico del siglo II. Saturnino y Valentín fueron gnósticos que causaron dificultades en el siglo II, así como lo hicieron Manes (de aquí maniqueo) y Bardesanes en el siglo III. Orígenes combatió en algunos de sus escritos a un grupo gnóstico llamado de los ofitas. Alrededor del año 200 se podían identificar unas 65 formas diferentes de gnosticismo.

Los pensadores gnósticos usaban ampliamente las Escrituras, interpretándolas para que concordaran con sus teorías. Reunían tradiciones que habían surgido en la iglesia y las acomodaban para sus propósitos. Usaban sin trabas los escritos de otros autores gnósticos, y se valían de los escritos de cualquier pensador anterior que les parecieran útiles. Utilizaban los escritos judaicos especulativos de la época, además de valerse abiertamente de filosofías paganas contemporáneas y anteriores. 59

El pensamiento de los gnósticos causó un impacto sobre el cristianismo durante los años de la formación de la iglesia, y por esto influyó mucho en ella. Las especulaciones y distorsiones del gnosticismo estimularon al pensamiento cristiano a resistir la herejía e indujeron a sus pensadores a formular una teología cristiana. El Evangelio de Juan debe considerarse como uno de los primeros intentos de hacerlo, escrito quizá para combatir al gnosticismo incipiente. Pero Orígenes es el primer escritor cristiano que elaboró una

teología bastante sistemática.

El gnosticismo estimuló también a la iglesia cristiana para que acelerara la formación de una organización que tuviera autoridad, para que se constituyera una jerarquía sacerdotal, y para que se llegara, en cierta medida, a un acuerdo en cuanto al canon bíblico. El énfasis que ponía en los espíritus del mundo invisible sin duda motivó a la iglesia cristiana a tomar ideas paganas acerca del estado consciente de los muertos. Es muy probable que la jerarquía de espíritus de los gnósticos sirviera para que la iglesia desarrollara su veneración por los santos. El gnosticismo indujo a la iglesia a practicar un método especulativo y sumamente alegórico de interpretación de la Biblia. Además, indujo al cristianismo a que abrazara la tradición como autoridad junto con las Escrituras. Por cuanto el gnosticismo se oponía al judaísmo, el contacto con él aceleró la formación del antijudaísmo en la iglesia cristiana.

Como la escuela de teología cristiana alejandrina, bajo el liderazgo de Clemente y Orígenes, usaba el término "gnóstico" para referirse a su forma de vida y pensamiento cristianos, destacando el conocimiento intuitivo de los asuntos divinos, se ha pensado que esos líderes y sus escuelas fueron gnósticos en el sentido de lo que acabamos de mencionar. Esto no es verdad. La escuela alejandrina fue una escuela especulativa y filosófica muy influida por el platonismo, y por lo tanto conocida más tarde como la escuela platónica del cristianismo. Pero los cristianos alejandrinos combatían a los gnósticos que eran muy dados a la especulación, rechazaban la teoría de las emanaciones y de las tinieblas vencedoras, e insistían en la personalidad de Dios el Padre, en la deidad de Jesucristo y, en gran medida, en la personalidad del Espíritu Santo. Identificaban al Jehová del Antiguo Testamento no como el demiurgo, sino como el Dios del Nuevo Testamento, y daban a las Escrituras un lugar de supremacía. La escuela alejandrina contribuyó a la formación de la apostasía de los siglos posteriores, pero no por la vía del gnosticismo extremista.

Los docetistas.-

Los docetistas (Gr. doketói, del verbo dokéÇ, "parecer", "tener apariencia") fueron un grupo de gnósticos que sostenían que la primera venida de Cristo a la tierra debía explicarse sólo como una "apariencia". El docetismo enseñaba que la materia era mala, especialmente la carne; por lo tanto esta doctrina no podía aceptar la idea de que lo divino pudiera formar una unión con lo humano mientras los hombres vivieran en la carne. El docetismo negaba enteramente la humanidad de Cristo, pues consideraba que lo que se vio fue sólo una visión. Esto era directamente opuesto al ebionismo, que era eminentemente práctico y pleno de actividad. El docetismo, sutil tanto en su pensamiento como en sus métodos, fue un serio problema, incluso para los líderes cristianos del tiempo de Pablo y Juan. Pablo quizá se ocupó de algunas formas de docetismo en su Epístola a los Colosenses. Es imposible dudar de que Juan tuviera en mente al docetismo cuando escribió la exhortación a sus hermanos cristianos, para que recordaran que Jesús pudo ser tocado y palpado y que habitó entre los hombres como una realidad (1 Juan 1: 13). No importa qué otras herejías posteriores puedan incluirse dentro del término "anticristo", debe reconocerse en forma inequívoca que Juan se refiere aquí principalmente a la herejía de los

docetistas.

Nicolaítas.-

Este nombre se usa por primera vez en el libro de Apocalipsis, en el 60 mensaje a la iglesia de Efeso (cap. 2: 6), donde la "doctrina de los nicolaítas" se presenta como el equivalente en los tiempos apostólicos de la "doctrina de Balaam", quien instigó al pueblo de Israel para que cayera en la idolatría y la fornicación en el tiempo de Moisés (cf. Núm. 24: 1, 25; Apoc. 2: 14; PP 479-486). No existe la historia de esa "doctrina", pero en el mensaje a Tiatira se dice que la mujer Jezabel origina la misma clase de males (Apoc. 2: 20) que los que se atribuyen a la "doctrina de los nicolaítas".

Escritores cristianos posteriores se ocuparon del término "nicolaítas". Ireneo, el primero que lo trató (Contra herejías i. 26), menciona como el fundador de esa secta a Nicolás, uno de los siete diáconos designados para que cuidaran de la administración de la iglesia primitiva (Hech. 6: 1-3, 5) y descrito como "prosélito de Antioquía". Tertuliano, Hilario, Gregorio Niseno y Epifanio (Contra herejías i. 1, Herejía xxv) concuerdan en que está implicado el tal Nicolás, pero varían en el grado de culpabilidad que le atribuyen. Un relato dice que Nicolás celaba muchísimo a su bella esposa, y que para vencer ese mal sentimiento cayó en el pecado peor de defender la promiscuidad. Basándose en esto, se supone que un sector de la iglesia, compuesto sin duda de cristianos judaicos, habría caído en pecados semejantes a aquellos en que participaron los hebreos inducidos por el plan de Balaam.

Debe notarse que las mismas faltas contra las cuales amonestó el Señor en sus mensajes a Pérgamo y Tiatira (Apoc. 2: 12-29), estaban entre aquellas cosas prohibidas por el concilio de Jerusalén: "Que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos... y de fornicación" (Hech. 15: 29). Parece que el problema causado por los nicolaítas ya había surgido en el tiempo de este concilio, quizá en forma incipiente. Pablo, al hacer frente a condiciones similares en Corinto, evidentemente no las consideraba como características de un movimiento definido (1 Cor. 5: 16, 8; 10: 5-11), aunque se refiere específicamente al caso de Israel con Balaam (cap. 10: 8).

Pero Pedro (2 Ped. 2: 9-22) y Judas (Jud. 4-13) hablaron con dureza acerca de miembros de la comunidad cristiana, que en las fiestas de amor (ágap') de los primeros tiempos relacionadas entonces con la Cena del Señor eran culpables de los males que se atribuyen a los nicolaítas (ver com. Apoc. 2: 6). Es una extraña coincidencia que por instigación de los judíos en la última parte del siglo II y en los comienzos del siglo III, los cristianos fueran acusados de faltas repulsivas relacionadas con sus fiestas. Esas acusaciones, similares a las atribuidas a los nicolaítas, fueron dirigidas por los paganos (Orígenes, Contra Celso vi. 27; Tertuliano, Ad Nationes 1. 14) contra los cristianos. Aparte de estas acusaciones, difícilmente puede dudarse de que las transgresiones atribuidas a los nicolaítas no existieran dentro de cierto grupo de la iglesia primitiva. La pregunta que se debe responder es hasta qué punto los nicolaítas constituyeron un movimiento organizado, consciente de su existencia. Acerca de esto sólo hay los indicios dados en las referencias

bíblicas citadas.

En cuanto a las aplicaciones proféticas de la actuación de los nicolaítas en las iglesias de Pérgamo y Tiatira, ver com. Apoc. 2: 6, 14, 20.

XIII. Relaciones con el Estado

Religiones tribales.-

Las religiones paganas eran, por naturaleza, locales o tribales. Había dioses de las ciudades y dioses del campo, dioses de las montañas y dioses de los valles (1 Rey. 20: 22-30). A medida que las familias, los clanes y las tribus constituían lo que hoy llamaríamos naciones, ciertos dioses o grupos de dioses llegaron a ser considerados como deidades nacionales.

Los romanos reconocían nítidamente esta distinción. Por esto, a medida que ensanchaban 61 su imperio, fueron suficientemente sabios como para practicar la tolerancia. No sólo permitían que los diversos pueblos retuvieran, hasta donde fuera posible, las formas locales de gobierno propio, sino que también les permitían que conservaran sus dioses. Debían, eso sí, incluir en su nómina de dioses a las principales deidades de Roma, para que éstas no se airaran, y para que los pueblos sujetos a Roma no se sintieran inducidos por su religión a rebelarse contra el régimen romano. Pero junto con esas estipulaciones se les permitía que continuaran con sus propias formas de culto. Los romanos, viendo que les era ventajoso tener más y más dioses que consideraran favorablemente a Roma y a su progreso por todo el mundo, añadían dioses extranjeros a su panteón.

La religión romana y la judía.-

Cuando los romanos se relacionaron directamente con la religión judía, especialmente por las conquistas de Pompeyo en el Cercano Oriente, donde subyugó a Siria y a los judíos durante los años 65-63 a. C., se enfrentaron con un problema religioso. Estaban dispuestos a tolerar la religión judía, pero ésta estaba tan entretejida con la vida judía e influía tan obviamente para que los judíos no estuvieran dispuestos a ceder ante la dominación romana, que les resultó muy difícil mantener la tolerancia. Además, los romanos no podían entender la religión judía. Como los judíos hablaban de su Dios, pero no lo representaban en ninguna forma, a los romanos les parecía que la religión judía era sólo una creación de la imaginación hebrea. Los judíos se negaban completamente a tener alguna relación con los dioses romanos, y sólo consentían en orar por el Estado romano. Sin embargo, los romanos aceptaron esa transacción, permitieron que los judíos retuvieran su culto, y pusieron a Herodes como rey de los judíos. Herodes afirmaba ser judío, aunque esto sólo se debía a que su familia había sido obligada años antes por los Macabeos a plegarse al judaísmo.

Entre los judíos había una cantidad de sectas (ver t. V, pp. 53-55). Los romanos las reconocían como parte de la religión judía porque los judíos incluían esas sectas en su sistema religioso. Una secta como la de los zelotes

era considerada con desconfianza debido a sus tendencias a la rebelión, y con frecuencia era objeto de medidas disciplinarias; pero no era puesta fuera de la ley sino como último recurso.

El cristianismo rechazado por el judaísmo.-

Los dirigentes judíos habían rechazado a Jesús desde el principio. Después de hacerlo matar también rechazaron a sus seguidores y a la iglesia que éstos formaron; por esto el cristianismo no era considerado legal. Por esta razón no era lógico que los romanos incluyeran a Cristo en su panteón, aunque hubieran deseado hacerlo. No podían aceptar el cristianismo a través del cauce judaico, pues los mismos judíos lo rechazaban. De modo que el cristianismo fue desde el principio una religión ilegal, sin una posición reconocida ante la ley.

Posición romana frente al cristianismo.-

Además, había algo en las enseñanzas cristianas que empeoraba su situación ante el gobierno romano. Los judíos eran un pueblo proselitista, por lo tanto, los romanos consideraron necesario en el siglo II promulgar una ley que prohibía a los judíos hacer prosélitos. Los judíos no pretendían tener una fe universal, pero ofrecían a los paganos la posibilidad de aceptar el judaísmo como una especie de privilegio. No sucedió así con el cristianismo. Los cristianos afirmaban desde el comienzo que pertenecían a la única religión verdadera, declaraban que tenían un mensaje de extensión mundial, invitaban a todos a que se les unieran si cumplían con las condiciones de creencia y rectitud, e insistían en que el cristianismo era universal en sus alcances. No permitían rivales y eran fundamentalmente intolerantes con otras creencias. Por eso el cristianismo se presentó ante el mundo romano como una fe universal y conquistadora. Al principio fue burlado 62 y ridiculizado, pero después fue temido como una amenaza para la vida romana.

Los judíos habían dicho: "No tenemos más rey que César" (Juan 19: 15), pero este no era el caso de los cristianos. Tenían un solo Señor, el Señor Jesucristo, y no querían aplicar el término "Señor" al César romano. Enseñaban públicamente que su Señor Jesucristo volvería como Rey de reyes y Señor de señores y dominaría el universo. Ya fuera que lo dijeran con tanta claridad o no, estaba implícito en su enseñanza que ningún imperio terrenal, ni siquiera el de Roma, podría permanecer ante la presencia de un Rey tal (cf. Dan. 2: 34-35, 44-45). El Imperio Romano era un Estado consciente y seguro de sí mismo, y lleno de amor propio. No tenía rivales que pudieran disputarle su poder en su mundo mediterráneo. El Estado tenía que ser lo principal para cada ciudadano. El emperador, no importa cuán débil, necio o malo pudiera ser, personificaba el poder y la gloria del Estado romano. Un Estado tal no podía tolerar secta alguna, no importa cuán buena fuera, si como centro de sus enseñanzas tenía la creencia en un Rey supremo y divino que alguna vez destruiría todos los Estados, dominios y poderes.

El cristianismo exhortaba a la sociedad romana a que viviera una vida mejor, y eso causaba irritación. Los antiguos romanos, que entendían el valor de la moral, tenían una rígida ética. Pero la moral cristiana no era del tipo de la

romana, ni tampoco era una evolución de la tesis romana concerniente a los valores de la vida. Además, los romanos de los tiempos del Nuevo Testamento no vivían de acuerdo con su ética antigua. Como consecuencia, la vida de los cristianos era un constante reproche para los romanos. Estos no entendían la forma cristiana de vivir. Si bien quizá respetaban a regañadientes al cristianismo, en realidad lo odiaban.

El cristianismo como religión ilícita.-

Los judíos estaban resentidos con el cristianismo por muchas razones. Tenían temor de que los cristianos pudieran atraer la ira de los romanos sobre los judíos. Odiaban al Cristo de los cristianos como a un rival de su esperado Mesías. Odiaban aún más a los cristianos, porque aceptaban a gentiles en su comunión. Por lo tanto, los judíos creaban dificultades a los cristianos en toda oportunidad que tenían, persiguiéndolos hasta donde les era posible en Palestina, y en otras partes soliviantando a la turba para que se levantara contra los cristianos. Hay varios ejemplos de esto en el libro de los Hechos. Un documento, El martirio de Policarpo, narra cosas semejantes, sucedidas en la ciudad de Esmirna en el siglo II. En el siglo III Tertuliano llamó a las sinagogas judías "manantiales de persecución" (Scorpiace* x).

Estando las relaciones en tal situación, no se necesita buscar en la ley romana para hallar algún decreto contra los cristianos. No se necesitaba ningún decreto, pues los cristianos no tenían personería legal. En años posteriores se promulgaron disposiciones legales contra los cristianos, y éstas se hicieron cada vez más severas. Los primeros ataques de la magistratura romana contra los cristianos fueron esporádicos; no fueron decretados legalmente sino que se debieron al capricho o al rencor de los emperadores. Tales fueron las persecuciones de Nerón (c. 64 d. C.) y de Domiciano (c. 95 d. C.) contra los cristianos.

Disposiciones legales romanas. Persecución provocada por capricho.-

El historiador romano Tácito (Anales xv. 44; cf. Suetonio, Nerón vi. 16) narra esto correctamente, pues culpa a Nerón de haber incendiado a Roma. Para apartar de sí mismo la acusación, echó la culpa a los cristianos. Una cantidad de seguidores de Jesús fueron quemados vivos en la ciudad de Roma. Algunos de ellos fueron usados como 63 antorchas para alumbrar las orgías nocturnas en los jardines de Nerón. La persecución sin duda se extendió algo por las provincias, aunque poco se ha registrado de esto. Como ya se ha dicho, tanto Pedro como Pablo perecieron en la ciudad de Roma debido a la persecución de Nerón (ver pp. 32, 36).

La siguiente persecución de los cristianos a manos de los romanos quizá surgió del rencor del emperador Domiciano, hombre inestable y caprichoso. Quizá descubrió que había cristianos en su propia casa, y por esta u otras razones persiguió a la secta. Juan fue desterrado a la isla de Patmos durante el gobierno de este emperador. La persecución desatada por Domiciano quizá no se extendió tanto ni fue tan destructora, pero fue una dificultad para la iglesia y representó sufrimientos para los que la soportaron directamente.

Empleo de disposiciones legales.-

La primera disposición claramente legal contra los cristianos, decretada por un emperador romano, fue expedida por Trajano (98-117 d. C.). Plinio el Joven, amigo y protegido de Trajano, era gobernador del Ponto, en la costa sur del mar Negro. Plinio estaba muy preocupado por la propagación del cristianismo en su provincia. Los templos paganos se descuidaban; los que comerciaban con animales para los sacrificios y con materiales para el culto de los templos se quejaban de que su negocio sufría muchísimo; por eso Plinio comenzó a ocuparse de los cristianos. Hacía dar muerte a los que estaban dispuestos a admitir que pertenecían a esa fe. Para asegurarse de su conducta, escribió a su amigo el emperador y le pidió que aprobara lo que estaba haciendo. La carta de Plinio se halla en la colección de sus escritos (Cartas x. 96). En esa carta presenta una interesante descripción del culto cristiano, a lo que ya se ha hecho referencia, y después cuenta cómo había estado tratando a los cristianos. El supplicium, la pena capital romana, había caído sobre ellos.

Trajano escribió su respuesta (Plinio, Cartas x. 97) para aprobar lo que su representante había hecho en el Ponto. Pero el emperador, que por lo general era bueno y justo, estipuló que nadie debía ser muerto por ser cristiano a menos que reconociera sin ambages que lo era, o a menos que hubiera suficientes testigos que probaran que lo era. No debía ser condenado por meros rumores, sino que debía haber quienes testificaran contra él para que el testimonio fuera válido. Esta disposición legal no era otra cosa sino la aplicación de los poderes ordinarios de la policía común a un problema de la sociedad. Trajano no se proponía desatar esa persecución; pero como los cristianos no tenían lugar en la sociedad, debían ser eliminados. Si no se hacía eso, podrían convertirse en un verdadero peligro. Plinio informó que su método para tratar a los cristianos había tenido éxito y que había recomenzado el culto en los templos paganos.

Esta disposición policial ordenada por Trajano continuó como una norma del Imperio Romano durante los 150 años siguientes. Fue más bien un desdeñoso modo de actuar, porque el gobierno romano todavía no había llegado al punto de tomar en serio al cristianismo como un movimiento. Por esto, los cristianos fueron perseguidos durante los reinados de los emperadores Antonino Pío (138-161 d. C.) y Marco Aurelio (161-180 d. C.) que, en otros sentidos, fueron benévolos. Estas persecuciones se efectuaron en parte mediante la violencia propia de las turbas, con frecuencia por instigación de los judíos, y en parte debido al celo pagano de gobernantes locales, pero con el conocimiento y el consentimiento de los emperadores.

Política de exterminio.-

A mediados del siglo III empeoró la política romana en su relación con los cristianos. Los gobernantes ya se habían dado cuenta de que debían tomar en serio la propagación del movimiento cristiano. Se dice que el emperador Felipe (llamado "el árabe") fue cristiano (Eusebio, Historia eclesiástica vi. 34). 64 Al final de su corto reinado se celebró el milésimo aniversario de la fundación

de la ciudad de Roma y hubo un gran resurgimiento del sentimiento patriótico romano. Decio, el rival político de Felipe y su sucesor cuando esa ola de patriotismo llegó a su apogeo, creía que los cristianos habían favorecido a Felipe; por eso, en el año 250 comenzó una política de exterminio contra ellos. Su sangrienta persecución de los cristianos fue repetida por el emperador Valeriano unos siete años más tarde.

La persecución final.-

Para ese tiempo los cristianos habían crecido en popularidad y aumentado extraordinariamente en número. Este aumento continuó en los años de relativa paz que siguieron a la persecución del tiempo de Valeriano, paz que terminó con la severa persecución desatada por Diocleciano y Galerio, la que comenzó en el año 303 d. C. y continuó durante diez años. Esta persecución señaló otro cambio de política, en el sentido de que representó un intento de completo exterminio. Fue un caso de guerra entre acerbos enemigos. En esa guerra perdió el imperio pagano.

La política de tolerancia.-

Constantino fue coronado emperador en 306, y en el año 312 d. C. se presentó como amigo del cristianismo. Al año siguiente promulgó su famoso edicto de tolerancia, y el cristianismo estuvo entonces en condiciones no sólo de propasarse libremente sino de convertirse pronto en la religión exclusiva del imperio. Constantino dio comienzo a la extraordinaria y nueva política de unión de la Iglesia y el Estado, cuyos efectos, aunque materialmente beneficiosos para la iglesia, espiritualmente le fueron más adversos que cualquier persecución que hubiera sufrido.

Comportamiento de la iglesia frente al Estado.-

Al examinar el comportamiento de la iglesia frente al Estado durante los siglos cuando el cristianismo era una religión ilícita, sin reconocimiento oficial en la sociedad, debe recordarse que en esos años la iglesia no buscaba su afianzamiento material en el mundo, como lo enseñó después San Agustín, sino un lugar en el reino de los cielos, con Jesucristo como Gobernante. Por lo tanto, el comportamiento de los cristianos era de una paciente resignación hasta que Cristo los rescatara.

Es cierto que la significativa declaración de Cristo: "Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios" (Mat. 22: 21) rara vez se encuentra en los escritos de los autores cristianos de los primeros siglos; sin embargo, aplicaban esta admonición a su relación con el imperio. Pablo exhortó a la iglesia en el mismo sentido, cuando escribió: "Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo... Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la

conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios" (Rom. 13: 16). Pedro dice: "Honrad al rey" (1 Ped. 2: 17). Por lo tanto, aun cuando su religión era ilegal, los cristianos procuraban vivir como buenos ciudadanos en un ambiente hostil, aplicando todos los días la ética manifestada en la vida de Jesús y contenida en el ejemplo y en las enseñanzas de los apóstoles. Ganaron buena reputación por la pureza de su vida y por su bondad para con sus prójimos. El gobierno odiaba y finalmente llegó a temer más y más al cristianismo, pero el pueblo apreciaba cada vez más la clase de vida manifestado por los cristianos. Cuando eran arrastrados ante los tribunales, al responder la pregunta de los Jueces, con frecuencia los cristianos sencillamente contestaban: "Soy cristiano", e iban a la muerte sonriendo en medio de sus sufrimientos, amonestando a los otros cristianos para que 65 fueran fieles y exhortando a los paganos que presenciaban la escena para que siguieran a Jesucristo, su Señor y Maestro. Los cristianos que presenciaban la muerte de tales mártires permanecían admirablemente fieles, y Tertuliano pudo decir: "La sangre de los cristianos es semilla" (Apología 50).

Una innumerable cantidad de mártires cristianos murió porque Cristo había dicho: "Dad... a Dios lo que es de Dios". Pedro había afirmado: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech. 5: 29). "Si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis" (1 Ped. 3: 14). "No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo... Si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello" (1 Ped. 4: 12-16). Pablo sabía por experiencia propia lo que era vivir una vida consecuente para Cristo. Ha dejado una lista para la posteridad de sus primeros sufrimientos por causa de su Señor (2 Cor. 11: 23-27).

Por principio, los cristianos eran ciudadanos cumplidores de la ley, siempre que las autoridades les indicaban lo que era su deber hacer. Pero cuando se les exigía negar a Cristo, participar de un culto falso y vivir la clase de vida que hubiera significado apostatar de los principios cristianos, en la mayoría de los casos se mantenían firmes de parte de lo correcto. Escogían obedecer a Dios antes que a los hombres y, como resultado, sufrir azotes, encarcelamiento o muerte. La disyuntiva era muy clara y las consecuencias seguras: muerte aquí, pero vida eterna con Cristo.

Separación de la Iglesia y el Estado.-

Esta filosofía de la separación de la Iglesia y el Estado resultaba necesaria, con el pensamiento de que debía manifestarse cierto grado de cooperación con el ambiente pagano debido a la necesidad del momento, hasta que Cristo los transportara a un nuevo ambiente. Tertuliano, en el siglo III y Lactancio en el siglo IV, insistían en que la Iglesia cristiana debía mantenerse separada del Estado pagano.

Pero como no se produjo la segunda venida de Cristo, ya en el siglo III se fue formando una nueva filosofía. El cristianismo se iba popularizando y

continuamente aumentaba su número de miembros. Los maestros cristianos eran escuchados con más y más respeto, y surgió la esperanza de que antes de mucho el cristianismo pudiera, manejar el mundo. Por lo tanto, cada vez que era posible, se incorporaban costumbres mundanas que eran "bautizadas", dándoselas un nombre cristiano y también una apariencia exterior cristiana. Se tenía cuidado de ofender lo menos posible al Estado. Cuando la situación era clara, los dirigentes de la iglesia y aquellos a quienes ellos dirigían procuraban mantenerse firmes. Con frecuencia, sin embargo, resultaba conveniente posponer el momento del enfrentamiento, y en más de una ocasión las decisiones fueron enturbiadas por la claudicación. Bien podría suponerse que si durante el siglo III los gobernantes romanos hubiesen sido más complacientes, el cristianismo hubiera seguido un programa tal de componendas que lo hubiera llevado al punto de vivir satisfecho en un ambiente pagano, y quizá finalmente hubiera sido completamente modificado por ese ambiente y absorbido por él. Felizmente para la iglesia, el gobierno continuó siendo un acerbo enemigo del cristianismo, y éste se vio obligado a permanecer separado del Estado hasta que Constantino hizo que el gobierno romano tomara las formas externas del cristianismo.

XIV. El impacto de la tradición sobre la iglesia

Los apóstoles y la tradición.-

La palabra "tradición" (Gr. parádosis) en sí misma no tiene un mal significado. Parádosis significa "transmisión", "entrega". Pablo aconsejaba 66 a los creyentes de Tesalónica a retener "la doctrina [Gr. parádosis] que habéis aprendido" (2 Tes. 2: 15), y les advertía que no tuvieran comunión con cualquiera que no anduviera "según la enseñanza [Gr. parádosis que recibisteis de nosotros" (cap. 3: 6). Pablo expresó estos conceptos porque es evidente que algunos se habían presentado a los tesalonicenses con una carta que decían que era de Pablo, acerca del inminente advenimiento de Cristo (cap. 2: 2). Las "tradiciones" que Pablo mantenía como dignas de confianza eran sus propias enseñanzas orales por las cuales los tesalonicenses debían probar cualquier supuesto mensaje suyo, usando también las cartas que verdaderamente eran de él.

Pero Pablo advirtió a los creyentes de Colosas que no se dejaran engañar "por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo" (Col. 2: 8). Pedro recordó a los que se habían convertido a Cristo mediante su ministerio, que estaban salvados por el poder de Cristo de la "vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres" [Gr. "recibir como tradición de padres"].

Más clara es aún la condenación que hace Cristo de la tradición. Cuando le preguntaron por qué permitía que sus discípulos quebrantaran "la tradición de los ancianos" (Mat. 15: 2), él colocó la autoridad de la ley de Dios por encima de la tradición y mostró que la tradición de los judíos los había llevado a quebrantar los mandamientos de Dios (vers. 3-6). Citó a Isaías (cap. 29: 13, tal como se conserva hasta hoy en la LXX) como si hablara en nombre de Dios: "En vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres" (Mat. 15: 9); y pronunció esta sentencia: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada" (Mat. 15: 13). Estableció claramente que las

Escrituras "dan testimonio" de él (Juan 5: 39) y usó los escritos del Antiguo Testamento para confirmar su mesianismo cuando habló con sus discípulos después de su resurrección (Luc. 24: 27, 44). Pablo entendía que las Escrituras son suficientes para la salvación y para la edificación del cristiano (2 Tim. 3: 15-17). Juan amonesta duramente a cualquiera que intentara añadir o suprimir a las palabras del libro del Apocalipsis, que le fue dado por inspiración (Apoc. 22: 18-19).

Las Escrituras fueron subordinadas.-

No cabe duda de que el mal uso que los judíos dieron a las Escrituras cuando se opusieron al cristianismo, y el que le dieron los falsos profetas dentro de la iglesia, los herejes, y especialmente los gnósticos, debilitó un poco la fe de los cristianos en la autoridad de las Escrituras. Tertuliano escribió a comienzos del siglo III que las Escrituras no son suficientes para hacer frente a los ataques de los herejes, porque los mismos herejes usan las Escrituras como fundamento de sus opiniones (De Praescriptione Haereticorum 14, 19). Ireneo, obispo de las Galias, escribió su notable obra Contra herejías alrededor del año 185 d. C.; en ella hace frente al mismo problema que Tertuliano enfrentó unos pocos años después. Como ya se destacó, Ireneo estableció el principio de que la verdad del cristianismo se debe encontrar en las iglesias fundadas por los apóstoles, los cuales transmitieron la verdad a los obispos, los sucesores de los apóstoles según la opinión de Ireneo. Para él esa verdad "transmitida" era la tradición, e insistía que ésta debía ser una norma de verdad puesto que los herejes usaban las Escrituras (Contra herejías iii. 1-4). Tertuliano presenta la máxima defensa posible en favor de la tradición en su obra De Corona 3, 4):

"Averigüemos, por lo tanto, si la tradición no debe ser aceptada a menos que esté escrita. Ciertamente diremos que no debe ser aceptada si no hay casos de otras prácticas registradas anteriormente que, sin ningún instrumento escrito, mantenemos sólo sobre la base de la tradición, y en adelante el apoyo de la costumbre nos proporcione algún 67 precedente. Para tratar este asunto brevemente comenzaré con el bautismo. Un poco antes de que entremos en el agua, en la presencia de la congregación y bajo la mano del presidente, solemnemente afirmamos que renunciamos al diablo, a su pompa y a sus ángeles. Después somos sumergidos tres veces haciendo una promesa algo más amplia de la que el Señor ha establecido en el Evangelio. Luego somos levantados (como malos nacidos de nuevo), gustamos en primer lugar de una mezcla de leche y miel, y desde ese día nos abstenemos del baño diario durante toda una semana. También tomamos, congregados antes del alba y únicamente de la mano de los presidentes, el sacramento de la eucaristía que el Señor ordenó que fuera comido a la hora de comer y disfrutado por todos sin excepción. Cada vez que llega el aniversario hacemos ofrendas por los muertos como homenaje de cumpleaños. Consideramos que es contra la ley ayunar o arrodillarse en el culto en el día del Señor. Nos regocijamos en el mismo privilegio también desde la pascua de resurrección hasta el domingo de Pentecostés. Sentimos tristeza si algo del vino o del pan, aunque sea nuestro, es echado en tierra. En cada paso y en cada movimiento que damos, en cada entrar y salir, cuando nos vestimos y nos calzamos, cuando nos bañamos, cuando nos sentamos a la mesa,

cuando encendemos las lámparas, acostados o sentados, en todos los actos comunes de la vida diaria, hacemos en la frente la señal [de la cruz].

"Si para éstas y otras reglas parecidas insistís en tener una orden positiva de las Escrituras, no la encontraréis. La tradición se os presentará como la originadora de ellas; la costumbre, como la que les da fuerza, y la fe, como su observadora. Que la razón sostiene a la tradición, y a la costumbre, y a la fe, lo percibiréis por vosotros mismos, o lo aprenderéis de alguien que lo ha percibido. Mientras tanto creeréis que hay alguna razón a la cual se debe dar acatamiento".

Ensalzamiento de la tradición.-

El siguiente es un argumento sumamente interesante. Se afirma que la tradición tuvo que ser aceptada como autoridad para ciertas prácticas seguidas en la iglesia a comienzos del siglo III, para las cuales, se reconoce, no hay autoridad bíblica. Después se dice que estas prácticas son auténticas porque la iglesia las sigue. Luego se afirma la autoridad de la tradición porque la iglesia las sigue basada en una autoridad tradicional. La atrevida lista de Tertuliano de las cosas que la iglesia de sus días hacía basándose en la tradición, nos da una idea de hasta dónde había llegado la iglesia en el siglo III, apartándose de la base de las Escrituras.

De allí en adelante se hizo mucho más basándose en la tradición. Cuando la iglesia aceptó esa autoridad no bíblica, se abrieron las compuertas para que entrara una inundación casi interminable de rituales sin base bíblica y de enseñanzas erróneas. Estas se posesionaron de la iglesia no sólo en la Edad Media, sino que hasta han llegado a los tiempos modernos; y no sólo en las más antiguas iglesias ritualistas, sino también, en cierta medida, en las iglesias más evangélicas. Aún sigue en pie esta verdad: "En vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres" (Mat. 15: 9).

Veneración de los santos.-

La doctrina del estado consciente de los muertos y el castigo eterno de los impíos en el infierno, aparece desde muy antiguo en la historia cristiana. Los servicios conmemorativos ante la tumba de los mártires pronto fueron seguidos por oraciones en favor de los mártires, que se pensaba que estaban en una especie de purgatorio. Luego, como se creía que los santos perfectos habían ido a una eterna bienaventuranza, se ofrecían oraciones a los santos para que intercedieran por los que todavía estaban en la tierra. La veneración de los santos y más tarde el culto a la Virgen María fueron la consecuencia lógica de una mala interpretación de la doctrina de la naturaleza del hombre.

La expiación.-

La expiación también fue mal comprendida. Se la envolvió en una atmósfera de magia. La gente llegó a pensar que los emblemas de la Cena del 68 Señor estaban investidos de una especie de poder mágico. Pronto se creyó que la presencia de Cristo en los emblemas impartía el poder de Cristo mismo a los

participantes. Apareció después la enseñanza de la "presencia real" que Cristo está personalmente en el pan y en el vino, y así fácilmente surgió la doctrina de la transubstanciación: que el pan y el vino se convierten literalmente en el cuerpo y la sangre de Cristo, no sólo en apariencia exterior sino en su naturaleza intrínseca. Como ya se ha dicho, los emblemas se habían convertido en un sacrificio, y Cristo era nuevamente ofrecido como la ofrenda por el pecado. Los ancianos se transformaron en sacerdotes, necesarios para cumplir la función sacerdotal de ofrecer nuevamente a Cristo. Ver pp. 46-47.

El bautismo llegó a ser un rito que salva a los niños, quienes, según se creía, habían heredado la culpa de sus padres. Para administrar este rito con propiedades salvadores se necesitaba otra vez un sacerdote. La comprensión errada de la expiación y de los ritos que la representaban, hicieron posible el establecimiento de un sacerdocio humano que de una manera blasfema ocupó el lugar, en la creencia de la gente, del sacerdocio de Jesucristo en el santuario celestial.

Un nuevo legalismo y ascetismo.-

Con la propagación del antijudaísmo en la iglesia sobrevino una ola de antilegalismo, debido en parte a una tergiversación de ciertas declaraciones de Pablo (cf. 2 Ped. 3: 15-16). Esto hizo que la iglesia, especialmente en el Occidente, estuviera lista para poner de lado el sábado semanal y para descuidar otras enseñanzas de las Escrituras. Esto duró en la iglesia el tiempo necesario para hacer daño. Vino después una especie de neolegalismo que hizo que la iglesia observara de nuevo las festividades que ocupaban el lugar de los días de reposo anuales del Antiguo Testamento y que observara el domingo, primer día de la semana, en memoria de la resurrección. Detalles rituales fueron añadidos a las ceremonias que se introdujeron en la iglesia, como se puede ver por el pasaje de Tertuliano ya citado, debido en parte a la presión de creencias tomadas del paganismo. La iglesia tergiversó lo que Pablo dijo en 1 Cor. 7, y llegó a considerar el celibato como una demostración de consagración. Diversas prácticas ascéticas proporcionaron a los cristianos fervientes una nueva norma para expresar su celo. El ayuno se convirtió en algo necesario para la salvación. Finalmente algunos entusiastas, insatisfechos con las iglesias, huyeron al desierto y se convirtieron en ermitaños que practicaban el celibato y otras formas de ascetismo. Llegaron a ser finalmente tan numerosos, que fue necesario organizarlos en comunidades. En esta forma el monasticismo, con todos sus males inherentes, se convirtió en una institución de la iglesia. Debido a la presión del antijudaísmo, el sábado semanal gradualmente perdió su importancia. Aún más rápidamente, se abandonó por completo la distinción entre alimentos limpios e inmundos. Al convertirse los ancianos en sacerdotes e incorporarse muchas creencias del paganismo se produjo una nueva estructura, y el cristianismo perdió de tal manera su naturaleza original y su carácter, que si los apóstoles hubieran resucitado, difícilmente habrían podido reconocer el sistema que ayudaron a fundar. En su estructura oficial y en su naturaleza general, el cristianismo llegó a ser alrededor del año 400 poco más que un culto de misterio pagano. En lo que sucedió a la iglesia primitiva con el Estado y con la sociedad, hay lecciones de advertencia para la iglesia remanente.

XV. La propagación del Evangelio

La iglesia como una empresa misionera.-

En cuanto a los alcances de la predicación del Evangelio a fines del siglo I, ya se ha presentado un panorama al tratar la 69 obra de los apóstoles. Los registros del siglo II no son claros. En el último tercio del siglo II había una próspera congregación cristiana en el valle del Ródano, de la Francia actual, y al mismo tiempo prosperaba el cristianismo en el Oriente. A comienzos del siglo III había progresos visibles del cristianismo en el norte del África y se había extendido algo en España e Inglaterra. A comienzos del siglo IV se habían establecido iglesias a lo largo del río Rin. Informes incidentales que se hallan en los escritos de los cristianos primitivos muestran una propagación gradual del cristianismo, lo que significó el establecimiento de iglesias, y a veces su extinción debido a la persecución. Al mismo tiempo se describe una sociedad que lentamente comenzaba a cristianizarse. Cuando fue legalizado el cristianismo, los cristianos sin duda podían contarse por millones, y se usaron edificios de iglesia desde el siglo III en adelante. Es evidente que las iglesias no eran establecidas con la pureza del cristianismo apostólico, sino con la naturaleza y la complejidad de las apostasías en que había caído la iglesia. El agua no puede alcanzar un nivel más alto que el de su fuente. Las nuevas iglesias siguieron naturalmente a las que les habían dado existencia y las habían nutrido.

La extensión del mensaje evangélico.-

Hay una declaración impresionante en los escritos del apóstol Pablo. El habla de "la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación ['a toda criatura', BJ] que está debajo del cielo" (Col. 1: 23). Este es un indicio bastante claro de que el progreso de la obra misionera de la iglesia no se medía en los primeros años por las iglesias establecidas que se conocen históricamente. Hay suficiente base para creer que con el poder del Espíritu de Pentecostés y con el celo y el valor de los apóstoles, el mensaje del Evangelio fue llevado rápidamente a todo el mundo conocido. Aunque no dio como resultado en todas partes el establecimiento de comunidades cristianas permanentes, cumplió con el propósito de amonestar a los hombres para que creyeran en el Mesías que había sido crucificado, y había resucitado y ascendido al cielo donde estaba cumpliendo su obra de mediación para todos los que creyeran en él. Si fue así, debe pensarse que es algo paralelo con el mensaje de amonestación que debe ser predicado al mundo entero antes de la segunda venida de Cristo (Mat. 24: 14; Apoc. 14: 6-12), y que ahora está en marcha.

Bibliografía

Fuentes documentales

The Ante-Nicene Fathers. Traducido y editado por Alexander y James Donaldson (10 t.). New York: Charles Scribner's Sons, 1885-1887. Reimpreso en Grand

Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1981. Contiene traducciones de los escritos de los padres de la iglesia hasta el año 325 d. C.

Ayer, Joseph Cullen. A Source Book for Ancient Church History. New York: Charles Scribner's Sons, 1930. Una colección muy útil de extractos clasificados de antiguas fuentes documentales de historia de la iglesia, con notas e índice.

Eusebio de Cesarea. Historia eclesiástica. Buenos Aires: Editorial Nova, 1950. Eusebio, uno de los primeros historiadores de la iglesia, narra los eventos ocurridos hasta el siglo IV, incluyendo copias de documentos que no se encuentran en ninguna otra fuente.

Filón de Alejandría. Obras completas (5 t.). Traducción, José M. Treviño, catedrático de la Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores (2.055 pp.). Filón (20 d. C.-c. 54 d. C.) se destacó en la comunidad judía (casi un millón) de Alejandría como un exégeta del AT y erudito en filosofía griega, especialmente de Platón y Aristóteles. Obras importantes para conocer el concepto judío del mundo, el 70 pensamiento griego y el ambiente en el cual se desarrolló el cristianismo en los primeros años.

Huber, Sigfrido. Los padres apostólicos. Buenos Aires: Ediciones Desclée, de Brouwer, 1949.

Una versión crítica del original griego, traducida Cuidadosamente al castellano.

Josefo, Flavio. Obras completas. Traducción, Dr. Luis Farré. Buenos Aires: Acervo Cultural Editores, 1961. Ver t. V, pp. 95-97.

Plinio el joven. Obras completas.

Schaff, Philip. The Creeds of Christendom. New York: Harper and Row, 1887; reimpreso en Grand Rapids: Baker Book House, 1977. Una valiosa colección de los símbolos y credos griegos, latinos y protestantes.

Shotwell, James T., y Loomis, Luisa Ropes. The See of Peter. New York: Columbia University Press, 1927. Una valiosa colección de todas las declaraciones documentales referentes a la teoría de que Pedro fundó la iglesia de Roma.

Stevenson, James, editor. Creeds, Councils, and Controversies. Londres: SPCK, 1966. Esta obra contiene una edición revisada de la famosa colección de documentos relacionados con la historia de la iglesia en los primeros siglos, publicada antes por B. J. Kidd. Se trata de fuentes primarias.

Suetonio, Cayo Tranquilo. Los doce Césares. Traducción, Jaime Arnal. Buenos Aires: Librería el Ateneo, 1951. Presenta el punto de vista de un autor favorable al senado romano. Obra escrita alrededor del año 120 d. C.

Tácito, Cayo Cornelio. Los anales. Traducción, Carlos Coloma (2 t.). Espasa Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires-México. Valiosa obra documental escrita alrededor del año 100 d. C. Desafortunadamente le faltan valiosas porciones.

Obras de especialistas

Brown, Raymond E.; Donfield, Karl P.; Reumann, John, editores. Peter in the New Testament.

New York: Paulist Press, 1973. El resumen de un cuidadoso estudio realizado por varios eruditos luteranos y católicos acerca del apóstol Pedro en el Nuevo Testamento.

Brucc, Frederick F. The Spreading Flame. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1958. Contiene una historia cuidadosa de la iglesia cristiana en sus primeros siglos.

Cádiz, Luis M. de. Historia de la literatura patrística. Buenos Aires: Editorial Nova, 1954 (600 pp.).

Carrington, Philip. The Early Christian Church (2 t.). Cambridge: Cambridge University Press, 1957. Se trata de una obra seria que narra las vicisitudes y victorias del cristianismo en los tres primeros siglos de la era cristiana.

Eliade, Mircea. A History of Religious Ideas. T. 2: From the Gautama Buddha to the Triumph of Christianity. Chicago: University of Chicago Press, 1984. Si bien es una historia general de las ideas religiosas del mundo, trata con detenimiento la diseminación del cristianismo en el mundo del Mediterráneo. Eliade es especialista en filosofía de la religión, hecho que se refleja claramente en su libro.

Erhard, Albert y Neuss, Withem. Historia de la iglesia (4 t.). Madrid: Rial, 1962. En los dos primeros tomos se tratan la iglesia primitiva y las iglesias griega y latina, respectivamente.

Ferguson, John. The Religions of the Roman Empire. Londres: Thames and Hudson, 1970. Esta obra describe las diferentes religiones que coexistían en el Imperio Romano en el primer siglo de la era cristiana.

Fliche, Agustín y Martín, Víctor. Historia de la iglesia. T. 1: La iglesia primitiva; t. 2: Desde fines del siglo II hasta la paz de Constantino. Escritos por Jules Libreton y Jacques Zeiller. Buenos Aires: Desclée, de Brouwer, 1952. Los dos tomos presentan una historia detallada de la historia del cristianismo hasta principios del siglo IV.

Foakcs-Jackson, F. J., y Lake, Kirsopp. The Beginnings of Christianity. Part 1: The Acts of the Apostles (5 t.). Londres: Macmillan, 1920-1933; reimpreso en Grand Rapids: Baker Book House, 1979. Un erudito examen del cristianismo primitivo basado en el libro de los Hechos.

Glover, T. R. El mundo antiguo. Traducción, Alberto Sond. Buenos Aires: EUDEBA, 1965 71 (391 pp.). El autor fue un prestigioso profesor de Historia Antigua en la Universidad de Cambridge. Recomendamos el cap. XV, "La iglesia cristiana en el Imperio Romano".

González, Justo L. Historia del pensamiento cristiano. Buenos Aires: Methopress. T. 1 (397 pp.) abarca la historia del pensamiento cristiano dentro del mundo judío y grecorromano hasta el Concilio de Calcedonia en 451 d. C. Tiene un aparato crítico e índice alfabético de las personas mencionadas. El t. 2 (385 pp.) analiza a Agustín de Hipona, continúa con la Edad Media y concluye con los prerreformadores Wyclef y Hus, a mediados del siglo XV d. C.

Goodspeed, Edgar J. A History of Early Christian Literature. Ed. revisada y aumentada por Roberto M. Grant. Chicago: University of Chicago Press, 1966. La historia de la iglesia basada en documentos de ese período; va desde el Nuevo Testamento hasta Eusebio de Cesarea.

Harrison, Everett F. The Apostolic Church. Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1985. Como lo expresa el título, se narra el progreso del cristianismo únicamente durante el período apostólico.

Harrison, R. K., editor. Major Cities of the Biblical World. Nashville: Thomas Nelson, 1985. Se describen ciudades como Antioquía, Atenas, Cesarea, Corinto, Jerusalén, Filipos y Roma.

Latourette, Kenneth Scott. A History of the Expansion of Christianity (7 t.). New York: Harper and Row, 1944, reimpreso en Grand Rapids: Zondervan, 1970. Se trata la expansión del cristianismo desde el punto de vista misionero. El primer tomo llega hasta el siglo V d. C.

Llorca, Bernardino. Nueva visión de la historia del cristianismo (2 t.). Barcelona: Editorial Labor, 1956. En ambos tomos se tratan en síntesis independientes: la iglesia, las herejías, los concilios, el dogma, la patrología, la arqueología, la liturgia, el monacato y las misiones, desde los principios hasta nuestros días.

Markus, R. A. Christianity in the Roman World. Londres: Thames and Hudson, 1974. Una interesante, pero seria descripción de lo que significaba ser cristiano en el mundo romano de los primeros tres siglos.

Meeks, Wayne. The First Urban Chritians: The Social World of the Apostle Paul. New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1983. Se describe la sociedad, las ciudades y la religión en el Imperio Romano en tiempos del apóstol Pablo. Una obra reconocida por su cuidadosa interpretación social de ese período.

Nueva Historia de la Iglesia (5 t.). Madrid: Editorial Cristiandad, 1964. Los dos primeros volúmenes se refieren a la iglesia primitiva.

Pelikan, Jaroslav. The Christian Tradition: A History of the Development of Doctrine. T 1: The Emergence of the Catholic Tradition. Chicago: University

of Chicago, 1971. Se trata el desarrollo de la doctrina cristiana desde el año 100 hasta el 600 d. C.

Quasten, J. Hasta el Concilio de Nicea. 2.ª ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, sin fecha. Se refiere a la patrología hasta el Concilio de Nicea, en el año 325 d. C.

Ramsay, William Mitchell. The Church in the Roman Empire Before A. D. 170. New York: G. P. Putnam's Sons, 1893; reimpreso en Grand Rapids: Baker Book House, 1979. Un experto en la vida de Pablo presenta el ambiente romano de la iglesia y los efectos recíprocos entre ese ambiente y la iglesia.

Sanders, E. P., editor. Jewish and Christian Self Definition. T. 1: The Shaping of Christianity in the Second and Third Centuries. Londres: SCM, 1980. Esta obra estudia cuidadosamente el período cuando la iglesia fue tomando conciencia de su real identidad. Se usan fuentes primarias como base de la investigación.

Schaff, Philip. History of the Christian Church (7 t.). New York: Charles Scribner's Sons, 1882-1910; reimpreso en Grand Rapids: Kregel, sin fecha. Una excelente historia eclesiástica; los dos primeros tomos tratan el período de la iglesia apostólica y subapostólica.

Schmaus, Michael; Grillmeier, Alois; Scheffczyk, Leo. Historia de los dogmas (4 t.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974-1978. Describiendo el desarrollo de las doctrinas de la iglesia, el t. 1 trata la historia del dogma de la existencia en la fe; el t. 2 habla del Dios trino, de la creación y del pecado; el t. 3 estudia cristología, soteriología, eclesiología, mariología y doctrina de la gracia; el t. 4 se dedica a sacramentos y escatología. 72

Schürer, Emil. History of the Jewish People in the Time of Jesús Christ. Ed. inglesa revisada (5 t.). Edinburgo: 'I'. and T. Clark, 1973-1987. Basada en la obra de Schürer de fines del siglo pasado. Su forma revisada es una mina de información acerca de los judíos y romanos del primer siglo. Seeberg, Reinhoid. Manual de historia de las doctrinas. 2.ª ed. (2 t.). Traducción, José Míguez Bonino. Casa Bautista de Publicaciones, 1967. El t. 1 (401 pp.) presenta el desarrollo de la doctrina cristiana del siglo 1 al IV; el t. 2 (470 pp.) abarca los siglos VII al XIX. Expone en forma ordenada ay correcta las doctrinas de los grandes pensadores y grupos cristianos; pero se reserva sus propias conclusiones.

Simon, Marcel y Benoit, André. El judaísmo y el cristianismo antiguo. T. 10 de la colección "Nueva Clío" (45 t.). Barcelona: Editorial Labor, 1972 (305 pp.). Simón es profesor en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de la Universidad de Estrasburgo, y Benoit es profesor de teología protestante en la misma Universidad.

Yamauchi, Edwin M. The Archeology of New Testament Cities in Western Asia Minor. Grand Rapids: Baker Book House, 1980. Si bien el autor enfoca la descripción de las ciudades desde un punto de vista arqueológico, la

información contenida es valiosa para comprender mejor algunos aspectos del Nuevo Testamento. 73

La Historia Romana en los Días del Nuevo Testamento

I. De la república al imperio *

Roma se convirtió en república, por lo menos nominalmente, alrededor del año 500 a. C. De vez en cuando surgían líderes fuertes, pero el temor siempre presente de que prevaleciera un poder autocrático conservó intacta la forma y, hasta un punto sorprendente, la realidad del gobierno republicano. Sin embargo, durante los dos siglos anteriores al nacimiento de Cristo, los problemas sociales y políticos que se produjeron como consecuencia de las conquistas hicieron que el vasto imperio fuera cada vez más difícil de administrar mediante una forma de gobierno que, más o menos, había resultado satisfactoria en los días cuando los intereses romanos estaban limitados a Italia.

Ya en el siglo I a. C. esos problemas sociales y políticos exigieron un cambio de la estructura política del Estado, y de esa forma allanaron el camino para una lucha de poderes entre los caudillos nacionales de la época. Pero hasta ese momento ninguno de los rivales se atrevía a asumir el título de emperador. El temor popular despertado por el hecho de que Julio César aspiraba a asumir el título y las prerrogativas de ese cargo, fue lo que causó su asesinato durante los idus de marzo del año 44 a. C. Ese suceso precipitó un estado de anarquía que continuó durante casi 15 años y que, en otros tiempos, habría sido la señal del colapso del poder romano. El que no se llegara a una situación tal debe atribuirse al hecho de que no había quedado ningún pueblo tributario o enemigo extranjero suficientemente fuerte como para rebelarse contra la autoridad romana. Las provincias quedaron sumidas en la indolencia en ese momento de postración política. Aunque perjudicada por un millar de abusos, la estructura financiera romana permaneció intacta durante ese período crucial. A lo que quedó del antiguo y sólido carácter romano, y de su habilidad legal administrativa en los niveles inferiores, particularmente en las municipalidades, debe atribuirse la supervivencia de Roma como nación y como gobierno mundial. A pesar de los trastornos internos, la república permaneció férrea.

El segundo triunvirato.-

Un segundo triunvirato, o gobierno integrado por tres hombres, fue formado debido a la terminación del primer triunvirato (ver t. V, 74 p.38), o, más específicamente, por la muerte de Julio César. Antonio, partidario de César, se posesionó de la riqueza de su colega muerto y del liderazgo de sus tropas en las proximidades de Roma. Octavio, sobrino y heredero de César, entonces joven de 18 años, hizo valer sus derechos, y mediante un inesperado despliegue de capacidad política logró contrarrestar con éxito el creciente poder de Antonio. Finalmente arreglaron sus diferencias y en el año 43 a. C. formaron sin triunvirato, que incluía a Lépido, otra destacada figura política. Esta alianza llegó a ser conocida como el segundo triunvirato. Por acuerdo mutuo,

Octavio, que había tomado el nombre de Julio César Octavio, recibió el dominio de Italia y algunas provincias occidentales. A Lépido le fueron asignadas otras provincias del Occidente, mientras que Antonio se quedó con Grecia y el Oriente. Este arreglo estaba en vigencia en el año 42 a. C., y fue legalizado por un senado dócil e impotente.

Las maniobras políticas que siguieron no fueron de beneficio para Roma, ni tampoco le proporcionaron el monopolio del poder a ninguno de los rivales. Lépido quedó políticamente impotente en el año 36 a. C., y la lucha por el poder se redujo a Octavio en el Occidente y a Antonio en el Oriente. Antonio estableció su cuartel general en Egipto, que todavía estaba bajo el dominio de la antigua casa de los Tolomeos, en la persona de la bella Cleopatra. La reina gobernaba a Egipto como si hubiera sido su propiedad personal, y estaba educando, para un futuro incierto, a sus hijos: uno de su esposo y hermano menor, y otro de Julio César. El rompimiento entre Octavio y Antonio fue mayor debido a que este último se divorció de su esposa Octavia, hermana de Octavio, y luego se casó con Cleopatra. Se temió entonces que Antonio intentara hacerse rey de Roma y que la extranjera Cleopatra fuera su reina.

La supremacía de Octavio.-

Cuando Octavio creyó ser lo bastante fuerte, marchó contra Antonio y lo derrotó completamente en la gran batalla naval de Acción, frente a la costa occidental de Grecia, en el año 31 a. C. Durante la batalla, Cleopatra retiró sus naves y volvió a Egipto. Antonio la siguió, abandonando a sus generales para que se arreglaran lo mejor que pudieran.

Ante Octavio, joven de unos 30 años, quedaba abierto el camino del poder. Invadió a Egipto al año siguiente y venció a las fuerzas de Antonio. Este se suicidó, y Cleopatra, habiendo fracasado en su esfuerzo por seducir a Octavio con sus encantos, más tarde también se quitó la vida. Siguiendo el ejemplo de los faraones y de los Tolomeos anteriores a él, Octavio se posesionó de Egipto como si hubiera sido su propiedad personal. La victoria sobre el último de sus rivales lo elevó a una posición de poder inexpugnable, y el escenario quedó listo para la transición formal de la república al imperio.

II. Octavio, emperador Augusto (27 a. C.-14 d. C.)

A medida que Octavio fue tomando todas las riendas del imperio, procuró que fuera legal cada paso que diera en su ascenso hacia el poder. Mantuvo las formas del gobierno republicano, y al principio no intentó tomar la dignidad imperial, aunque dominaba como emperador. En enero del año 27 a. C. se le concedió el título de Augusto, término que expresaba tanto asombro como gratitud por sus notables hazañas. El mismo año recibió una potestad absoluta de diez años sobre las provincias que lo hicieron comandante en jefe de las fuerzas militares romanas, y puesto que el comando del ejército constituía la base real del poder imperial (ver t. V, p. 39), los historiadores sitúan el comienzo de la fase imperial de la historia romana a partir de este año. El senado le dio anualmente el cargo de cónsul hasta el año 23 a. C., pero, 75 en ese año se le concedió el comando supremo proconsular, y recibió la autoridad

tribunicia (ver t. V, p. 227). Esos poderes eran renovados periódicamente. De este modo concentró en su mano todos los hilos del poder.

Pero a pesar de todo, Augusto continuó gobernando mediante formas republicanas. Continuaron tanto el consulado como el tribunado. El senado siguió legislando, y Augusto entregó a procónsules, que respondían ante el senado, el gobierno de las provincias más dóciles. Esos magistrados también aparecen con el nombre de "procónsules" en el libro de los Hechos (cap. 13: 78, 12; 18: 12; 19: 38). Pero la autoridad consular de Augusto le daba en realidad poder sobre todas las provincias.

Augusto mantuvo en sus manos el gobierno de las zonas rebeldes. En estas provincias nombró legados como sus agentes. El gobernador de Siria era un representante de Augusto. También nombró procuradores en todas las provincias como sus funcionarios de orden económico. En zonas más pequeñas el administrador era un procurador. Los "gobernadores" de la Judea del NT (Mat. 27: 2; Hech. 23: 24) eran procuradores responsables ante el emperador, pero en cierta medida también lo eran ante el legado de Siria.

Los "comicios" o asambleas populares habían tenido bajo la república el propósito de contrapesar al senado aristocrático. El senado llegó a tener en la práctica el poder del gobierno supremo de las provincias, mientras que los "comicios" ejercían la autoridad local sobre la ciudad. Sin embargo, en el tiempo de Augusto los "comicios" se convirtieron en una forma nada más, y en tiempo de Tiberio, su sucesor, se redujeron a una sombra. El poder legislativo estaba reservado para el senado, pero aun este organismo estaba subordinado al emperador.

Cuando murió Lépido en el año 13 a. C., Augusto se convirtió en pontífice máximo, el sacerdote principal de la religión del Estado. Este cargo era de gran significado político, principalmente porque regía el calendario, y por lo tanto indirectamente la regulación del tiempo de las elecciones. Augusto tenía ahora en sus manos los más importantes poderes religiosos, militares y civiles; no necesitaba nada más.

El reinado de Augusto fue próspero y exitoso. En realidad salvó a Roma de la desintegración. El imperio era bien gobernado y con firmeza. La famosa Pax Romana (paz romana) se mantenía en el vasto imperio compuesto de pueblos diversos, mediante un ejército permanente de quizá no menos de 250,000 hombres. Acerca de este período comenta M. Rostovtzeff: "El peligro de una invasión extranjera había desaparecido... aun las provincias fronterizas cesaron de temer la irrupción de las tribus vecinas. Y de ese modo el prestigio de Augusto, como defensor y guardián del Estado, alcanzó una cumbre insuperable" (A History of the Ancient World, t. 2, p. 197).

Con excepción del problema de la sucesión imperial, la constitución civil de Roma estaba firme. Se había restringido la extensión de la ciudadanía. Se había legislado cuidadosamente la libertad de los esclavos, teniendo en cuenta el mercado de trabajo y el orden público. Se codificaron de nuevo las leyes matrimoniales y la soltería era castigada. Las diversas medidas que tomó

Augusto para la estabilización de la sociedad salvaron a Roma transitoriamente de una completa decadencia moral y de la disolución nacional.

Augusto fomentó durante su reinado el retorno a la religión. Se hizo esto quizá no para beneficio de la religión en sí, ni por causa de los antiguos dioses de Roma, en quienes Augusto y sus consejeros probablemente no tenían especial confianza. Fue más bien el resultado de la convicción de que el respeto por los dioses y la observancia de los ritos religiosos eran buenos para el individuo y también para la sociedad en conjunto. 76

Sistema de impuestos.-

Antes de Augusto, es decir, durante la república, el cobro de los impuestos del gobierno romano en las provincias se hacía por medio de los publicani. Eran hombres encargados de cobrar el dinero de los impuestos de las municipalidades fuera de Italia. Cada publicanus se comprometía mediante un contrato a entregar al gobierno provincial cierta suma de dinero de su distrito. Estaba obligado, pues, a recaudar ese dinero en su distrito, además de cualquier cantidad que pudiera sacar como su ganancia e ingreso personal. En el tiempo de Augusto fue reformado el sistema de contribuciones, de modo que los impuestos directos no fueran entregados más a los publicani, aunque el cobro de algunos impuestos indirectos quizá continuó a cargo de ellos. Los "publicanos" mencionados en el NT evidentemente no eran funcionarios romanos, sino cobradores de impuestos secundarios, empleados por Herodes Agripa. Se los clasifica sencilla y directamente como "pecadores", hombres odiados y despreciados por el pueblo de Palestina (Mat. 9: 9-11; ver t. V, p. 68).

Comunicaciones.-

Es necesario destacar la calidad sobresaliente del sistema de comunicaciones; realmente hizo época. El poder del imperio Romano y el magnífico control que tenían las legiones sobre su territorio el más grande en extensión visto hasta entonces, debe relacionarse necesariamente con el gran sistema de caminos construido por los romanos.

Mucho antes de que Roma utilizara el mar para llegar hasta sus provincias conquistadas y aliadas, ya estaba construyendo caminos que comunicaran la capital con los pueblos y las provincias de Italia. Había abundancia de materiales en los diversos lugares. La roca llamada tufo o toba, muy útil para construir casas y edificios públicos, también era muy apropiada para construir caminos. Sobre una gruesa base de piedras cubierta de grava y arena se colocaban bloques de tufo, y cuando el uso que se les iba a dar lo justificaba, se los unía firmemente con cemento. Cerca de las ciudades, especialmente de Roma, donde el tráfico era pesado, el pavimento de la superficie consistía en lajas de granito. La parte central del camino era más alta, en forma de terraplén, y se usaba para el transporte más importante y rápido, mientras que las vías de los lados eran para el tránsito local o más lento. Los caminos atravesaban lomas y aun montañas, y trasponían quebradas y desfiladeros mediante puentes sostenidos por arcos. En esta forma el viaje era más rápido.

A Cayo Graco, el caudillo de la revolución popular del año 133 a. C., se atribuye la construcción del sistema de caminos de Italia, después de suceder a su hermano en el poder. A medida que los límites del dominio romano fueron ampliándose hacia todos los puntos cardinales, los caminos que salían de Roma llegaban hasta los mismos confines del imperio.

Augusto estableció un sistema de postas o correos reservado exclusivamente para los funcionarios del gobierno. Las postas, en cada una de las cuales había cuarenta caballos, estaban aproximadamente a diez kilómetros una de otra. Con este sistema, un mensajero podía viajar una distancia de más de 150 km en un día, algo extraordinario para ese tiempo. El emperador Nerva (96-98 d. C.) permitió que las postas se emplearan para uso general, y el gasto era pagado por el tesoro imperial. Adriano (117-138 d. C.) extendió esa concesión a todo el imperio, pero gobernantes posteriores añadieron el cuidado de los caminos a los "deberes comunes": mantenimiento de los acueductos, impuestos para el servicio de mensajeros y gravámenes para los ejércitos que estaban en tránsito, asuntos que ya caían pesadamente sobre las municipalidades.

Estas vastas arterias se empleaban principalmente para el movimiento rápido de tropas que vigilaban las líneas vitales del imperio o defendían sus fronteras. Por lo 77 tanto, además de cualquier otro tránsito que pudiera haber, siempre había legionarios en marcha por esos caminos. Se añadían, por supuesto, viajeros importantes y humildes, los apurados y los que iban descansadamente, a caballo o en burro, en literas o a pie, en carros ligeros o en pesadas carretas. Entre tales viajeros del primer siglo de la era cristiana estuvieron Pablo, Pedro y los otros apóstoles, que aprovecharon los caminos romanos y la paz de un imperio unificado para el cumplimiento de sus deberes misioneros.

Debilidad y fortaleza de Roma.-

Cuando el estudiante de historia contrasta la paz y prosperidad del reinado de Augusto con la anarquía de todo el siglo precedente (ver t. V, pp. 37-38) se siente obligado a admitir cuán cerca estuvo Roma del colapso político, económico y social cuando Augusto tomó firmemente en sus manos las riendas del gobierno (ver t. V, pp. 38-39). Sólo las legiones romanas permanecían como un poderoso factor de unidad; sin embargo, los soldados ya no prestaban su juramento de lealtad (sacramentum) al Estado romano, sino a su comandante general (imperator), quien, mediante su magnetismo personal y su liderazgo, los conducía a la victoria, con su perspectiva de saqueo y de botín. Otro factor de estabilidad era el respeto básico por la ley que demostraba el pueblo, aunque en este respecto había desmejorado en comparación con sus antepasados. A pesar de la tolerancia y corrupción de los funcionarios gubernamentales, los romanos comprendían la importancia de la ley y poseían una habilidad natural para la administración.

El gobierno firme de Julio César y las reformas que instituyó sin duda también contribuyeron a demorar el proceso de decadencia. El impulso que le dio a su gobierno continuó hasta que Augusto consolidó su dominio. Así también el vigor que éste le imprimió, hizo que el Estado subsistiera a través de las vicisitudes que acompañaron a una desdichada sucesión de emperadores

ineficientes, hasta los períodos más brillantes de gobernantes como Vespasiano (69-79 d. C.) y Marco Aurelio (161-180). El reinado de este último fue realmente notable, y podría llamarse con justicia una edad de oro, a pesar de la decadencia progresiva de la civilización romana. La influencia de esa edad de oro ayudó para que el imperio pudiera soportar los reinados de una serie de tiranos presuntuosos, hasta que los sólidos reinados de Diocleciano (284-305) y Constantino (306-337) dieron nueva vida a Roma.

Poco de bueno se puede decir acerca de la mayoría de los hombres que ocuparon el trono imperial durante el siglo que siguió a la muerte de Augusto. Una de las causas de esa situación fue la ausencia de un plan claro y consistente para la sucesión. Esta falta se hizo sentir. Todos los poderes del gobierno de Augusto eran personales (ver t. V, p. 39). El cargo de emperador ni siquiera existía legalmente. Augusto procuró de varias maneras perpetuar la concentración de poderes por medio de una sucesión de padre a hijo. Como no tenía un hijo propio y sus parientes más jóvenes, que podrían haber sido sus sucesores, murieron a temprana edad, adoptó como hijo a su hijastro Tiberio, a pesar de cierta antipatía que sentía por él.

La muerte de Augusto dejó a Tiberio como el único candidato razonable para el cargo imperial. Los arreglos necesarios para asegurar su coronación revelan la debilidad de la constitución imperial. Los emperadores posteriores procuraron también que su sucesor fuera un pariente suyo a quien habían adoptado. Pero con este procedimiento no se consiguió que se estableciera un linaje imperial estable; al contrario, durante el primer siglo de imperio, hombres lamentablemente débiles llegaron a gobernar el mundo. Pero a comienzos del siglo II los emperadores escogían a sucesores teniendo en cuenta sus méritos personales y no su relación de parentesco. De este modo hombres más capaces fueron investidos con la dignidad imperial. 78

III. Tiberio (14-37 d. C.)

Algunos de los contemporáneos de Tiberio (sucesor de Augusto) hablan favorablemente de él; pero son más los que lo hacen desfavorablemente. Su reinado puede considerarse débil, excepto por unas campañas militares exitosas que él no llevó a cabo personalmente. No importa cuánto se esforzara en su trabajo, y cuán cuidadoso procurara ser, hay pocos indicios de que entendiera el tiempo en que le tocó vivir. Gobernaba mecánicamente de acuerdo con normas establecidas, tomadas, en parte, de su experiencia anterior en los campamentos militares. Nunca pudo sobreponerse a los problemas causados por consejeros deficientes y chismosos.

Una de las desafortunadas características de su reinado fue que las acusaciones judiciales llegaron a ser habituales. No había procesos públicos, y la acusación se convirtió en una profesión. Cualquier ciudadano que fuera testigo de una infracción de la ley, o sospechara de ella, o que quisiera implicar a alguien en una acusación, tenía derecho a presentar una denuncia y hacer que el culpable fuera procesado. Durante el gobierno de Tiberio surgió una clase de acusadores profesionales llamados delatores, que acusaban a cualquiera que pudiera haberlos ofendido. Esto era una tergiversación de la justicia; sin

embargo, Tiberio apoyó ese sistema. Aunque parezca raro, esta práctica resultó perjudicial para el emperador, quien se convirtió en la víctima de los cuentos más desagradables. La reputación de Tiberio ha sido muy atacada por los historiadores, debido, en parte, a esa situación.

El ejército.-

El poder del ejército romano era notable. Durante algún tiempo las legiones estuvieron constituidas por soldados profesionales que se alistaban por veinte años. Como ya se ha dicho, la lealtad de los soldados se centraba más en su comandante general que en el gobierno romano; sin embargo, los soldados estaban bien preparados y luchaban fielmente. El ánimo del ejército era excelente, y vez tras vez demostró ser superior al espíritu y a la habilidad de las fuerzas enemigas. En los días de Augusto y de Tiberio era costumbre situar legiones permanentes en puntos estratégicos por todo el imperio, a lo largo de las fronteras y en las provincias conquistadas. En el año 23 d. C., 25 legiones de soldados romanos regulares mantenían el imperio bajo un excelente control militar. Las regiones del alto y del bajo Rin estaban bajo el dominio de cuatro legiones, mientras que en España sólo había tres. El norte del África, sin contar Mauritania, que era un reino tributario con su ejército propio, estaba bajo el dominio de dos legiones; y Egipto necesitaba sólo dos. En Palestina y Siria, había cuatro legiones. Tracia era un reino tributario y tenía su propio ejército. Había dos legiones en el bajo Danubio, dos en Mosia y dos en Dalmacia. Estas 25 legiones se aumentaban con aproximadamente el mismo número de soldados auxiliares, lo que hacía un total de unos 250,000 hombres, calculando 5,000 soldados por legión. Estas estaban formadas casi exclusivamente de infantería pesada, aunque unas pocas contaban con contingentes de caballería. La legión también tenía su cuerpo de ingenieros, pues los romanos habían inventado un tipo eficiente de maquinarias para sitiar ciudades. Cada con unto de legiones, que formaban un ejército, estaba bajo el comando de un jefe supremo, o imperator, y cada legión estaba presidida por un legado. La legión, a su vez, consistía de unas cincuenta centurias, cada una de las cuales tenía de 50 a 100 hombres bajo el mando de un oficial llamado centurión.

Religión.-

Tiberio se esforzó en los comienzos de su reinado por mejorar la vida religiosa de su pueblo. Por eso prohibió el culto de Isis, debido a las inmoralidades de ese culto. También ordenó que no continuara el culto de los judíos en Italia, y que fueran todos expulsados de ese país. (Un estudio de Tiberio y su relación con 79 los judíos puede leerse en el t. V, p. 67.) También se esforzó por destruir la astrología. Muchos astrólogos estudiaban el sol, la luna y los cinco planetas visibles, procurando, mediante encantamientos, obtener ayuda divina de los dioses que se creía que habitaban en esos cuerpos celestes (cf. t. 1, pp. 224-225, y t. IV, pp. 790-791). Pero los esfuerzos de Tiberio para suprimir a los astrólogos no tuvieron éxito, y en los últimos años de su reinado él mismo se hizo adicto de sus misterios. Los consultaba constantemente y, bajo la influencia de sus consejos, llegó a ser cada vez más pesimista y sombrío.

Administración civil.-

Durante el reinado de Tiberio no hubo notables adquisiciones de territorio, pero se hizo mucho para consolidar el dominio en las provincias remotas. Tracia fue puesta bajo un gobernador romano, y pronto fue anexada. Cuando Arquelao, rey de Capadocia, murió en el año 17 d. C., su reino fue constituido en una provincia gobernada por un procurador, y al mismo tiempo, el reino de Commagene, en la frontera oriental, fue puesto bajo el gobierno de un propretor. La inquieta y rica posesión de Judea había sido puesta por Augusto bajo el gobierno de un procurador (ver t. V, p. 65), y Tiberio dejó que continuara así; sin embargo, Judea estaba bajo la jurisdicción de Siria, que era más extensa, y el procurador de Judea tenía que rendir cuentas al gobernador de aquella provincia, cuya capital era Antioquía. Siria estaba rodeada por un círculo de pequeños Estados semiautónomos como Calcis, Emesa, Damasco y Abílene. Ver t. V, mapa frente a p. 289.

Los primeros nueve años del reinado de Tiberio pueden considerarse buenos, y su gobierno de éxito; pero alrededor del año 23 d. C. ocurrió un importante cambio. Sejano (o Seyano), ministro de Tiberio, ambicionaba reemplazar al emperador. Para lograrlo formó varias alianzas políticas y se esforzó por eliminar cualquier apoyo que Tiberio pudiera encontrar en el círculo inmediato de sus camaradas. Ni la familia del emperador escapó. Cuando murió Druso, hijo del emperador, después de una prolongada enfermedad, los historiadores de ese tiempo afirmaron que Sejano lo había envenenado.

Ultimos años de Tiberio.-

Tiberio comenzó a cosechar los amargos frutos de su apoyo a los delatores, de su fe en los astrólogos y de la libertad que dio a Sejano, su inescrupuloso ministro. El palacio abundaba en rumores, chismes y viles relatos que no perdonaban al emperador. Los lúgubres pronósticos de los astrólogos tenían la peor influencia sobre su mente, y las intrigas de Sejano amenazaban al mismo Tiberio. Este, vencido por la melancolía, por los temores en cuanto a su bienestar personal y por el odio que sentía aun por la atmósfera de Roma, se apartó completamente de esta ciudad y nunca más volvió a ella. Viajaba, pero nunca iba lejos dentro de Italia, y no salía de ésta. Pasó la mayor parte de los restantes trece años de su reinado en la isla de Capri.

Pero en su retiro tampoco halló paz. Lo perseguían su pesimismo y sus temores. No se sentía seguro frente a las intrigas de Sejano, a quien finalmente hizo matar. Las lenguas no cesaban de ocuparse del emperador, sencillamente porque se había retirado a una bella isla; en realidad, por esto mismo hablaban más de él. Como la gente no podía conocer la realidad de la vida privada de Tiberio, se comentaba mucho que se entregaba a tremendas orgías en la mansión de su aislamiento.

Tiberio, ya anciano, cayó enfermo cuando estaba de viaje. Se opuso a todos los esfuerzos que se hicieron para que se le prestara atención médica, y tomó parte muy activa en los juegos que se celebraron en su honor; sin embargo, finalmente

tuvo que ser llevado a su lecho, aunque se le negó la oportunidad de morir de muerte natural. Macrón, sucesor de Sejano, prefecto del pretorio y suegro de Gayo, a quien 80 esperaba hacer emperador, asesinó a Tiberio en su lecho, asfixiándolo con la ropa de cama.

IV. Gayo Calígula (37-41 d. C.)

Gayo, hijo adoptivo de Tiberio, generalmente conocido como Calígula (que significa "zapatilla"), se convirtió entonces en el emperador. En su juventud había sido amigo de Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande. (En cuanto a la relación de Roma con los Herodes, ver t. V, pp. 42-43, 65-67, 70.) Este príncipe palestino había sido educado en Roma con otros hijos de reyezuelos cuyos territorios estaban bajo el dominio romano. En Roma se hizo amigo de Claudio y de su sobrino Calígula. Ambos estaban destinados a ser emperadores. Calígula era un joven débil, nervioso y dado a los placeres. Con demasiada facilidad se dejaba influir por Agripa para practicar las despóticas costumbres del Medio Oriente, con lo cual puso una desventurada base para su futuro ejercicio del poder imperial.

A pesar de todo comenzó bien su reinado. Decretó una amnistía general para liberar a todos los presos y repatriar a todos los desterrados políticos. Se incorporaron nuevos miembros al senado, escogidos de entre los miembros de la clase adinerada de los caballeros. Muchos habitantes de las comunidades provinciales recibieron la ciudadanía romana. Fue un período de notable prosperidad que evidentemente agradó al pueblo.

Pero después de su primer año de reinado, Calígula se entregó a una vida disipada. No sólo dio al pueblo costosas diversiones, forzando a los senadores a que participaran en los juegos, sino que él mismo descendía a la arena para representar el papel de gladiador.

Durante su primer año, Calígula decretó que Herodes Agripa, con el nombre de Herodes Agripa I, fuera rey en Palestina; pero lo retuvo en Roma para tenerlo cerca. Poco después del nombramiento de Agripa como etnarca, murió su tío Felipe, y Gayo le entregó la tetrarquía de Felipe, además de Abilene y Celesiria. Ver diagrama, t. V, p. 224.

Calígula pronto pretendió ser un dios. Ordenó que todos le rindieran culto, e hizo que se pusieran imágenes suyas en diversas comunidades, una de las cuales fue Alejandría, Egipto, donde vivían muchos judíos. Estos nombraron una delegación dirigida por el filósofo judío Filón, para que fueran a Roma y le rogaran al emperador que no obligara a los judíos a adorar su imagen, pues eso sería completamente contrario a sus convicciones religiosas. La delegación entrevistó a Calígula, pero fue en vano; no tuvieron ningún efecto las súplicas de Filón. El emperador ordenó que su imagen fuera levantada y que los judíos la adoraran. Murió en el año 41 d. C. mientras insistía en que fuera instalada una imagen en el templo de Jerusalén, lo que hizo que los judíos estuvieran a punto de rebelarse.

Calígula trató de gobernar. Procuró imitar a los césares que lo habían

precedido, y prestó seria atención a sus deberes; pero no quería gobernar siguiendo las normas republicanas, como lo habían hecho Augusto y Tiberio. Sentía desprecio por el senado y deseaba gobernar, no como imperator o cónsul, sino como rey. Quizo ser constructor; derribaba edificios y los sustituía con otros. Hizo construir un enorme acueducto, cuyos restos aún llaman la atención de los que visitan la ciudad de Roma. Reedificó el palacio de los césares con un derroche extravagante. Comenzó nuevas facilidades portuarias para la ciudad de Roma en la desembocadura del Tíber, lo que podría haber sido provechoso; pero quedaron inconclusas cuando murió. Fue un derrochador que empobreció la tesorería que Tiberio, con su sentido de la economía, había mantenido con muchos recursos. Era arrebatado, voluble, e indudablemente 81 sufría de desequilibrio mental. Le gustaba hacer bromas, pero junto con éstas manifestaba una crueldad que le hizo decir una vez, por ejemplo, que deseaba que el pueblo de Roma tuviera un solo cuello para poder cortarle la cabeza de un solo golpe.

Calígula sólo reinó cuatro años. Fue asesinado por un oficial de la cohorte pretoriana a quien había insultado. Lo abandonaron completamente sus amigos, y Herodes Agripa fue quien se encargó de preparar su cuerpo para que fuera sepultado.

Cuando llegó al senado la noticia de que Calígula había muerto, inmediatamente comenzó a debatirse qué debía hacerse en cuanto a la sucesión. Se pronunciaron discursos en los que se insistía que Roma volviera al gobierno senatorial y que se restauraran los antiguos procedimientos republicanos. Eso habría eliminado todo el problema de la sucesión imperial. Sin embargo, había otros que creían que Roma había prosperado bajo el gobierno de un solo hombre, a pesar de que algunos césares habían sido malos, y que se debía nombrar el sucesor de Calígula.

V. Claudio (41-54 d. C.)

Cuando los soldados pretorianos oyeron de la súbita muerte de Calígula, empezaron a recorrer el palacio en busca de botín. Uno de ellos encontró a Claudio, tío de Calígula, de unos cincuenta años de edad, agachado detrás de una cortina del palacio. Lo sacó arrastrando delante de los otros soldados, y gritó con una risotada: "Aquí está nuestro emperador". Esta versión se divulgó. La idea tomó fuerza, y poco después toda la guardia pretoriana apoyaba a Claudio como emperador de Roma. Siendo ya un hecho consumado, el senado romano no podía menos que reconocerlo. Poco tiempo después el derecho de nombrar los emperadores pasó de las manos de los pretorianos a las de los soldados romanos que estaban en servicio. En el caso de Claudio el pueblo ya estaba, en realidad, fuera del edificio del senado pidiendo que el senado nombrara a uno solo para que dirigiera el imperio, y cuando la soldadesca presentó ante los senadores el nombre de Claudio, ellos se apresuraron a aceptarlo como emperador.

La personalidad de Claudio era extraña. Tuvo una niñez desventurada; fue ridiculizado por sus compañeros y despreciado por sus familiares. Como no tenía relaciones normales y agradables con sus iguales, se vio forzado a

confraternizar con lacayos, y vivió aislado la mayor parte de su vida. Había dedicado su tiempo a estudiar, especialmente historia. Escribía muchísimo; se interesaba en el arte dramático, y era un anticuario empeñoso, aunque mediocre. Conocía mucho de lo que había acontecido en Roma en lo pasado, pero evidentemente no estaba a tono con la Roma de sus propios días.

Administración civil.-

Claudio procuró ser un gobernante considerado. Concedió amnistía a los presos políticos y a los exiliados, y se prohibieron las confiscaciones. Los templos fueron restaurados, y se pusieron de nuevo las estatuas que habían sido retiradas, especialmente las que habían sido quitadas para colocar las de Calígula. Ordenó que algunas tropas cruzaran las fronteras para ocupar lugares donde se necesitaba fuerza militar, y se hizo notable por las colonias romanas que estableció en varias provincias por todo el imperio.

Uno de los logros importantes de Claudio fue la reorganización del senado. Tuvo la valentía de eliminar a algunos de sus componentes que no podían soportar la carga económica que implicaba la senaduría. Después ocupó las vacantes con caballeros que eran suficientemente ricos para hacer frente a las normas senatoriales. Muchos de esos caballeros eran de las provincias. Esto hizo que el senado fuera un cuerpo representativo más genuino, y ayudó a que el imperio no fuera el apéndice 82 de un gran municipio sino una vasta entidad política centralizada en una capital, con ciudades confederadas y provincias que ayudaban en el gobierno imperial.

Un censo hecho en el año 47 d. C. mostró que había casi 7,000,000 de ciudadanos en el imperio. Esto representaba un gran aumento sobre el censo del año 14 d. C., que dio unos 5,000,000 de ciudadanos. Reveló cómo los tiempos de comparativa paz y prosperidad a partir de Augusto habían ayudado al crecimiento de la población. También indicaba una amplia expansión de la ciudadanía por todo el imperio. A esa cifra de 7,000,000 debían añadirse las esposas y los hijos de los ciudadanos, lo que elevaba el total de los ciudadanos romanos y los que dependían de ellos a unos 20,000,000, de acuerdo con la estimación de Gibbon. A esta cifra debía añadirse la gran cantidad de provincianos que no tenían ciudadanía romana y las multitudes de esclavos que poblaban el mundo romano. El historiador Gibbon estima que a mediados del siglo I d. C. la población total era de 120,000,000, cifra, sin duda, demasiado alta; quizá fluctuaba entre los 80,000,000 y los 100,000,000 de personas (ver Edward Gibbon, The History of the Decline and Fall of the Roman Empire, ed. de J. B. Bury, t. 1, p. 42).

La afición de Claudio por las cosas antiguas hacía de él un verdadero romano de corazón y de espíritu. En su corte se notaba una atmósfera menos extranjera. Era considerado en su proceder con los extranjeros, es decir, los no romanos, pero los vigilaba para asegurarse de la plena lealtad de ellos. Los judíos eran tolerados, y evidentemente fueron tratados con más bondad que en tiempos de Tiberio; sin embargo, estallaron revueltas entre ellos, y como resultado Claudio dio un edicto expulsando a los judíos de Roma (ver t. V, p. 72). Entre los expulsados estaban Aquila y Priscila, judíos con quienes Pablo se relacionó

mientras predicaba en Corinto, en su segundo viaje misionero (Hech. 18: 2).

Era asombrosa la laboriosidad de Claudio en su esfuerzo por ser un emperador eficiente. Estaba en su despacho desde temprano en la mañana hasta tarde por la noche. Pasaba horas en el Foro, trabajando como juez de su pueblo. La gente acudía a él, le refería sus problemas y le pedía su ayuda y solución. Cuando se disponía a marcharse, con frecuencia la gente insistía en que se quedara hasta que todos los casos hubieran sido oídos. Se ocupó activamente en su programa de edificación, mayormente para completar las obras comenzadas por Calígula. El nuevo puerto de Ostia en la desembocadura del Tíber, tan útil para Roma porque el río se estaba llenando de cieno, Claudio lo concluyó con éxito. Terminó el enorme acueducto que Calígula había comenzado, y completó un gran túnel para llevar agua a Roma. Bretaña fue subyugada por completo, y Caractaco, uno de sus caudillos, fue llevado a Roma en triunfo. La religión de los druidas fue suprimida en las Galias y en gran medida ocurrió lo mismo en Britannia.

Claudio gastó tiempo y dinero en diversiones para el pueblo romano, pero era claro para los que lo conocían, y quizá también lo advertía la multitud, que lo hacía sólo por cumplir un deber, como si el anticuario hubiera continuado con la antigua rutina romana sin participar genuinamente en la vida del pueblo. Pero el tesoro público quedó exhausto. Hubo carencia de cereales, y el pueblo culpó al emperador. Mientras más se afanaba por resolver los problemas del pueblo, más responsable se hacía de las dificultades de la gente. Esto le impidió llegar a ser un gobernante popular.

Vida personal.-

Por otra parte, caía en la complacencia propia, y a medida que envejecía se entregaba más a la intemperancia en la comida y la bebida. Como ya se ha dicho, trabajaba infatigablemente, y luego comía en exceso en un intenso esfuerzo por restaurar su decadente fuerza física. Su salud se deterioró gradualmente, y 83 las intrigas y los males de la vida del palacio aceleraron el proceso.

Claudio se casó cuatro veces. Su tercer matrimonio, con Mesalina, fue especialmente repugnante. La inmoralidad de la conducta de ella fue descarada y, de acuerdo con un relato de ese tiempo, hasta participó en una ceremonia nupcial con uno de sus amantes. Mesalina fue muerta debido a sus infidelidades. Claudio se casó después con su sobrina Agripina, quien logró que Nerón, hijo de ella, fuera el sucesor del trono cuando muriera su padrastro. Esto equivalía a dejar a un lado al hijo de Claudio, joven que fue muerto después. Agripina pronto se cansó de esperar la muerte de su esposo, lo que abriría el camino para que su hijo Nerón ocupara el trono, y finalmente tramó un complot para que su esposo fuera envenenado. Clandio bebió el primer brebaje de veneno, pero ya fuera porque había comido demasiado o había tomado mucho vino, el veneno no tuvo efecto. Un médico llamado por Agripina introdujo una pluma envenenada en la garganta del emperador, evidentemente con el pretexto de proporcionarle algún alivio gastronómico. Claudio se sumió gradualmente en la inconsciencia y murió por los efectos del veneno así

aplicado. Nerón fue su sucesor. Esto ocurrió en el año 54 d. C.

VI. Nerón (54-68 d. C.)

La familia del nuevo emperador desde hacía mucho tiempo había tenido importancia en el ambiente de Roma; unos doscientos años antes se habían elevado de la clase plebeya. Ese clan había producido dos cónsules, un pontífice máximo y varios generales. El padre de Nerón había sido acusado de muchos crímenes: incesto, adulterio, asesinato y traición. Se casó con Agripina, hermana de Calígula, y el hijo de ambos, Lucio Domicio, fue el Nerón de la historia. El padre murió cuando Nerón sólo tenía tres años de edad; su madre fue desterrada, y una tía fue su tutora. Calígula se apropió del patrimonio del niño, pero Claudio más tarde se lo restituyó.

La educación del muchacho había incluido muchas cosas perjudiciales. Conocía buenas maneras, la etiqueta de la corte, sus derechos y prerrogativas, pero estaba demasiado versado en los vicios y en las corrupciones de sus días. Su desventura fue la de muchos jóvenes romanos de buena cuna: su instrucción había estado en manos de sirvientes poco supervisados. Una excepción a esto fue que tuvo a Séneca como su tutor. Este tutor, hermano del Galión que fue procónsul de Acaya cuando Pablo estaba en Corinto (Hech. 18:12), nació en una familia de maestros, y llegó a ser filósofo y versado en los asuntos materiales. Sabía cómo retener amigos influyentes y cómo beneficiarse mediante su amistad. Sus principios eran buenos, propios del estoicismo que profesaba. Sabía cómo vivir sin corromperse en una época y un ambiente perversos. Es evidente que tuvo una buena influencia sobre Nerón, la que se extendió durante los primeros años del nuevo reinado. También es obvio que su influencia no fue ni lo bastante buena ni lo suficientemente decisiva. Las malas características inherentes del joven, los mismos de que había sido objeto y la corrupción que lo rodeaba, pudieron más que la capacidad de Séneca o quizá que su voluntad para vencer.

Otro de los primeros favoritos de Nerón fue Burro, prefecto de los pretorianos, de larga experiencia en la corte. Era un hombre de sagacidad innata, disciplinado y de una sensibilidad moral sorprendente para una persona de su posición.

Nerón padecía de obsesiones. Temía a su madre. Temía a Británico, el hijo de Claudio, a quien Agripina había logrado desplazar para promover a su propio hijo. Pero cuando Nerón fue presentado por Burro ante los pretorianos como el idóneo sucesor de Claudio, lo aclamaron. Ya no hubo ningún poder que pudiera disputarle 84 esa aprobación, mucho menos al negligente senado. Nerón tenía unos 17 años de edad cuando fue hecho emperador.

Agripa sumió entonces el papel de emperatriz, en lo cual cooperó con Nerón. Se hacia llevar en la tierra imperial junto con su hijo, daba consejos y recibía embajadas. Disponía de envenenadores para eliminar a las personas que parecían ser obstáculos en su camino. Procuraba dominar completamente a su hijo, el joven emperador. Para contrarrestar ese dominio materno, Séneca y Burro convinieron en mantener su influencia sometiéndose a la voluntad de Nerón. Pensaron que la forma más efectiva de influir en Nerón era someterse a los

caprichos del soberano. De ese modo, Nerón fue enviléciéndose gradualmente desde sus primeros años de gobierno.

Muchos de los actos del joven emperador fueron deliberadamente malos. Hizo envenenar a Británico. Por una concubina abandonó a su esposa a su esposa Octavia, a quien Agripina tomó entonces bajo su protección. Eliminó a Palas , liberto que había sido ministro de Claudio y protegido de Agripina. Halagado por los aplausos de la multitud, se exhibía despreocupadamente en el circo y en el teatro, y hasta participaba en pequeños robos callejeros y peleas las que se disfrazaba, pero no suficientemente. Lo mejor que se puede decir de Nerón es que dejaba los asuntos de gobierno a sus ministros. Séneca y Burro mantenían siempre bien informado al senado de todo lo relacionado con el gobierno y de ese modo se protegían de la ira de la madre de Nerón. Nerón actuaba públicamente como juez, y realmente procuraba ser justo en su fallos. No tomaba en cuenta las burlas que el populacho insolente con frecuencia había dirigido contra el trono. Por todas estas razones, sus primeros años parecieron tolerables, especialmente si se compara con la última parte de su reinado.

En el año 58 d. C. precenció un cambio para mal en la vida del emperador. Lo primero que sucedió en este segundo periodo fue su enamoramiento de Popea, la disoluta esposa de Otón, favorito de la corte del emperador. Cuando pareció que Otón se opondría a las familiaridades de Nerón con su esposa, le fue dado un cargo en Lusitania (moderno Portugal), para que no interfiriera en esas relaciones. El siguiente hecho, y que sin duda resulto de la mala influencia de Popea, fue el asesinato de Agripina, la madre de Nerón. El emperador temió las consecuencias de ese terrible acto, pero cuando entró de nuevo a Roma después de la muerte de su madre, fue recibido con más exorbitante adulación que le prodigaron tanto los senadores como el pueblo. Desde ese momento, el emperador se volvió sumamente egocéntrico, pero al mismo tiempo era débil y vacilante, supersticioso y cobarde, desenfrenado y lascivo, y de un temperamento peligroso para todos los que lo rodeaban. Se entregaba cada vez más a las disipaciones más públicas y corruptas. Inducía a esos desenfrenos tanto a nobles como plebeyos mediante cenas públicas en la que se practicaban y se estimulaba una inmoralidad descarada. Parecía que el mismo populacho estaba siendo inducido a una completa corrupción.

Burro y Séneca continuaron desempeñándose como ministros de Nerón, pero su influencia iba declinando. Hombres perversos, Tigelino y Rufo, iban ganando influencia. Burro murió en el año 62 d. C., quizá envenenado. Séneca procuró fructuosamente retirarse a la vida privada . Nerón repudió públicamente a Octavia, después la hizo matar en muy forma muy cruel, y se casó con Popea. Entonces, como la tesorería estaba vacía debido al libertinaje del emperador, se eliminaba a ciudadanos ricos para que su fortuna pudiera ser confiscada.

Incendio de Roma.-

Este trágico holocausto, el acontecimiento mejor conocido del reinado de Nerón, ocurrió en el año 64 d. C. De los catorce sectores que constituían la ciudad, sólo se salvaron cuatro, tres se quemaron completamente, y los otros 85 siete sufrieron daños más o menos graves. Fueron destruidos algunos de los edificios

más famosos de la ciudad, tanto públicos como palacios. Hasta el palacio de Nerón sufrió con el fuego. Miles de las casas de los plebeyos y de las hacinadas viviendas de los distritos más pobres fueron destruidas. Se perdieron obras de arte de valor incalculable, e indudablemente se quemaron documentos de gran valor legal e histórico.

Podría ser cierto que Nerón hizo incendiar a Roma para que le sirviera como telón de fondo para recitar con lenguaje de tragedia el poema épico El saqueo de Troya. No hay motivo especial para rechazar esta idea, aunque circularon otras versiones. Se dijo que sólo había impedido que se hicieran esfuerzos eficaces para detener el incendio; según otra versión, Nerón incendio la ciudad porque deseaba tener una oportunidad de reedificarla con toda magnificencia y dar su nombre a la ciudad restaurada.

Ya sea que haya incendiado Roma, o que lo haya permitido, Nerón se extralimitó. Esto lo comprendió, y mando hacer ofrendas expiatorias especiales a los dioses. Con todo, los sobrevivientes del incendio murmuraban contra él. Tácito, historiador romano, escribiendo unos cien años después del nacimiento de Cristo, dijo: "Ni la reparación humana, ni la munificencia imperial, ni todas las formas de aplacar el cielo, pudieron sofocar el escándalo o desvanecer la creencia de que el incendio había sido intencional" (Anales xv. 44).

Persecución de los cristianos.-

¿Qué podría ser Nerón? Debía buscar a alguien a quien culpar del desastre. Encontró la víctima propiciatoria en la secta ilegal de los cristianos, quienes en ese tiempo sin duda habían llegado a ser numerosos en la ciudad. Dice Tácito: "Por lo tanto Nerón, para acallar el rumor, presentó como criminales y castigó con el máximo refinamiento de crueldad, a una clase de hombres detestados por sus vicios, a quienes la turba llamaba cristianos. Crhistus, el que dio origen al nombre, había padecido la pena de muerte durante el reinado de Tiberio, por sentencia del procurador Poncio Pilato; y la perniciosa supertición fue reprimida por un momento, sólo para irrumpir una vez más no sólo en Judea, donde se originó la enfermedad, sino en la capital misma, donde proliferan y se ponen de moda todas las cosas horribles y vergonzosas del mundo" (Ibíd.). Esto basta para conocer la opinión de Tácito. Después prosigue describiendo la forma en que Nerón persiguió a los cristianos:

"Primero eran arrestados los miembros reconocidos de la secta; después, por confesión propia, eran condenados en gran número, no tanto a causa de un incendio premeditado como por odiar a la raza humana. Y el escarnio acompañaba a su fin. Eran cubiertos con pieles de fieras y muertos a dentalladas por perros, o eran atados a cruces, y cuando terminaba la luz del día eran quemados para que sirvieran como antorchas por las noches. Nerón había cedido sus jardines para el espectáculo, y presentó una exhibición en su circo mezclándose con la turba disfrazado de auriga, o montado en su carro. Por lo tanto, a pesar de una culpa que había merecido el castigo más ejemplar, se despertó un sentimiento de compasión debido a la impresión de que estaban siendo sacrificados no para el bienestar del Estado, sino debido a la ferocidad de un solo hombre" (Ibíd.).

Pedro y Pablo.-

Esta persecución de Nerón, que comenzó en el año 64 d. C., no fue la expresión de una política gubernamental acerca de los cristianos, sino que surgió del antojo y capricho de Nerón, como una manera de eludir su culpa. La persecución fue severa, pero ahora es imposible determinar hasta donde llegó su persecución. Suetonio, contemporáneo de Tácito, dice que "se infligió castigo a los cristianos, una clase de hombres entregados a una nueva y maligna superstición" 86 (Nerón vi. 16). No cabe duda de que centenares de cristianos sufrieron el martirio en la ciudad de Roma, y que también pudo haber habido estallidos de persecución contra ellos en las provincias. Ninguno de los escritores paganos se refiere a Pedro o a Pablo por nombre, pero los primeros autores cristianos unánimemente se refieren al martirio de esos apóstoles en el tiempo de Nerón, y en Roma. Entre ellos están Tertuliano (m. c. 230 d. C.; Contra Marción iv. 5) y Eusebio (c. 325 d. C; Historia eclesiástica ii. 25).

La antigua mazmorra Mamertina que se halla situada en las proximidades del Foro Romano, y no lejos del antiguo recinto del senado, aún es mostrada a los turistas como el lugar donde se supone que Pablo estuvo encarcelado. La fecha de su muerte puede ubicarse entre los años 66 y 68 d. C., el año en que murió Nerón. De acuerdo con una antigua tradición, Pedro fue martirizado después de Pablo, siendo crucificado con la cabeza hacia abajo (Eusebio, Historia eclesiástica iii. l; cf. HAp 428-429).

Muerte de Nerón.-

Mientras continuaba esporádicamente la persecución de los cristianos en Roma, Nerón se ocupaba de reedificar la ciudad. Se diseñaron nuevamente las calles y se levantaron edificios que mostraban belleza y criterio artístico. Grandes sumas de dinero se gastaron en la reconstrucción, dinero que tuvo que provenir de la gente rica de las provincias y de gravosos impuestos.

Pero eso no apaciguaba al pueblo. Ya no se trataba sólo de murmuraciones entre la plebe. La nobleza, los líderes de la vida social y económica de Roma, estaban determinados a que hubiera un cambio en el gobierno. Se descubrió uno de los complots más organizados, y los conspiradores fueron juzgados, condenados y muertos. Entre ellos estaba el antiguo amigo y mentor de Nerón, Séneca, que en vano había procurado retirarse de la vida pública, apartándose de la ciudad de Roma y de sus peligros. Nerón pudo entonces incluirlo en la lista de los conspiradores y hacerlo morir como un criminal.

En los últimos años de su vida Nerón se había vuelto más libertino, más indigno de confianza, más disipado, más cruel. Parecía no tener límites su infundado egotismo. Sus precoces alardes de poeta y artista continuaron hasta el fin. Antes del incendio de Roma había decidido hacer un viaje al Medio Oriente; pero esos planes fueron interrumpidos por su deseo de hacer que Roma fuera reedificada. Por fin emprendió viaje en el año 66, y estuvo ausente cerca de dos años. Su gira fue una exhibición pública de vanidad depravada y corrupta. A su regreso efectuó una entrada triunfal en Roma, pero eso no distrajo al

público de su descontento, lo que se notó especialmente entre los nobles.

Nerón recibió entonces noticias de graves defecciones entre los generales de las provincias. Se mencionaba especialmente a Galba, destacado en España, pues Víndex, prefecto de una de las provincias de las Galias, le había hecho proposiciones formales para que fuera emperador. Galba vaciló en participar de la conspiración, pero Víndex siguió adelante con el complot. Nerón consiguió que Víndex fuera declarado enemigo público, pero para entonces Galba estaba resuelto a seguir adelante con la conspiración. El pueblo clamaba contra Nerón, los senadores se mantenían apartados de él, y los pretorianos le negaban su protección. El emperador huyó de Roma, por lo que el senado lo proclamó enemigo público y decretó su muerte. Escondido en una casucha a la vera del camino, Nerón se puso un arma contra el pecho, y un esclavo lo traspasó con ella. Murió en el momento en que llegaban los soldados para apresarlo. El tirano murió vergonzosamente a la edad de 30 años, después de un afrentoso reinado de catorce años. Eso sucedió en el año 68 d. C. 87

VII. Desde Galba hasta Adriano (68-138 d.C.)

Sucesores de Nerón, 68-69 d.C.-

Galba, jefe supremo del ejército en España, fue elegido rápidamente por sus soldados para que ocupara el lugar de Nerón. Esta fue la primera vez que un emperador fue nombrado por sus soldados en la provincia, lejos de Roma. Con esta elección Roma también se apartó de la antigua familia juliana, de la cual habían salido hasta entonces todos los Césares. Galba se dirigió a Roma. Por supuesto, hubo otros aspirantes al trono, y Galba hizo matar a varios nobles conspiradores, a algunos sin juicio previo. El nuevo emperador no estaba dispuesto a esgrimir solo la autoridad imperial, y aceptó que se le nombrara como asociado a un romano notable llamado Pisón. El hecho de que el senado aclamara el nombramiento de Pisón, ofendió profundamente a Otón, el que una vez fuera esposo de Popea, mujer de Nerón. Otón, que también era general, conquistó el favor de algunos de los soldados, y después fue presentado ante la guardia pretoriana que lo aclamó como emperador. Los soldados abandonaron a Galba, y cuando éste y Pisón se presentaron en el Foro, Galba fue asesinado inmediatamente, y poco después Pisón sufrió la misma suerte.

Las noticias de este disturbio y derramamiento de sangre llegaron a las Galias, donde el legado Vitelio aceptó las súplicas de los soldados de que fuera emperador. Las legiones de las Galias y de Alemania apoyaron a Vitelio, y éste marchó hacia Roma. Otón salió a hacerle frente en el norte de Italia, y en la batalla que se riñó fue muerto y su ejército fue derrotado. Vitelio marchó sobre la capital, donde el impotente senado lo aclamó emperador.

Mientras tanto había surgido Vespasiano, otro candidato, que entonces servía como legado en Judea. Su familia era prácticamente desconocida, pero él había cumplido con éxito importantes responsabilidades. Había sido legado de una legión en Britannia y finalmente había llegado al consulado. En los últimos años de la vida de Nerón habían estallado graves desórdenes en Palestina, y Vespasiano había sido enviado allí para aplastar la revolución judía. Mientras

estaba cumpliendo esa comisión, el ejército de Oriente lo proclamó emperador. Los ejércitos del norte de Italia también le ofrecieron su lealtad. Vespasiano marchó hacia Roma y derrotó a las fuerzas de Vitelio. El senado de buena gana declaró emperador a Vespasiano. Nerón había tenido tres sucesores en menos de un año.

Durante estos importantes cambios dinásticos, ¿qué había sucedido al Imperio Romano en su conjunto? Debe destacarse de nuevo que fuera del imperio no había ningún poder fuerte que pudiera aprovecharse del desorden de Roma. Partía, el único posible retador del poder imperial, acababa de sufrir una derrota ante los romanos. Dentro de los límites del imperio no había ningún partido organizado, de "oposición", que aprovechara de los disturbios; por lo tanto, el ritmo de la vida del imperio prosiguió a pesar de los tumultos de la capital. Es cierto que fueron perturbadas las zonas por donde pasaban los ejércitos que iban a entronizar a sus respectivos generales en Roma, y que fueron depuestos los legados, procuradores y procónsules de algunas de las provincias. Era inevitable que hubiera perturbaciones en los negocios, especialmente, a medida que los nobles que tenían un capital invertido se veían implicados en sucesivos cambios de gobierno. Pero en su conjunto la vida del imperio prosiguió como lo había hecho durante cien años antes, cuando casi se llegó a la anarquía con motivo del asesinato de julio César. Continuaba el comercio marítimo. Los agricultores proseguían sus labores. Las legiones continuaban con su misión de vigilancia, y elegían a los generales a quienes querían permanecer leales. A pesar de toda la corrupción, había una base sólida en el pueblo, en los hogares en los cuales padres y madres continuaban con sus deberes al lado de sus hijos y echaban el 88 fundamento imprescindible de la vida de sus comunidades. Los sacerdotes continuaban con sus deberes en los templos paganos. Los adictos a los cultos de misterio proseguían con sus prácticas religiosas. El cristianismo también continuaba creciendo entre la gente como una levadura de bien.

Vespasiano, 69-79 d. C.-

Vespasiano dejó a Tito, su hijo mayor, para que continuara subyugando a los rebeldes judíos, mientras él continuaba lentamente su viaje a Roma. Sus intereses en la capital estaban a cargo de Muciano, legado de Siria, y de Domiciano, el hijo menor del emperador.

Tito completó con eficacia la tarea comenzada por su padre. Jerusalén fue cercada en la primavera (marzo-mayo) del año 70 d. C., y a fines de agosto, después de una tenaz resistencia, fue tomada y casi completamente destruida. Tito regresó triunfalmente a Roma, llevando consigo a miles de cautivos y un gran botín. En el arco de Tito que aún está en Roma se conmemora su victoria. (Hay una detallada descripción de las guerras judías y de la destrucción de Jerusalén en el t. V, pp. 74-79.)

Cuando Vespasiano estaba por vestir la púrpura imperial, algunas de las legiones que lo habían apoyado en las Galias y en la parte baja de Alemania trataron de terminar sus relaciones con Roma y de formar un gobierno separado en las provincias galas; pero sólo bastó una demostración de fuerza de Muciano

para que las legiones se sometieran, y se apagó la revuelta. Como una cantidad de legiones auxiliares de naturaleza tribal habían participado en la rebelión, el gobierno romano comenzó desde entonces la práctica de asignar los auxiliares tribales en partes del imperio distantes de su terruño para disminuir el riesgo de tales rebeliones.

Cuanto Tito regresó de Palestina, Vespasiano lo convirtió en prefecto del pretorio y le dio el poder tribunicio: la autoridad, pero no el cargo de tribuno. Juntos manejaron con sabiduría el imperio. Su principal contribución quizá fue en lo que atañe a las finanzas, donde el sentido de economía de Vespasiano restauró la tesorería que había quedado vacía debido a los despilfarros de los emperadores anteriores. Fueron reorganizadas varias provincias, y la defensa imperial se fortaleció por el norte hasta Britannia y en las fronteras formadas por los ríos Rin, Danubio y Eufrates. La construcción de imponentes edificios en Roma dio un aire de prosperidad al nuevo régimen. Fue restaurado el incendiado templo capitalino, se erigió un templo de la paz y se comenzó la obra del Coliseo monumental, cuyas ruinas existen todavía. Tan estable fue el gobierno de Vespasiano, que cuando él murió en el año 79, Tito pudo sucederlo sin disturbios.

Tito, 79-81 d. C.-

El hijo demostró ser un digno sucesor de su eficiente padre. Por desgracia, su reinado fue corto; por eso no pudo cumplir muchas de sus primeras promesas. El recuerdo de su gobierno fue también entenebrecido por dos desastres. En el año 79 el Vesubio hizo erupción y su lava volcánica sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano, cuyas ruinas, al ser excavadas, han proporcionado una rica fuente documental acerca de la vida romana en Italia durante el siglo I de nuestra era. Un año más tarde Roma sufrió otra vez un desastroso incendio que ardió durante tres días y dejó gran parte de la ciudad en ruinas. Sin embargo, nadie culpó a Tito por esas catástrofes, y su muerte en el año 81 d. C. fue profundamente lamentada en el imperio. Domiciano, su hermano menor, ocupó el trono sin oposición.

Domiciano, 81-96 d. C.-

El nuevo gobernante tenía un interés genuino en la vida política, social y literaria del imperio; pero el bien que realizó quedó anulado por el odio que despertaban sus métodos violentos y autocráticos. A pesar de todo, la historia registra los progresos imperiales durante su mandato. Autorizó una campaña 89 desde Britannia a Caledonia (Escocia), y él mismo comandó un ejército que penetró en Alemania cruzando el Rin. Allí anexó al imperio un territorio al este de ese río. Una rebelión de dos legiones destacadas en Mainz fue fácilmente sofocada. Esto dio lugar a la política de no tener más de una legión estacionada permanentemente en un lugar. Una revuelta de las tribus germánicas al otro lado del bajo Danubio fue dominada con más dificultad, y el acuerdo que Domiciano hizo con esas tribus no fue duradero.

En los comienzos de su reinado se esforzó por deificar a los emperadores, y estableció un colegio sacerdotal de los Flavios para el culto de su difunto

padre y de su hermano. Se dio a sí mismo el título de dominus et deus ("señor y dios"), y así intensificó el culto del emperador por todo el imperio, lo que contribuyó a la persecución de la iglesia cristiana. Sin duda, el apóstol Juan fue desterrado en ese tiempo a la isla de Patmos, y se supone que una cantidad de otros discípulos fueron muertos durante su reinado. Es imposible decir ahora cuán abarcante y cuán cruel fue la persecución, pues muy poco se dice de ella en los registros de la época. La mayor parte de las referencias se encuentran en escritos cristianos posteriores, como los de Tertuliano. Esa persecución no representa una política imperial deliberada, sino que, como la de Nerón, fue el resultado del proceder autocrático del emperador y su resentimiento contra un conjunto de religiosos fanáticos que se negaban a ajustarse a la conducta general del pueblo romano. Por esa misma razón castigó duramente a ciertos judíos que seguían rebelándose después de su derrota unos veinte años antes.

El reinado de Domiciano, que duró hasta que fue asesinado en el año 96 d. C., fue notable por los enconados conflictos del emperador con el senado. Una cantidad de senadores eminentes fueron ejecutados, acusados de traición, y cuando murió el tirano, su nombre fue borrado de los registros oficiales por el senado y su memoria fue maldita.

Nerva, 96-98 d. C.-

Los conspiradores que eliminaron a Domiciano en el otoño (septiembre-noviembre) del año 96, eligieron como su sucesor a un anciano senador llamado Nerva. Este era de carácter recto, pero no lo bastante fuerte para hacer frente a las dificultades heredadas de su predecesor. Por lo tanto, adoptó a Trajano, el legado de la alta Alemania, para que gobernara con él. Así como Vespasiano lo había hecho con Tito, Nerva dio a Trajano la autoridad tribunicia y el imperium de un procónsul. Además de transferir los costos del servicio postal del gobierno de las ciudades a la tesorería imperial y de una decisión de dar ayuda estatal a los huérfanos, poco es lo que se registra del reinado de Nerva. Cuando murió en el año 98, Trajano ocupó su lugar.

Trajano, 98-117 d. C.-

El nuevo emperador había nacido en Itálica, España, y fue el primer gobernante elegido de una provincia. La elección resultó buena. Su carácter era firme, tenía buen talento administrativo, era un general de éxito, y pronto ganó el afecto y el respeto de su pueblo. Bajo su conducción prosperó un gobierno bien ordenado, las tropas estuvieron bajo control, fueron alimentados los niños pobres, la agricultura fue estimulada, se emprendió un extenso programa de construcciones y los caminos que cruzaban las provincias se mejoraron y ampliaron. Tales planes exigían dinero, pero las finanzas se hallaban sobre una sólida base, y transitoriamente pudieron soportar la presión ejercida sobre ellas.

Una gran parte del reinado de Trajano correspondió a las campañas militares. En dos duras guerras, Trajano añadió a Dacia (al norte del Danubio) a la lista de las provincias romanas. Posteriormente, a partir del año 113, trató de

conquistar a Partia. Esto representaba ir más allá de las fronteras establecidas por Augusto, y 90 muchos historiadores creen que Trajano no fue sabio al tratar de extender tanto el territorio de Roma.

Salvo la lucha contra Partia, este reinado fue próspero, pero se menoscabó por dos hechos. Uno de ellos fue una grave rebelión de los judíos en el norte del África, Chipre, Egipto y Mesopotamia. La rebelión fue tan grave que se necesitó un gran número de soldados romanos para dominarla. La pérdida de vidas fue numerosa en ambos lados. Los judíos lucharon fanáticamente, y tanto éstos como sus enemigos perpetraron horribles matanzas antes de que la revolución fuera sofocada.

El otro hecho fue una persecución desatada contra los cristianos. Trajano trazó una política para raer el cristianismo. Existe una interesante e importante carta de Plinio el joven, gobernador del Ponto, quien escribe al emperador que el cristianismo se ha extendido tanto en su zona que los templos están desiertos, y los artesanos que hacen materiales para el culto de los dioses se han quedado sin trabajo. Declara que ha seguido el procedimiento de hacer comparecer ante él a los acusados de ser cristianos, y si reconocen su fe, ha ordenado darles muerte. Como resultado, el culto de los templos se ha restaurado en gran medida.

Trajano respondió y aprobó lo que había hecho Plinio; pero es digno de alabanza porque especifica que si alguno es acusado de ser cristiano, no debe ser procesado a menos que el acusador firme la acusación, y que los que reniegan de su fe cristiana no deben ser castigados; sin embargo, la pena de muerte es el castigo del que se reconoce como cristiano o se le compruebe que lo es (Plinio, Cartas x. 96-97).

Esta es la primera de una serie de medidas específicas establecidas por los emperadores romanos contra los cristianos. Estas medidas no fueron abrogadas durante 140 años, y debido a ellas murieron miles de cristianos. En el año 250 d. C., en los días del emperador Decio, se anunciaron nuevas disposiciones que resultaron mucho más duras. Su propósito era la exterminación de toda la iglesia.

Entre los cristianos que sufrieron el martirio en los días de Trajano, está la discutida figura de Ignacio, el que presidía en la iglesia de Antioquía de Siria. Según las tradiciones incorporadas en posteriores biografías de él, fue arrestado y llevado a Roma. Se ha supuesto que durante su viaje escribió una serie de epístolas, las cuales han suscitado preguntas que han perturbado por mucho tiempo a los eruditos. Si son genuinas tales cartas, son una notable prueba del antiguo establecimiento de un episcopado que tenía mucha autoridad.

Los historiadores concuerdan en que el reinado de Trajano fue uno de los mejores en los extensos anales romanos. Su muerte en Cilicia en el año 117, cuando regresaba a Roma, fue una gran pérdida para el imperio.

Adriano, 117-138 d. C.-

Trajano adoptó poco antes de morir a un primo suyo, conocido en la historia como Adriano, y éste fue su sucesor en el trono imperial. Era extraordinariamente enérgico, profundamente interesado en el arte y en la literatura, y apreciaba mucho el helenismo. Sentía a fondo su responsabilidad de gobernador, y pasó mucho de su tiempo viajando por el imperio. No era expansionista, y retiró las fuerzas romanas de los territorios orientales que Trajano acababa de anexar al imperio. Efectuó una cantidad de reformas administrativas y se ocupó en un activo programa de construcción de caminos, edificios y acueductos. Su actividad militar más importante fue haber sofocado otra rebelión judía que comenzó cuando él emprendió el establecimiento de una colonia en el antiguo lugar de Jerusalén. Las revueltas fueron esporádicas al principio, y sofocadas localmente; pero en 132 la rebelión estuvo mejor organizada y fue necesario movilizar un ejército contra ella. Esta rebelión no fue sofocada sino hasta el año 135. Hubo muchos muertos entre los judíos. (Esta revolución se trata más ampliamente en el t. V, p. 80). 91

Adriano continuó con la política de que la sucesión fuera por medio de la adopción de hombres dignos, política que había sido iniciada por Nerva y continuada por Trajano. Pero ya estamos más allá del período histórico que es el tema de este capítulo: La historia romana en los días del Nuevo Testamento.

Vlll. Cultura romana, filosofía y religión

Cultura romana.-

La cultura romana fue tomada de Grecia. Los romanos no eran un pueblo naturalmente inclinado a las artes ni a la poesía, sino más bien eran gente práctica, dada a las leyes y a la vida militar. Pero cuando comenzaron a disfrutar de más comodidad debido a sus conquistas territoriales en el Cercano Oriente, prestaron atención a la cultura helenística que había salido de Grecia durante la era alejandrina, y se había esparcido por todo el Medio Oriente. Esta cultura agradó a los romanos, y procuraron adaptarla a sus necesidades. Los dramaturgos, poetas, pintores, escultores y filósofos griegos penetraron en Roma, fueron protegidos allí por senadores y por gente rica, y al pasar los años, los intelectuales romanos, estimulados por la belleza y gracia del arte griego, comenzaron a imitar y a romanizar las formas griegas que florecían entre ellos.

Filosofía romana.-

En ninguna otra disciplina se vio más claramente el préstamo tomado de una cultura como en la adopción que hizo Roma de la filosofía griega. Las filosofías de Platón y de Aristóteles experimentaban un eclipse transitorio en los albores de la era cristiana, pero la resurrección del platonismo en el siglo III tuvo un notable efecto sobre la teología de Clemente y Orígenes, cristianos de Alejandría. El neoplatonismo se convirtió a su vez en una especie de secta rival del cristiano, y proporcionó a Agustín el germen para su doctrina de la predestinación. De ese modo la influencia del paganismo continuó hasta alcanzar al mundo mediante algunas enseñanzas erróneas en la iglesia.

Los sofistas continuaron esgrimiendo su cínica influencia. Enseñaban que el hombre era la medida de todas las cosas y que, por lo tanto, el conocimiento y la verdad eran relativos y que lo que cada hombre conocía llegaba a ser la verdad para él. Según esto, dos proposiciones opuestas podían ser ambas verdaderas. La pregunta cínica de Pilato, aunque patética, "¿Qué es la verdad?", dirigida al Señor de la verdad y registrada por el teólogo Juan (cap. 18: 38), ilustra la incómoda posición de los sofistas. Ejercían una fuerte influencia sobre una gran cantidad de los seudointelectuales que rodeaban a personajes de la más encumbrada sociedad romana.

La filosofía epicúrea era popular en Roma. Sus seguidores enseñaban que toda la materia está constituida de átomos. Vida, mente, alma y cuerpo están formados de átomos. Enseñaban que no hay pasado ni futuro para la personalidad, pues los átomos de que está formada el alma se disipan con la muerte y, por lo tanto, es imposible la continuación de la personalidad. Por eso se debiera aprovechar la vida al máximo mientras se tiene conciencia de ella. Una enseñanza tal significaba para los epicúreos de buenas inclinaciones la satisfacción de hacer el bien y de ser útiles, de dar lo mejor de sí, pero para los de malas inclinaciones daba pábulo para la complacencia propia y la satisfacción de las más bajas inclinaciones. Horacio y Lucrecio fueron exponentes del epicureísmo romano.

En la filosofía estoica se entratejía una admirable cualidad ética. Su originador fue el filósofo Zenón, quien enseñó en la Stóa poikíl', el "pórtico pintado" de Atenas, alrededor del año 300 a. C. Zenón afirmaba que la vida está en el lógos o principio divino, que impregna toda la materia. Esto era el resultado de un concepto panteísta de Dios, y parecía dar racionalidad al universo material. Encontrar una forma racional de vida era encontrar el camino del orden piadoso y dar un sentido piadoso a la 92 existencia. Esto es lo que los estoicos llamaban vivir de acuerdo con la naturaleza. Lograr esto con éxito era alcanzar la virtud, el propósito máximo de la vida humana. La expresión suprema de la virtud era cumplir los deberes individuales para con el Estado, los hombres y uno mismo. Una sociedad bien ordenada debía derivarse de esta forma de vida; por lo tanto, un Estado fuerte, bien gobernado, que condujera a los hombres por el buen camino, era la condición óptima de la sociedad. Pablo hizo frente a esta filosofía y al epicureísmo en el Areópago de Atenas (ver Hech. 17: 16-21).,

Los emperadores romanos fueron estoicos durante 70 años a partir de Nerva, sucesor del despótico Domiciano, y dieron a Roma una de sus raras edades "de oro". Las Meditaciones de Marco Aurelio han sobrevivido hasta hoy como una lectura inspiradora; pero como querían lo mejor para el Estado estoico como ellos lo concebían, dichos emperadores fueron severos en su persecución de la secta ilegal de los cristianos y de los judíos recalcitrantes. Los estoicos fueron rivales del cristianismo en la ética.

El pensamiento griego y su cultura, en su forma helenística cosmopolita, triunfaron sobre la Roma belicosa y carente de filosofía; pero no pudieron salvarla, pues el helenismo no tenía las cualidades de una forma de vida que

salvara. Roma declinaba por la edad, por ambicionar demasiado, por falta de autodisciplina, por su deslealtad a lo mejor que había en sí misma y, sobre todo, por haber fracasado en encontrar a Dios. Aceptó el helenismo, ineficaz como era, pero lo prostituyó. Finalmente aceptó el cristianismo, pero lo condujo a la apostasía. ¿Resultado? La decadencia militar, económica, política y ética: decadencia senil causada por la corrupción.

Religión primitiva.-

Al principio la religión romana era un sistema sencillo en el cual se mezclaban fetichismo y magia. Los primeros romanos eran animistas: creían que los espíritus vivían en las cosas materiales como árboles, piedras y en algunos animales y aves que tenían poder para afectar las vidas humanas. Hasta bien entrada la historia de la Roma clásica, los sacerdotes continuaron practicando la adivinación observando el vuelo de las aves. La palabra "auspicio" deriva de dos vocablos latinos: avis, "ave", y el verbo specio, "contemplo", que se refieren a la observación de un pájaro que vuela.

Esta supersticiosa consideración de las cosas de la naturaleza llevó a la creencia que los espíritus o demonios, que generalmente eran de una naturaleza diabólica, debían ser aplacados para evitar su maligna intervención en las actividades humanas. Por lo tanto, los ritos de la religión principalmente se practicaban para evitar la interferencia de los demonios y, en segundo lugar, para conseguir su ayuda.

Por esto la religión romana se convirtió en una especie de contrato entre los hombres y los dioses. Cuando los ritos de la religión se llevaban a cabo de la debida manera, se suponía que los espíritus estaban en la obligación de proteger, o por lo menos de no molestar, a aquellos que los habían aplacado. La religión romana perpetró este concepto hasta mucho después de que cayeron en el olvido los espíritus a quienes se ofrecían los ritos. Esto se refleja en el culto a los santos.

Los espíritus del campo y de la casa -los lares y los penates- recibían una atención particular, y se los honraba mediante ritos domésticos especiales. Vesta se convirtió en la diosa del hogar y Ceres en la diosa del campo. Vulcano era adorado como el espíritu del fuego. También había dioses más grandes y más poderosos que eran adorados por la nación entera. Se cree que Marte, más tarde el dios de la guerra, en los tiempos primitivos fue una deidad de la agricultura. Júpiter, el dios del cielo atmosférico, llegó a ocupar el lugar supremo en el panteón romano.

El panteón ampliado.-

El panteón de los dioses romanos creció con el transcurso 93 de los siglos, pues la vida romana se hizo más compleja. La tendencia fue la de buscar motivos de adoración en ideas y conceptos antes que en personas reales. El amor, el hogar, la maternidad, la fertilidad, la riqueza, el genio político y aun el espíritu de la ciudad misma, Roma, eran todos adorados. Estas abstracciones eran a veces personalizadas; otras veces, no.

La influencia extranjera afectó grandemente la religión romana. La filosofía griega aceleró la destrucción de la confianza de los intelectuales romanos en sus antiguos dioses. El escepticismo, ya fuera con tendencia al agnosticismo o al ateísmo, se había difundido mucho, especialmente en las décadas anteriores al nacimiento de Cristo. Al mismo tiempo muchos dioses extranjeros eran incorporados a medida que se expandía el poder militar romano. Si los dioses que Roma ya reverenciaba habían propiciado tal prosperidad, se pensaba que la añadidura de los dioses de los Estados vencidos o aliados aumentaría más beneficios. Además, los romanos se dieron cuenta que si aceptaban a los dioses extranjeros les era más fácil ganar la lealtad de los pueblos conquistados. La política romana era en realidad muy tolerante con las prácticas políticas y religiosas de los pueblos vencidos, y las dejó intactas siempre que le fue posible.

Las religiones locales fueron raídas sólo en las provincias donde persistió la resistencia. Allí se impusieron las formas romanas. Esto sucedió, por ejemplo, en las Galias, donde los sacerdotes del druidismo fueron acusados, bajo el gobierno romano, de fomentar la rebeldía entre el pueblo. Aun en la turbulenta Judea, con la cual Roma había estado aliada durante un siglo, se permitió a los judíos que mantuvieran su sistema político local hasta que el clamor popular contra Arquelao en el año 6 d. C. obligó a que ese sistema fuera sustituido por el de un procurador imperial; pero se permitió que siguiera practicándose la religión judía, aunque a los romanos les parecía como si fuera una extraña forma de ateísmo debido a su falta de imágenes. Si bien los judíos se negaban a dirigir sus oraciones a Roma como el genio abstracto del Imperio Romano, o al gobierno, o al emperador, se les permitía que mantuvieran su culto a Jehová con la condición de que oraran por Roma.

Los cultos o religiones de misterios.-

Por otro lado, los cultos orientales de misterios no fueron aceptados de muy buena gana por las autoridades romanas porque estos cultos eran eminentemente ritualistas y personales. Cada culto de misterios se centraba en la adoración de una deidad particular, como Dionisio o Baco, Isis, la Gran Madre (la naturaleza personificada), o Mitra. El adorador podía rendir culto a otros dioses en forma incidental, pero la mayor parte de sus prácticas devocionales se dirigían al culto de su dios o su diosa. El sacerdote del culto iniciaba al neófito después de darle la instrucción necesaria, y luego, paso a paso y gradualmente, lo conducía más profundamente dentro de los misterios del culto de esa secta. Se suponía que así iba adquiriendo un conocimiento más y más íntimo del dios, y que finalmente disfrutaría de la hermosa experiencia de una unión mística con ese dios. Siempre debería depender de esa deidad especial para recibir ayuda en tiempos de dificultad.

Aun cuando algunos de los ritos de los cultos eran tranquilos por naturaleza, y en su mayor parte sumamente secretos, algunas formas de los cultos de estas sectas eran orgías desenfrenadas. Debido a su naturaleza sumamente inmoral y socialmente peligrosa, el senado prohibió en Roma algunos de estos cultos.

Los cultos o religiones de misterios fueron muy populares entre la plebe en los días de Augusto, y ocuparon el lugar de los dioses romanos de la naturaleza, en los cuales la gente había perdido en gran medida la fe. El culto de Mitra, con frecuencia llamado culto persa, que había sido traído del Oriente por los soldados de Pompeyo 94 unos setenta años antes de Cristo, se divulgó mucho en el ejército romano, y en el siglo III d. C. era un fuerte competidor del cristianismo.

Culto al emperador.-

La religión de los griegos básicamente era un culto de lo grande y lo bello. Conceptos universales tales como amor, belleza y fertilidad, o elementos concretos tales como tierra, mar y sol, eran personificados y deificados. Los héroes y las heroínas famosos por haber tenido mucha influencia en la antigüedad eran elevados a la posición de dioses. Se pensaba que esas numerosas personalidades deificadas se habían unido con los dioses más antiguos en el hogar de esos dioses en el monte Olimpo, que allí vivían, amaban y luchaban, mientras que supervisaban los asuntos del mundo, aunque siempre aislados, debido a su divinidad, de cualquier preocupación profundamente personal por la humanidad.

Sin embargo, había tres vías por las cuales se suponía que los dioses se relacionaban con la humanidad. Se pensaba que si un hombre alcanzaba mucho éxito, despertaba los celos de los dioses, y que éstos destruirían su riqueza, y quizá aun a la persona misma. Por lo tanto, debía ocultar su éxito para que los dioses no lo castigaran. También se suponía que, de vez en cuando, los dioses se unían íntimamente con mujeres, o diosas con hombres, y aparecían nuevas generaciones de hombres notables o de dioses. Se pensaba por ejemplo, que Heracles, conocido por los romanos como Hércules, era el hijo de Zeus, el Júpiter romano, y de la mujer Alcmena (o Alcumena); y que Afrodita, la Venus romana, era hija de Zeus y de la mujer Dione. Se creía advertir una tercera evidencia de la intervención divina cuando alguien lograba un éxito resonante en alguna empresa o designio. Por eso les pareció evidente a los pueblos orientales, a quienes había conquistado Alejandro, que éste estaba poseído por un espíritu divino -o "genio", como lo llamaban los latinos-, y los griegos finalmente llegaron a compartir esa creencia.

Lo mismo sucedió con Julio César según la opinión popular, y cuando Octavio, su sobrino y heredero, alcanzó un éxito extraordinario en la administración de los extensos territorios de Roma, pronto se convirtió en objeto de adoración, especialmente en algunas localidades del Asia Menor. Hasta el malhumorado Tiberio, el demente Calígula y el tímido Claudio, fueron considerados como divinos. Aunque el vil Nerón se reía de su propia supuesta divinidad, sin embargo, estaba orgulloso de ella con el orgullo de un adolescente. Cuando murió Vespasiano (79 d. C.), quien parcialmente sacó a Roma del abismo adonde la había conducido Nerón, el Senado lo proclamó divino, es decir, lo deificó. En términos generales, el culto de los emperadores mientras vivían estuvo restringido a ciertas zonas de las provincias y no fue fomentado en Roma, donde los emperadores eran deificados sólo después de su muerte; sin embargo, Calígula y Domiciano se afanaron por recibir el culto de sus súbditos.

No es de extrañarse entonces que cuando los romanos oían hablar a los judíos de su Mesías o Libertador, y a los cristianos de Jesucristo como Dios, y de la expectativa de su retorno triunfante como Rey, llegaran a la conclusión de que ambos seres debían ser rivales de su emperador, y por lo tanto ambos grupos religiosos resultaban enemigos del imperio. Esto explica en parte la firmeza con que los romanos aplastaron repetidas veces las rebeliones judías y su creciente determinación de raer el cristianismo. El apologista cristiano, Tertuliano, escribió esta explicación alrededor del año 225 d. C.: " 'Vosotros no adoráis a los dioses -decís- y no ofrecéis sacrificios por los emperadores'. Bien, no ofrecemos sacrificios por otros por la misma razón que no los ofrecemos por nosotros, a saber: que vuestros dioses no son de ninguna manera el objeto de nuestro culto. Somos así acusados de sacrilegio y traición. Esta es la base principal de acusación contra nosotros; pero no, esta acusación 95 constituye la suma total de nuestra falta" (Apología, 10). Y en realidad, así era.

En el tiempo cuando Augusto estaba ya afirmado en su gobierno, aproximadamente cuando nuestro Señor nació en Belén, se despertó en Roma una intensa expectativa: que de la desesperación del período precedente de guerra civil, resultaría una edad de oro. Se esperaba que Augusto pudiera tener un hijo que diera comienzo a esa gloriosa y permanente era de paz y seguridad. Varios escritores de esa época se refieren a esa esperanza mesiánica (ver t. V, pp. 62-63).

IX. El cristianismo y el imperio

El cristianismo y el Estado.-

Los romanos, según lo expuesto, eran tolerantes con las otras religiones. A medida que dilataban sus conquistas territoriales y sus adquisiciones, aceptaban los dioses de sus nuevos súbditos con lo que se aumentaba mucho el panteón que ya poseían. Una religión era declarada ilegal sólo cuando era dañina para la moral pública, como en los casos de los cultos de Baco y de Isis, o cuando era evidente que la religión favorecía una rebelión, como fue el caso del druidismo en las Galias.

Los romanos procuraron ser liberales aun con los judíos, decididos y tenaces en su religión. Pero no podían entender por qué éstos se oponían y se rebelaban cuando eran introducidos los dioses romanos en Palestina. No podían comprender cómo los judíos podían adorar a un Dios a quien no podían ver. Eso les parecía una forma de ateísmo. Se mofaban de la observancia del sábado semanal; para ellos era sólo una oportunidad que se daban los judíos para estar ociosos. Se resentían porque los judíos se negaban a rendir culto a Roma al -espíritu divino del pueblo romano- o al "genio" de los emperadores. Sabían que había una relación entre ciertos dogmas de la fe judía, especialmente su mesianismo, y su rebeldía cívica bajo el gobierno romano. Consideraciones de esta naturaleza, sumadas al espíritu rebelde de los judíos y sus actos provocativos, produjeron finalmente las guerras que casi destruyeron a la raza judía.

Pero en su relación durante los años anteriores, los conquistadores procuraron ser comprensivos. Cuando los dirigentes judíos consintieron en orar por el emperador y por su pueblo, los romanos aceptaron esa concesión. Vigilaban a los judíos, y suprimieron con mano férrea sus rebeliones esporádicas; pero toleraban su religión.

Si los judíos hubiesen aceptado el cristianismo como una secta judía más, semejante a la de los esenios o de los fariseos, la condición del cristianismo hubiera sido diferente, con seguridad, en más de una forma. Los cristianos de origen judío iniciaron el concepto de que el cristianismo era un movimiento de reforma religiosa dentro del judaísmo, una levadura de salvación que finalmente impregnaría a toda la raza judía y la redimiría. Pero la mayoría de los judíos no compartían ese punto de vista. Miles de ellos aceptaron la fe cristiana, pero la raza judía la rechazó oficialmente por razones que se presentan con claridad en los Evangelios y en los Hechos.

El cristianismo no podía presentarse ante el mundo como una secta judía; por lo tanto, no tenía raíces nacionales. Para los romanos era una secta advenediza y no fue reconocida legalmente sino hasta principios del siglo IV. Por esto, cuando Nerón necesitó de algo para explicar la causa del incendio de Roma, creyó que el cristianismo era el chivo expiatorio apropiado. Un siglo más tarde resultó fácil culpar a esta secta ilegal de los desastres causados por un terremoto y una peste que sufrió el pueblo romano durante los reinados de Antonino Pío y Marco Aurelio, y esos emperadores -que en lo demás fueron nobles y benévolos- persiguieron cruelmente a los cristianos. 96

La ciudadanía romana y el cristianismo.-

No se sabe con claridad cómo la ciudadanía romana se extendió más allá de los límites de las clases privilegiadas en la ciudad capital. En los días de Augusto César fue concedida gradualmente a las provincias o a las ciudades, pero era difícil que la consiguiera un individuo.

Tarso, la ciudad donde nació Pablo, quizá ilustre la forma en que se adquiría la ciudadanía romana. Durante siglos antes del nacimiento de Pablo, Tarso había sido un centro político y comercial importante. Allí se mezclaba la población como suele ocurrir en cualquier ciudad comercial. Además de los habitantes autóctonos, había griegos que se habían establecido antes de Alejandro Magno y durante su tiempo. Después de muchas vicisitudes y de alguna decadencia, la ciudad fue reorganizada por Antíoco Epífanes, y a Cilicia y a su ciudad capital llegaron más griegos, además de otras personas procedentes de territorios de habla griega menos favorecidos.

En Tarso sin duda hubo judíos durante muchas generaciones, pero muchos más llegaron en tiempo de Antíoco Epífanes. Quizá muchos de ellos eran conservadores, a quienes Antíoco de muy buena gana hizo salir de Palestina, la cual procuraba helenizar. Como resultado se fundó una gran colonia judía en Tarso, comparable, aunque no tan grande, con la de Alejandría en el extremo sur del Mediterráneo oriental. En Tarso, así como en Alejandría, había entonces dos principales elementos en la población: gentiles y judíos, y los dos no

convivían bien. Ver mapa, p. 140.

Tarso evolucionó con el correr de los años, y se convirtió en una metrópoli de gobierno propio, y quizá los griegos y los judíos eran ciudadanos con plenos derechos en la comunidad. Los judíos de Tarso, como los de Alejandría, quizá ejercían su ciudadanía en forma de "tribu", un recurso gubernamental empleado con frecuencia tanto en las ciudades griegas como en las romanas. Se ha sugerido que los "parientes" que Pablo menciona en Rom. 16: 7, 11, 21 eran miembros de la misma "tribu" en un sentido político, y que procedían de Tarso.

Pero esa ciudadanía de Tarso no significaba ciudadanía romana. Durante las guerras julianas de 55-31 a. C., los de Tarso favorecieron al partido cesariano, y por eso apoyaron tanto a Julio César como a Octavio. Si la ciudadanía romana no había sido concedida a la gente selecta de Tarso durante la era de Pompeyo o antes, quizá se concedió como una recompensa por su lealtad a Julio César durante esos años de intensa lucha partidista. Este pudo haber sido el tiempo cuando la familia de Pablo recibió la ciudadanía romana. Se habría tratado de una ciudadanía plena, válida en cualquier parte de la amplísima jurisdicción de Roma. No se sabe qué comprobante de esa condición de ciudadano podría haberse llevado estando de viaje, pues todavía no se han descubierto credenciales de esa naturaleza.

Es imposible saber cuándo se trasladó a Tarso la familia de Pablo. No hay base para aceptar la tradición que repite Jerónimo: que la familia llegó allí procedente de Gischala, Palestina, a principios de las guerras romanas en dicho lugar. El hecho de que Pablo fuera fariseo indica una de dos cosas: o que la familia llegó a Tarso alrededor del año 150 a. C., cuando ya se había constituido la secta farisaica, o que después de establecerse en Tarso aceptaron allí los dogmas de los fariseos a medida que éstos se propagaron entre los judíos dispersos de la diáspora.

Sea como fuere, Pablo, ciudadano de Tarso y quizá perteneciente a una de las "tribus" políticas, también era ciudadano romano. Había recibido esa ciudadanía de su padre, no la había comprado (Hech. 22: 28). Esto afirmó más de una vez, y usó bien de sus privilegios (cap. 16: 37; 22: 25-28; 25: 8-12, 21-25; 26: 30-32; 28: 17-20).

La ciudadanía romana daba a su poseedor cierta medida de protección frente a posibles abusos de los magistrados o de la policía, y le daba derecho a apelar en caso de una sentencia. Un ciudadano acusado de una falta grave no podía ser legalmente 97azotado, y menos aún, sin un justo juicio. Tenía derecho de apelar al emperador como funcionario principal del Estado romano. Que esto no siempre libraba a un hombre del descuido, la indiferencia o la tiranía de las autoridades locales, se ve porque Pablo fue azotado en Filipos sin antes haber sido juzgado (Hech. 16: 19-24) y por lo menos dos veces más en otras ocasiones (2 Cor. 11: 25). Que la ciudadanía romana le daba a un hombre más esperanza de justicia, se ve por el cuidado con que los magistrados de Filipos trataron de expiar su previa falta en su proceder con Pablo (Hech. 16: 35-39), y por el hecho de que la apelación de Pablo a César lo libró de las manos de los fanáticos y vengativos judíos de Jerusalén (cap. 25: 8-12).

Hay pruebas suficientes para inferir que el tiempo máximo para apelar contra una acusación formal, antes de que se diera por terminado el caso, era de dos años. Puesto que desde que Pablo llegó a Roma como preso, los judíos de esa ciudad no tenían acusaciones contra él (Hech. 28: 17-22), y como evidentemente no llegó ninguna acusación procedente de Palestina, sin duda su caso se dio por terminado por falta de pruebas, y fue liberado.

El cristianismo y la caída de Roma.-

En vista del debilitante decaimiento que existía en la constitución y en la vida romana pública y privada, parece extraño que un historiador tan capaz como Edward Gibbon hubiera basado su gran historia sobre una premisa completamente falsa. Este autor de la famosa y aún fidedigna History of the Decline and Fall of the Roman Empire estaba sentado en medio de las ruinas de la antigua Roma en un atardecer de 1764. Frente a los despojos de esa ciudad, Gibbon comenzó a cavilar acerca de las causas del colapso de lo que una vez había sido un glorioso imperio, así como muchos historiadores lo han hecho antes y después de él. Bien versado como estaba en la historia de la iglesia de Roma durante la Edad Media y en la pretensión de esa iglesia de ser la sucesora y heredera de la Roma imperial, Gibbon pensó que había identificado la causa básica de la caída de Roma: se trataba del cristianismo, dijo él.

No es de extrañarse que los cristianos evangélicos hayan rechazado la teoría de Gibbon. La verdad es que Roma ya estaba en una condición peligrosa, pues le faltaba sólo un fuerte enemigo externo que le propinara el golpe fatal, cuando Julio César la salvó. Vez tras vez Roma fue salvada apenas a tiempo por un Augusto César, un Vespasiano, un Trajano, un Marco Aurelio y un Constantino. El cristianismo, la sal salvadora de Roma, permitió que se prolongara la vida del imperio. Una gran parte de la esencia de la Roma pagana -su religión, ley y gobierno- se perpetuó entonces en la iglesia de Roma, cuyos historiadores consideran que es, en algunos aspectos significativos, la sucesora legítima del difunto Imperio Romano.

Bibliografía

Fuentes documentales

Cicerón, Marco Tulio. Las leyes, la vejez, la amistad. Traducción, José Velasco y García. Buenos Aires: Editorial Tor, S. R. L., 1954. Aunque las obras de Cicerón son mayormente filosóficas, contienen importantes informaciones legales y políticas.

Dión Casio. Historia romana. Ver nota bibliográfica, t. V, p. 82.

Josefo, Flavio. Obras completas de Flavio Josefo. Traducción, Luis Farré. Buenos Aires: Acervo

Cultural Editores, 1961. Ver nota bibliográfica, t. V, p. 82.

Livio, Tito. Historia de Roma. Tito Livio escribió a los comienzos de la era cristiana una historia completa de Roma hasta los días del autor. La escribió desde el punto de vista senatorial. 98

Comenzó con la llegada de Eneas a Italia. Su obra es artística, patriótica y moralizadora. Le faltaba criterio crítico y no siempre fue exacto. Faltan importantes pasa es de su gran obra.

Plutarco. Vidas paralelas (7 t.). Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos. T. 17, 19 y 22-26 de la colección "Las Cien Obras Maestras de la Literatura Universal", dirigida por D. Pedro Henríquez Ureña. 2.ª ed. Buenos Aires: Editorial Iberia, 1947-1951 (300 pp. cada tomo). Plutarco nació en Grecia (47-120 ó 125 d. C.). Vivió en Roma (77-92). Estudia 23 parejas de griegos y romanos comparándolos entre sí, y cuatro independientes.

Vidas de varones ilustres (5 t.). Buenos Aires: Rodríguez Hnos. Editores. Con notas y un estudio preliminar sobre el autor. Contiene un valioso estudio crítico sobre el autor y su obra, escrito por D. Pedro Henríquez Ureña (1884-1946).

Salustio, Cayo Crispo. Guerra de Yugurta. La conjuración de Catilina. Con los fragmentos de la Gran historia de Roma y dos cartas a César sobre el arreglo de la república. Traducción, José Torrens Béjar. Barcelona: Editorial Iberia, S. A., 1959. Esta fuente documental cubre el período de 120 a 65 a. C., aunque es fragmentaria en su parte final. Es muy estimada. Salustio fue partidario de Julio César.

Séneca, Lucio Anneo. Tratados morales. Traducción, Pedro Fernández Navarrete. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina, S. A., 1946. Este mentor de Nerón escribió estos tratados con un criterio filosófico y moralizador.

Suetonio, Cayo Tranquilo. Los doce Césares. Buenos Aires: Librería el Ateneo Editorial, 195 l. Obra escrita alrededor de 120 d. C.

Tácito, Cayo Cornelio. Los anales (2 t.). Traducción, Carlos Coloma. Buenos Aires: Espasa Calpe Argentina, S. A., 1948. Ver nota bibliográfica, t. V, p. 82.

The Loeb Classical Library. Cambridge, Mass.: Harvard University Press. Se trata de magníficas ediciones eruditas de diversos autores clásicos, en sus idiomas originales, acompañadas de su versión inglesa efectuada por varios traductores.

Veleyo, Patérculo Cayo. Compendio de historia romana. Corto bosquejo de las guerras civiles romanas hasta el año 30 d. C. No es imparcial, pues favorece a Tiberio. Se encuentra en la biblioteca clásica de Loeb.

Obras de especialistas

Aymard, André; Auboyer, Jeannine. Roma y su imperio. T. 2 de la colección

"Historia General de las Civilizaciones", dirigida por Maurice Crouzet (7 t.). 3.ª ed. Barcelona: Ediciones Destino, 1967 (663 pp.). Aymard es profesor de la Sorbona, y Auboyer, conservador del Museo Guimet (París). Este tomo tiene una sección dedicada al cristianismo.

Canfield, Leon Hardy. Early Persecutions of the Christians. New York: Columbia University Press, 1913. Una historia cuidadosa y crítica de las persecuciones dirigidas contra los cristianos por la Roma pagana hasta el tiempo de Adriano, inclusive.

Durant, Will James. César y Cristo. T. 5 de la colección "Historia de la Civilización". Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1967. El autor, filósofo norteamericano, nació en 1885. Otras obras: La filosofía y el problema social; Filosofía, cultura y vida; Historia de la filosofía, etc.

Ferrero, Guglielmo. Grandeza y decadencia de Roma (3 t.). Buenos Aires: El Ateneo, 1959. Fue escrita de 1904 a 1905, y se publicó en italiano en 6 t. Fue traducida al castellano de 1908 a 1909. El autor, historiador y sociólogo italiano, la escribió después de 40 años de reflexionar sobre el fenómeno romano.

Historia de Roma. 3.ª ed. Barcelona: Editorial Surco, 1966 (421 pp.). Describe a la Italia del siglo VIII a. C., y concluye con la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476 d. C.

Friedlaender, Ludwig. Roman Life and Manners Under the Early Empire (4 t.). Traducción del alemán. Londres: G. Routledge and Sons, Ltd., 1908-1913. Una obra muy informativa, que se destaca por estar libre de prejuicios. 99

Gibbon, Edward. The History of the Decline and Fall of the Roman Empire (7 t.). Editado por J. B. Bury. Londres: Methuen and Co., Ltd. Continúa siendo una autoridad después de casi dos siglos. Abreviada y detallada, se advierte su prejuicio anticristiano. La mejor edición es la de Bury.

Grenier, Albert. El genio romano. Traducción, Ceferino Palencia. T. 18 de la colección "La Evolución de la Humanidad". Biblioteca de síntesis histórica, dirigida por Henri Berr. México: Editorial UTEHA, 1961 (384 pp.). Grenier fue profesor en el Colegio de Francia.

Grimal, Pierre. El siglo de Augusto. 2.ª ed. Traducción, Ricardo Anaya. Buenos Aires: EUDEBA, 1965 (127 pp.). El autor, erudito profesor de la Sorbona, presenta en forma clara un cuadro coherente sobre Augusto y su tiempo. La primera ed. EUDEBA apareció en 1960. Hay reediciones.

Mommsen, Teodoro. Historia de Roma. 2.ª ed. Traducción, A. García Moreno. Buenos Aires: Joaquín Gil Editor, 1960 (884 pp.). Historia cabal, cuidadosa y sin prejuicios. Incluye un análisis magistral de las fuentes documentales de información. 100

Cronología de los Hechos y de las Epístolas Paulinas

I. Introducción

A diferencia de muchas partes del Antiguo Testamento, que frecuentemente tienen una trama de material genealógico y referencias a acontecimientos con indicación de fecha, el Nuevo Testamento no se basa en una estructura cronológica exacta. Sus elementos cronológicos se deben determinar principalmente por referencias incidentales a sucesos conocidos en la historia secular, y por la mención ocasional de períodos de tiempo. El estudio que sigue de los datos disponibles es breve y no debe considerarse como exhaustivo.

II. Datos de la historia secular

Hay varios acontecimientos históricos mencionados en el libro de los Hechos y en las epístolas paulinas que ayudan a establecer una cronología. Sin embargo, puesto que las fechas de casi todos ellos no se pueden establecer con exactitud, cualquier esquema cronológico basado en ellos debe considerarse sólo como aproximado. Esos acontecimientos son los siguientes: el gobierno de Aretas en Damasco, la muerte de Herodes Agripa I, el hambre en Palestina durante el reinado de Claudio, el proconsulado de Galión en Acaya y el comienzo del período en que Festo fue procurador en Palestina. Además de esos hechos, todos los cuales están mencionados en el Nuevo Testamento, también hay otros sucesos correspondientes con el reinado de Nerón que, aunque no figuran ni en los Hechos ni en las epístolas, pueden tener alguna relación con la cronología del Nuevo Testamento.

Gobierno de Aretas en Damasco.-

En 2 Cor. 11: 32 Pablo declara que en el tiempo cuando él escapó de Damasco (Hech. 9: 25) Aretas gobernaba en Damasco, o por lo menos gobernaban allí los nabateos por medio de un etnarca o representante. Aretas IV fue rey de los nabateos aproximadamente desde el año 9 a. C. hasta más o menos el 40 d. C. Sin embargo, las comprobaciones que proporcionan las monedas de la época indican que Damasco estuvo bajo el gobierno romano durante los reinados de Augusto y de Tiberio. De modo que Aretas difícilmente pudo haber tenido autoridad en Damasco antes de la muerte de Tiberio en el año 37 d. C. Por lo tanto, las fechas del gobierno de Aretas en Damasco van probablemente del 37 al 40 d. C. Por lo que sin duda la huida de Pablo ocurrió durante ese período.

Muerte de Herodes Agripa I.-

De acuerdo con Hech. 12: 1-23 es evidente que la muerte de Jacobo hijo de Zebedeo y el encarcelamiento de Pedro, ocurrieron inmediatamente 101 antes de la muerte de Herodes Agripa I. Agripa tomó el gobierno de los territorios de Felipe el tetrarca poco después de que Calígula llegó a ser emperador en el año 37 d. C. (Josefo, Antigüedades xviii. 6. 10; Guerra ii. 9. 6). Poco antes de su muerte, en enero del 41 d. C., Calígula añadió Galilea a los territorios de Agripa (Antigüedades xviii. 7. 2), y poco después de la entronización de Claudio, el siguiente emperador, Agripa también recibió Judea (Id. xix. 5. l; Guerra ii. 11. 5). Josefo (Antigüedades xix. 8. 2) declara que Agripa gobernó

sobre Judea durante tres años y que estaba completando el séptimo año de su reinado cuando murió. Esto ubica la muerte de Agripa en el año 44 d. C. En Hech. 12: 3, 19 se indica que ocurrió por el tiempo de la pascua, y por lo tanto fue en la primavera (marzo-mayo). Ver cuadro del t. V, p. 224.

Hambre en Palestina.-

En Hech. 11: 28 se registra que Agabo, un profeta de Antioquía, predijo un hambre en Palestina que ocurrió durante el reinado de Claudio (41-54 d. C.). En respuesta a esa profecía, Saulo y Bernabé fueron enviados por la iglesia de Antioquía para que recogieran una ofrenda para los cristianos de Judea (vers. 29-30). Josefo registra un hambre en Palestina mientras eran procuradores Fado y Alejandro (Antigüedades xx. 5. 2; cf. 2. 5), que con toda probabilidad se pueda identificar con el hambre mencionada en Hechos. Puesto que Fado reemplazó en el gobierno de Judea a Agripa I, quien murió en 44 d. C., es razonable comenzar su reinado en ese año. No se puede fijar con exactitud la fecha de la terminación del gobierno de Fado como procurador y la llegada de su sucesor, Alejandro. Sin embargo, Josefo (Id. 5. 2) al consignar la muerte de Herodes de Calcis, como ocurrida en el año 8.º de Claudio (probablemente otoño [septiembre-noviembre] del año 47 d. C. a otoño del año 48 d. C.; cf. Mishnah Rosh Hashanah l. l), también indica que esto ocurrió cuando era procurador Cumano, el cual fue sucesor de Alejandro. Por lo tanto, el período de Alejandro no se debe haber extendido más allá del 48 d. C. Por esto, es razonable llegar a la conclusión de que el hambre mencionada en Hech. 11 ocurrió en algún momento entre el 44 y el 48 d. C.; y puesto que coincidió con los períodos de ambos procuradores, lo más probable es que hubiera ocurrido hacia el principio y no hacia el fin de ese período.

Expulsión de los judíos de Roma.-

Cuando Pablo llegó a Corinto en su segundo viaje misionero, encontró allí a Aquila y a Priscila, matrimonio judío que acababa de salir de Roma cuando Claudio expulsó a los judíos de esa ciudad (Hech. 18: 1-2). El único escritor antiguo que menciona una fecha para este suceso es el historiador Orosio, del siglo V (Historia vii. 6. 15). Presenta a Josefo como su fuente documental para ubicar la expulsión de los judíos ordenada por Claudio en el año 9.º de ese emperador (48-49 d. C.) Aunque ahora no existe ningún texto de Josefo que registre ese hecho, no hay razón para concluir que la afirmación de Orosio sea equivocada.

Galión, procónsul de Acaya.-

En algún momento de la permanencia de Pablo en Corinto, en ocasión de su segundo viaje misionero, Galión fue procónsul en Acaya (Hech. 18: 12). Los procuradores permanecían en su cargo de acuerdo a la voluntad del emperador, pero los procónsules, que eran nombrados por el senado romano, normalmente sólo gobernaban un año, aunque a veces podían permanecer durante dos. Por eso es probable que Galión no estuviera mucho tiempo en Acaya. Una inscripción fragmentaria de Claudio procedente de Delfos, en Acaya, se refiere a Galión como procónsul. Otras inscripciones del mismo reinado ayudan a fijar la fecha

en el 51 ó 52 d. C. Los procónsules normalmente ocupaban su cargo a fines del mes de junio, por lo tanto parece que Galión fue procónsul en Acaya desde mediados del 51 d. C. hasta mediados del 52 d. C., o desde mediados del 52 hasta 102 mediados del 53 d. C. Si fue procónsul durante dos años, su gobierno podría haber abarcado este período entero.

Gobierno de Festo.-

En Hech. 24: 27 a 25: 12 se indica que los dos años cuando Pablo estuvo encarcelado en Cesarea terminaron no mucho después de que Festo sucediera a Félix como procurador romano de Judea. Las fuentes documentales de que disponemos no permiten establecer una fecha exacta para ese cambio de gobierno. Su fecha más antigua posible podría determinarse por el hecho de que dos años antes (cap. 24: 27), cuando Pablo fue detenido en Jerusalén, el revolucionario egipcio con quien fue confundido el apóstol evidentemente hacía poco que había llevado a cabo su rebelión y escapado (cap. 21: 37-38). Josefo afirma que esto ocurrió durante el gobierno de Félix (Antigüedades xx. 8. 6; Guerra ii. 13. 5), e indica que Nerón era emperador en ese tiempo (Antigüedades xx. 8. 4-5). Nerón subió al trono en octubre del 54 d. C., por lo tanto la detención de Pablo, que ocurrió en el tiempo de Pentecostés, no podría haber sido antes de fines de junio del 55 d. C. Por eso la primera fecha posible para el traslado de Pablo a Roma podría haber sido algo más de un año después (los "dos años" de Lucas, Hech. 24: 27; ver t. II, pp. 139-140), entre octubre y noviembre del 56 d. C. Como en ese tiempo Festo acababa de llegar, su gobierno no podría haber comenzado antes del 56 d. C.

La última fecha posible para la llegada de Festo debe deducirse del hecho de que Albino, el sucesor de Festo, era procurador en el tiempo de la fiesta de los tabernáculos en el otoño (septiembre-noviembre) del 62 d. C., "cuatro años antes de la guerra" (Josefo, Guerra vi. 5. 3). Puesto que parece probable que Festo gobernó por lo menos dos años, la última fecha que razonablemente se puede atribuir al comienzo de su gobierno es el año 60 d. C.

Entre los dos extremos -56 y 60 d. C.- la fecha más probable para la sucesión de Félix por Festo parecería corresponder con la última parte de ese período. El nombramiento de Félix sin duda ocurrió algún tiempo antes de que muriera Claudio, y fue confirmado por Nerón cuando éste ocupó el trono del imperio (54 d. C.; Id. ii. 12. 8; 13. 2). Más de un año antes de la llegada de Festo, Pablo le dijo a Félix: "Desde hace muchos años eres juez de esta nación" (Hech. 24: 10). Esto indica que su gobierno difícilmente podría haber terminado mucho antes del 60 d. C. Por lo tanto, parece lógico ubicar la llegada de Festo a Palestina alrededor del año 60 d. C.

III. Fechas tomadas del Nuevo Testamento

En el libro de los Hechos, Lucas toma en cuenta el desarrollo cronológico de su narración, más que la mayoría de los escritores del Nuevo Testamento. Por eso, además de los sucesos que acabamos de tratar, y que él sincroniza aproximadamente con acontecimientos de la historia secular, Lucas también proporciona otros elementos cronológicos en su narración que ayudan en la

reconstrucción de una cronología. Además, Pablo mismo presenta varias declaraciones incidentales que proporcionan más informaciones.

Pablo aparece por primera vez en el relato de Hechos en el momento del apedreamiento de Esteban. No hay ninguna evidencia histórica para la fecha de la muerte de Esteban; sin embargo, ciertos datos proféticos sugieren una fecha. Las 70 semanas de la profecía de Daniel comenzaron en el año 457 a. C. (ver com. Dan. 9:25 y t. III, pp. 100-108) y terminaron en el año 34 d. C. Este período, de acuerdo con lo que el ángel le dijo a Daniel, estaba determinado para el "pueblo" del profeta (vers. 24). Fue un período especial concedido a los judíos, después del cual es razonable deducir que cesaría su situación especial como el pueblo escogido de Dios. De los acontecimientos registrados en Hechos, el apedreamiento de Esteban por orden 103 del sanedrín es quizás la señal más clara del rechazo oficial del cristianismo por parte de la nación judía. Los apóstoles continuaron tratando de convertir a los judíos y no fueron inmediatamente a los gentiles con el Evangelio; pero poco después de la muerte de Esteban se convirtió Pablo, el apóstol especialmente consagrado a los gentiles. Alrededor de ese mismo tiempo Pedro bautizó a Cornelio, el centurión romano (Hech. 10: 44-48). Todo esto permite señalar el apedreamiento de Esteban como una clara señal de la terminación de las 70 semanas (ver CS 375). Teniendo esto en cuenta, el año 34 d. C. ha sido tomado por este Comentario como una fecha aceptable para el apedreamiento de Esteban. La conversión de Pablo tuvo que haber ocurrido poco después.

Después de su conversión, probablemente en el año 35 d. C., Pablo permaneció en Damasco "muchos días" (cap. 9: 23). Su siguiente viaje registrado en los Hechos fue a Jerusalén después de haber escapado de Damasco en una canasta (Hech. 9: 25-26; cf. 2 Cor. 11: 32). Su retiro a Arabia (Gál. l: 17) debe haber ocurrido antes de que fuera a Jerusalén, puesto que en ese tiempo aún no había visitado esa ciudad después de su conversión. Su primera visita a Jerusalén fue "tres años" después de su conversión (Gál. l: 18), visita que puede ubicarse alrededor del año 38 d. C. La visión mencionada en Hech. 22: 17-21 probablemente ocurrió en ese tiempo. Pablo viajó a Tarso después de su visita a Jerusalén (cap. 9: 30). Bernabé lo encontró allí algunos años más tarde, y lo invitó para que ayudara en la obra en Antioquía. Pablo permaneció "todo un año" (cap. 11: 25-26) en Antioquía. El profeta Agabo predijo "en aquellos días" un hambre en Judea, y la iglesia de Antioquía envió a Pablo y a Bernabé a Jerusalén con (vers. 27-30). "En aquel tiempo" (cap. 12: 1), probablemente mientras Pablo estaba en Antioquía y no después de su visita a Jerusalén con Bernabé (ver la segunda Nota Adicional de Hech. 12), Herodes dio muerte a Jacobo y encarceló a Pedro (vers. 1-3), pero murió poco después, en el año 44 d. C. (ver p. 101).

Al final de su permanencia de un año en Antioquía, alrededor del año 44-45 d. C., Pablo y Bernabé comenzaron su primer viaje misionero. No se sabe cuánto duró ese viaje, pero cuando regresó Pablo, permaneció en Antioquía "mucho tiempo" (Hech. 14: 28). Cuando surgió una disensión debido a que los gentiles habían sido admitidos en la iglesia sin ser circuncidados, Pablo, Bernabé y otros fueron a Jerusalén, donde el problema quedó resuelto en un concilio con los apóstoles (cap. 15). Lo más probable es que esta visita sea la misma que

Pablo menciona en Gál. 2: 1, que ocurrió "pasados catorce años", pues en ambos casos lo que estaba en juego era la circuncisión (ver Nota Adicional de Hech. 15). Con todo, el contexto no indica claramente de cuál acontecimiento se debe partir para computar esos catorce años. Podría entenderse que comenzaron con la conversión de Pablo (Gál. l: 15-16), o con su primera visita a Jerusalén tres años más tarde (vers. 18). Por eso no puede decirse precisamente cuándo tuvo lugar el concilio de Jerusalén, pero aproximadamente podría haber sido alrededor del año 49 d. C.

"Algunos días" (Hech. 15: 36) después del regreso de Pablo a Antioquía, éste propuso el segundo viaje misionero a Bernabé, y cuando se presentó un desacuerdo entre los dos, Pablo emprendió viaje con Silas. Después de predicar en Frigia, Galacia y Misia, llegaron a Troas; de allí viajaron por barco a Macedonia y predicaron en Filipos, Tesalónica y Berea. Posteriormente Pablo fue a Atenas, y después de lo que le sucedió en el Areópago se estableció en Corinto, donde permaneció "un año y seis meses" (cap. 18: 11). Durante la última parte de este período, o quizá al final, posiblemente ocurrieron las insurrecciones contra el procónsul Galión, que ya hemos ubicado aproximadamente entre los veranos (junio- agosto) del 51 y el 53 d. C. 104 "Pablo habiéndose detenido aún muchos días allí" (vers. 18) partió para Palestina. En armonía con esta comprobación, el regreso de Pablo de su segundo viaje misionero puede ubicarse aproximadamente en el año 52 d. C.

Antes de comenzar su tercer viaje misionero, que probablemente se extendió desde el año 53 al 58 d. C., Pablo pasó otra vez "algún tiempo" en Antioquía (cap. 18: 23). Después viajó por Galacia y Frigia, y prosiguió a Efeso, donde pasó "tres años" (cap. 20: 31). Después pasando por Macedonia, llegó a Grecia donde estuvo tres meses (vers. 3), y regresando por Macedonia aproximadamente durante el tiempo de la pascua en la primavera (marzo-abril), fue a Troas, en el Asia Menor, de donde viajó por mar a Mileto y de allí a Palestina, adonde llegó aproximadamente a mediados de junio, a tiempo para la celebración de Pentecostés, quizá en el año 58 d. C. Pablo fue atacado en Jerusalén por una turba y puesto en prisión, y poco después fue llevado a Cesarea en donde permaneció "dos años" (cap. 24: 27), hasta que Festo, poco después de su llegada (c. 60 d. C., ver p. 102), lo envió a Roma para que compareciera ante César. Pablo y los que iban con él viajaron por mar en el otoño (septiembre-noviembre), pero no completaron su travesía pues naufragaron y se vieron obligados a invernar en la isla de Malta (cap. 27: 12, 14-44; 28: 1). "Pasados tres meses" (cap. 28: 11) pudieron continuar su viaje, y llegaron a Roma quizá a principios de la primavera (marzo-mayo) siguiente, en el año 61 d. C. Pablo estuvo preso unos dos años en Roma. En vista de que Lucas presenta ese período como "dos años enteros" (cap. 28: 30), probablemente se trató de algo más de dos años, y tal vez fue del 61 al 63 d. C.

En este punto concluye el registro de los Hechos, y la cronología siguiente sólo se puede trazar mediante conjeturas que dependen de pruebas circunstanciales que se hallan en epístolas posteriores de Pablo. Dos epístolas, 1 Timoteo y Tito, presentan un esquema de viajes de Pablo y de sus compañeros de viaje que no se ajusta con el desarrollo del relato de los Hechos. Por eso es razonable llegar a la conclusión de que Pablo fue dejado en

libertad después de "dos años enteros" de encarcelamiento en Roma, y que los viajes registrados en esas dos epístolas acontecieron después de que fue dejado libre. No podemos determinar cuánto tiempo estuvo en libertad. Si fue liberado en el año 63 d. C., podría haber estado lejos de la ciudad durante la persecución de Nerón que siguió al gran incendio de Roma en julio del año 64 d. C. Durante ese período sus viajes lo llevaron por lo menos a Creta (Tito 1: 5) y a Efeso (1 Tim. 1: 3); probablemente a Macedonia (1 Tim. 1: 3) y a Grecia (2 Tim. 4: 20), y quizá a España (Rom. 15: 24, 28; cf. con la tradición registrada por Clemente de Roma, de que Pablo llegó al "límite del oeste" [Primera epístola de Clemente a los corintios 51]). Durante esos viajes Pablo sin duda fue una vez más arrestado, quizá en Troas (2 Tim. 4: 13), y se lo llevó a Roma. En 2 Tim. aparece como preso en esa ciudad, y esta vez esperaba morir pronto (cap. 4: 6). Es de suponer que su sentencia de muerte no habría ocurrido sin otra audiencia ante Nerón, y como éste salió de Roma en septiembre del año 66 d. C. para visitar Grecia, el juicio de Pablo pudo haber ocurrido poco antes de esa fecha. Es razonable ubicar su muerte poco después, quizá en el año 67 d. C.

IV. Cronología aproximada de los Hechos

d. C.

31 Crucifixión, ascensión, Pentecostés (ver t. V, pp. 242-246).

34 Esteban apedreado; la iglesia perseguida; el Evangelio

llevado a Samaria.

35 Conversión de Pablo.

35-38 Pablo en Damasco y en Arabia. 105

38 Pablo escapa de Damasco durante el reinado de Aretas;

visita a Jerusalén "pasados tres años" (Gál. 1: 18); va a Tarso.

44 Jacobo, hermano de Juan, es martirizado; Pedro encarcelado en

el tiempo de la pascua; muere Agripa I.

44-45 Bernabé trae a Pablo a Antioquía; Pablo queda allí

"todo un año" (Hech. 11:26).

45 Bernabé y Pablo llevan la ayuda a los afectados por el hambre

en Jerusalén.

45-47 Primer viaje misionero de Pablo; a su regreso permanece

en Antioquía "mucho tiempo" (Hech. 14: 28).

49 Concilio de Jerusalén, "pasados catorce años" (Gál. 2: 1).

49 Pablo comienza su segundo viaje misionero; predica

en Frigia, Galacia, y entra en Europa.

51 Pablo llega a Corinto, y queda allí un año y medio.

52 Fin del segundo viaje misionero; Pablo permanece

"algún tiempo" en Antioquía (Hech. 18: 23).

53-58 Tercer viaje misionero de Pablo; viaja por Asia Menor;

permanece tres años en Efeso; viaja por macedonia; permanece

tres meses en Corinto.

58-60 Pablo encarcelado en Cesarea por "dos años" (Hech. 24: 27);

sale entre septiembre y noviembre.

60-61 Pablo viaja a Roma; llega entre marzo y mayo.

61-63 Pablo permanece preso en Roma por "dos años enteros" (Hech. 28: 30).

63-66 Pablo viaja por Creta, Asia Menor y Macedonia.

67 Muerte de Pablo.

V. Cronología aproximada de las epístolas de Pablo

La cronología del ministerio de Pablo constituye la base para un esquema cronológico de las cartas suyas que existen. Sin embargo, aún no se puede hacer una cronología absoluta de la vida y del ministerio de Pablo, porque el material documental del cual dependemos es demasiado fragmentario o ambiguo. Por lo tanto, puede sugerirse más de una fecha posible para la mayoría de los acontecimientos de su vida (ver pp. 100-104). Por esta razón no es posible asignar fechas definitivas a sus diversas cartas.

Sin embargo, el margen de diferencia con las fechas que se presentan en este artículo no puede ser grande. Si hubiera unos pocos años de diferencia entre las fechas verdaderas y las que aquí sugerimos, no puede haber duda de que estas fechas, basadas en todas las fuentes documentales disponibles, están muy cerca de ser correctas. Si se descubrieran datos cronológicos que Fijaran definidamente las fechas de los gobiernos de Félix, Festo o Sergio Paulo, sería posible situar la cronología de Pablo sobre una base más firme; pero mientras no pueda hacerse esto, cualquier esquema cronológico sólo puede ser aproximado.

Por lo tanto, el esquema que presentamos a continuación no pretende ser definitivo en cuanto a la cronología de las cartas de Pablo, pero representa los resultados de un esfuerzo honrado por relacionar lógica y armoniosamente todos los datos disponibles, inspirados o seculares, bíblicos o extrabíblicos, que proyecten luz sobre el tema que estamos tratando. Las epístolas son examinadas en su supuesto orden cronológico. (Ver también las Introducciones respectivas.)

1 Tesalonicenses.-

Esta es la primera epístola de Pablo que se ha preservado, pero quizá no sea su primera carta a una iglesia, pues en ese tiempo parece que ya era conocido como escritor de cartas. Esto se deduce de su advertencia contra epístolas falsas que llevaran su nombre, que pudieran haber estado circulando poco después, cuando fue escrita la segunda carta a los tesalonicenses (2 Tes. 2: 2). El hecho de que al mismo tiempo Pablo llamara la atención a sus lectores a su firma personal como una característica de "toda carta" suya (cap. 3: 17), también insinúa 106 que entre las iglesias estaban circulando cartas falsas con su nombre. Estas cartas sólo podrían haber tenido éxito si Pablo ya hubiera sido conocido como un hombre que con frecuencia expresaba su opinión mediante cartas dirigidas a iglesias o individuos. Parece probable que una cantidad de cartas, ahora perdidas, precedieron a 1 Tesalonicenses.

La iglesia de Tesalónica, a la cual fue dirigida 1 Tesalonicenses, había sido fundada por Pablo durante su segundo viaje misionero (49-52 d. C.). Tesalónica, la capital de Macedonia, tenía unos 200.000 habitantes, y estaba gobernada por

siete magistrados que dependían de un prefecto. No se sabe cuánto tiempo permaneció Pablo en Tesalónica antes de que los disturbios provocados por los judíos lo obligaran a salir de la ciudad y a continuar su viaje. Su permanencia parece haber sido corta, como puede ingerirse por su deseo de volver a Tesalónica tan pronto como pudiera, para terminar una obra que consideraba que aún necesitaba atención. Pablo viajó de Tesalónica a Berea y después a Atenas, dejando conversos en cada lugar por donde pasaba; y desde Atenas envió a Timoteo a Tesalónica, pues pensó que él no podía ir (1 Tes. 2: 17 a 3: 6). Cuando Timoteo regresó con Silas, Pablo había continuado viaje a Corinto (Hech. 18: 5), donde Timoteo le informó en cuanto a la condición espiritual de la iglesia de Tesalónica. Pablo, comprendiendo que se habían entendido mal algunas de sus enseñanzas y que esto necesitaba inmediata atención, escribió una carta conocida como 1 Tesalonicenses.

Por lo tanto, parece que 1 Tesalonicenses fue escrita poco después de la llegada de Pablo a Corinto. De acuerdo con la cronología aproximada del ministerio de Pablo, aceptada por este Comentario, esto pudo haber sido en el año 51 d. C. (ver pp. 1039 105).

2 Tesalonicenses.-

Esta carta no pudo haber sido escrita mucho después de la primera, porque sus contenidos son similares y al comienzo de ella se mencionan los mismos compañeros de Pablo: Silas y Timoteo (2 Tes. 1: 1; cf. 1 Tes. 1: 1). Probablemente esta segunda carta se produjo debido al regreso desde Tesalónica del portador de la primera epístola, mediante quien Pablo supo que sus palabras acerca de la inminencia del segundo advenimiento estaban siendo mal entendidas y tergiversadas por algunas personas de la iglesia. Por esto dio un tono vigorosamente profético a esta nueva exposición de su enseñanza en cuanto a la segunda venida de Cristo, tono que revelaba a sus lectores que ciertos grandes sucesos, especialmente el reinado del anticristo, precederían al regreso del Señor.

Estas consideraciones son la base para ubicar la segunda carta a los Tesalonicenses no mucho después de la primera, ya sea en los últimos meses del año 51 d. C. o en los primeros meses del año 52 d. C., mientras Pablo se ocupaba activamente en edificar espiritualmente la iglesia cristiana de Corinto, que él había fundado con su esfuerzo.

1 Corintios.-

Esta carta fue escrita desde Efeso (1 Cor. 16: 8), donde el apóstol Pablo trabajó por unos tres años (54-57 d. C.) durante su tercer viaje misionero (Hech. 20: 31; cf. HAp 236). Anteriormente Pablo había enviado una carta a Corinto para amonestar a sus lectores a que no se juntaran con los fornicarios (1 Cor. 5: 9). De modo que lo que ahora llamamos Primera Epístola a los Corintios, es en realidad la segunda carta dirigida a esa iglesia. Fue motivada, en primer lugar, por los informes que recibió Pablo acerca de ciertas condiciones deplorables que había en Corinto (cap. 1: 11; 5: 1), las cuales demandaban urgente atención (cap. 1 a 6); y en segundo lugar, por una cantidad

de preguntas hechas al apóstol por los corintios (cap. 7: 1; 8: 1; 12: 1; 16: 1), preguntas que exigían respuestas detalladas.

La carta fue escrita no mucho antes de que el apóstol saliera de Efeso. Pablo 107 había hecho planes para salir de la ciudad poco después de Pentecostés (1 Cor. 16: 8), pero es evidente que el estallido del tumulto que describe Lucas en Hech. 19: 23-41 lo obligó a salir antes. Estas circunstancias históricas, aludidas en la. carta, hacen posible que su redacción pueda situarse entre abril y junio del año 57 d. C., cuando se aproximaba la salida de Pablo de Efeso. No es seguro, pero sí posible, que Tito fuera el encargado de llevar esta epístola.

2 Corintios.-

La fecha de esta carta puede fijarse con facilidad, pues fue escrita en Macedonia poco después de que Pablo saliera de Efeso en el año 57 d. C. Puesto que los esfuerzos anteriores de Pablo para remediar los males que existían en esa ciudad no habían tenido éxito (2 Cor. 2: 1; 12: 2 1), el apóstol había decidido hacer otro intento de reconciliación por medio de Tito, su joven ayudante en el ministerio.

Tito había viajado de Efeso a Corinto probablemente en marzo o abril del año 57 d. C., y podría haber llevado lo que conocemos como Primera Epístola a los Corintios. Cuando Tito partió, él y Pablo convinieron en que después de haber cumplido con su misión en Corinto, Tito iría a Troas, donde Pablo esperaba encontrarlo (cap. 2: 12-13). Pero el chasco del apóstol fue grande, pues cuando llegó a Troas supo que Tito aún no había llegado. Aunque encontró en Troas buenas perspectivas para una obra de éxito, continuó su viaje a Macedonia, y sintió un gran alivio al encontrarse con Tito en una de las ciudades de Macedonia. El gozo de encontrarse con él se debió especialmente al buen informe que recibió Pablo del cambio de corazón de los miembros descarriados de Corinto, quienes no sólo habían recibido gozosamente a Tito como representante de Pablo, sino que también habían aceptado su mensaje de reprensión y habían reparado sus yerros (cap. 7: 5-7).

Cuando Pablo supo que la cuidadosa obra de Tito había tenido un éxito que superaba todas las previsiones, pidió al joven que regresara a Corinto y continuara la buena obra ya comenzada (cap. 8: 16-18, 22-24), mientras él se ocupaba de las iglesias de Macedonia. Pablo dio a Tito otra carta, nuestra 2 Corintios, en la que elocuentemente expresaba su gozo por los buenos informes que había recibido en cuanto a la iglesia de Corinto. También les anunciaba su plan de ir a Corinto después de una corta permanencia en Macedonia (cap. 12: 14; 13: 1); por lo tanto, esta carta pudo haber sido escrita en el verano (junio-agosto) del año 57 d. C.

Gálatas y Romanos.-

Los eruditos sostienen dos puntos de vista acerca de la fecha de la carta a los Gálatas. La mayoría de ellos cree que fue escrita durante la primera visita de Pablo a Corinto, aproximadamente en el mismo tiempo cuando se escribieron las

dos cartas a los Tesalonicenses. Esta afirmación se basa en la sorpresa expresada por Pablo de que los gálatas hubieran dejado "tan pronto" el Evangelio que él les había predicado, cambiándolo por "otro diferente" (Gál. 1: 6). Es evidente que en esta epístola Pablo relata sus vicisitudes personales hasta el tiempo del concilio de los apóstoles en Jerusalén (ver Gál. 1: 15 a 2: 10; Hech. 15), el cual precedió a la evangelización que llevó a cabo en Galacia durante su segundo viaje misionero (Hech. 16: 6). Por lo tanto, los que sostienen esta opinión concluyen que la referencia de que los gálatas habían apostatado "tan pronto" significa que Pablo les escribía poco después de haberlos visitado en su segundo viaje. Entre su visita a las iglesias de Galacia durante la parte inicial del segundo viaje misionero (Hech. 16: 6) y su primera permanencia en Corinto, quizá transcurrieron menos de dos años, período que bien podría justificar el uso del adverbio "pronto". Pero los que creen en una fecha posterior, destacan que el vocablo "pronto" de Gál. 1: 6 no puede interpretarse como que fije un límite definido de tiempo. "Pronto" podría también referirse a un breve intervalo después de la visita de Pablo en su tercer viaje misionero.108

Según otro punto de vista, la Epístola a los Gálatas la escribió Pablo durante los tres meses que permaneció en Corinto, durante su tercer viaje misionero, alrededor del año 58 d. C. Esta afirmación se basa en el hecho de que las dos cartas -Gálatas y Romanos- son tan parecidas en su tema, que se hace probable que fueran redactadas aproximadamente en el mismo tiempo. Gálatas se debió a una controversia doctrinal que conmovió muchísimo el alma de Pablo; y Romanos presenta una ampliación del mismo tema, por lo cual pudo haber sido escrita poco después de Gálatas.

Gálatas fue escrita debido a la noticia de la apostasía de las iglesias cristianas en la provincia de Galacia. Bajo la influencia de algunos judaizantes, esos cristianos estaban procurando salvarse por las obras (ver p. 35). Pablo se preocupó tanto por la gravedad de la situación, según le parecía por los informes que había recibido, que escribió a los gálatas la más severa de sus cartas que aún se conservan. El había fundado las iglesias de la provincia de Galacia y las amaba de un modo especial, por lo tanto su apostasía le produjo tanta pena que ningún esfuerzo le pareció demasiado grande para corregir ese mal. Este Comentario prefiere la fecha última: alrededor del año 58 d. C.

Por ese mismo tiempo, mientras el corazón de Pablo estaba saturado con el tema de la justificación por la fe, parece que también escribió su carta a los Romanos (HAp 299-300, 307).

La Epístola a los Romanos contiene varias afirmaciones claras en cuanto al tiempo cuando fue escrita. Pablo tenía el plan de continuar su obra en el Occidente, especialmente en España (Rom. 15: 24, 28), país al que esperaba visitar en un futuro cercano. Sin embargo, primero tenía que hacer un breve viaje a Jerusalén, porque se sentía comprometido a entregar personalmente a los pobres de esa ciudad los fondos que había reunido para ellos en las iglesias de Grecia y Macedonia (vers. 25-27). Durante su proyectado viaje a España, esperaba cumplir con un deseo acariciado por muchos años: visitar la iglesia de

Roma (cap. 1: 8-11; 15: 23-24).

Las afirmaciones acerca de los planes de viaje de Pablo, muestran claramente que la carta a la iglesia de Roma fue escrita poco antes de su viaje de Corinto a Jerusalén. Puesto que Pablo salió de Corinto poco antes de la época de la pascua del año 58 d. C. (Hech. 20: 16), después de haber pasado tres meses en Grecia (vers. 3), puede concluirse que la Epístola a los Romanos fue escrita durante los primeros meses del año 58 d. C. Gálatas fue probablemente escrita poco antes, a fines del año 57 d. C. o a principios del 58.

Las epístolas de la prisión.-

Las epístolas de la prisión son Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. Que estas epístolas fueron escritas sin duda durante un encarcelamiento del apóstol, está indicado claramente en los siguientes pasajes: Efe. 6: 20; Fil. 1: 13-14; Col. 4: 18; File. 1, 9.

Es evidente que las epístolas a los Efesios, a los Colosenses y a Filemón fueron enviadas aproximadamente al mismo tiempo, porque en ellas Pablo nombra a los mismos individuos. Pablo envió a Tíquico y a Onésimo con las cartas a Efeso, a Colosas y a Filemón (Efe. 6: 21; Col. 4: 7-9). Onésimo era un esclavo que había huido de Filemón, pero había sido convertido por Pablo durante el encarcelamiento del apóstol y ahora estaba dispuesto a regresar a su amo Filemón, en Colosas (File. 10-11). Pablo escribió la Epístola a Filemón como una súplica al amo de Onésimo en favor de su esclavo.

Desde el comienzo de la era cristiana, se ha considerado a Roma como el lugar desde donde fueron enviadas las epístolas de la prisión. Generalmente se las ha ubicado en la parte final del encarcelamiento del apóstol en Roma, pues en ellas expresa la esperanza de ser liberado, para lo cual tuvo que haber tenido alguna 109 razón (Fil. 2: 24; File. 22). Su encarcelamiento en Roma duró dos años (Hech. 28: 30), desde marzo-mayo del año 61 d. C. hasta el 63 d. C., según la cronología del ministerio de Pablo aceptada por este Comentario. Por lo tanto, a Efesios, Colosenses y Filemón se les puede asignar la fecha aproximada del año 62 d. C.

Algunos eruditos creen que estas tres epístolas corresponden con los dos años de encarcelamiento de Pablo en Cesarea (probablemente de marzo-mayo del año 58 d. C. a septiembre-noviembre del 60 d. C.), o también con un período incierto de encarcelamiento en el Asia Menor. Afirman que la esencia de estas cartas demanda una proximidad geográfica mayor entre Pablo y aquellos a quienes las dirige, que la que hubiera existido si Pablo las hubiese escrito desde Roma; sin embargo, estos argumentos no son muy convincentes, y las teorías de hacer corresponder las epístolas de la prisión con el cautiverio en Cesarea u otro encarcelamiento desconocido de Pablo, por lo general han recibido una respuesta poco favorable de los especialistas en el Nuevo Testamento.

La carta a los Filipenses es quizá la última de las epístolas de la prisión. Da a entender que Pablo había estado en Roma durante algún tiempo, y ya había visto abundantes frutos de sus labores (ver com. Fil. 1: 12-14). Además, la

atmósfera de toda la carta es de alegría. Es evidente que Pablo esperaba un resultado favorable de su apelación a César (Hech. 25: 10-12), lo que le permitiría visitar una vez más a su amada iglesia de Filipos (Fil. 2: 24); y al mismo tiempo, sus palabras no dejan ninguna duda en la mente de sus lectores de que una decisión desfavorable no le hubiera sorprendido (Fil. 1: 19-20, 22-25). Por lo tanto, puede llegarse a la conclusión de que la carta a los Filipenses quizá fue escrita en el año 63 d. C.

Hebreos.-

"La Epístola del apóstol San Pablo a los Hebreos", como aparece en la Vulgata, o sencillamente "A los hebreos", como se lee en el griego, difiere de las otras trece epístolas paulinas en que el texto no contiene en ninguna parte el nombre del autor. Pablo comienza con su nombre cada una de sus otras cartas conocidas (cf. com. Rom. 1: 1). Desde los comienzos del cristianismo se ha discutido mucho si Pablo fue realmente el autor de esta epístola. La conclusión de este Comentario es que si Pablo no escribió personalmente la carta a los Hebreos, sin embargo ella contiene sus enseñanzas, por lo cual puede ser contada entre sus epístolas (un estudio más completo de este problema se halla en la Introducción de la Epístola a los Hebreos, en el t. VII).

Sin embargo, aceptar a Pablo como autor de Hebreos no resuelve los problemas referentes al lugar de su origen y a la fecha. No se sabe dónde se escribió la carta, aunque la declaración "los de Italia os saludan" (Heb. 13: 24), a pesar de ser ambigua, sugiere que fue escrita en Italia.

También hay incertidumbre en cuanto a la fecha de su escritura. Clemente de Roma ya conocía la carta en el año 95 d. C., pues al escribir a los corintios en ese año citó Heb. 1: 3-14 (Clemente, primera epístola a los corintios 36). Esto prueba que la carta era conocida en Roma antes del fin del siglo I, y que su origen debe buscarse en la era apostólica. En realidad, hay indicios de que la epístola fue escrita antes de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d. C., pues si no fuera así, es de esperar que un autor que destaca la inutilidad del antiguo pacto y su servicio simbólico, como lo hace el autor de Hebreos, ciertamente habría hecho notar la cesación del ritual relacionado con ese servicio si el templo ya hubiera sido destruido. Si esos acontecimientos ya hubieran sucedido, habrían reforzado los argumentos del autor de Hebreos en una forma tan convincente, que sin duda alguna los hubiera presentado en su demostración. Sin embargo, como tácitamente dice que el servicio del templo aún se llevaba a cabo (ver cap. 9: 6, donde la forma verbal "entran" [BC, BJ, 110 RVR] tiene en el texto griego el sentido de "estar entrando" y que el antiguo pacto estaba "próximo a desaparecer" (cap. 8: 13), hacen que parezca probable que el templo aún no había sido destruido cuando se escribió Hebreos. Teniendo esto en cuenta, es posible fijar la fecha de esta carta durante la época de Pablo, cuya muerte ocurrió alrededor del año 67 d. C.

Se ha escogido el año 63 d. C. como la fecha de la escritura de Hebreos, y Roma como su lugar de origen, sin que esto impida que haya otras fechas y otros lugares que pudieran corresponder con la pauta de interpretación seguida por este Comentario. Esto ubicaría la carta al final del primer encarcelamiento de

Pablo en Roma.

Las epístolas pastorales.-

Las cartas a Timoteo y a Tito son llamadas "epístolas pastorales", porque se refieren en gran medida a los deberes de los que están a cargo de las iglesias y de los problemas de la administración de la iglesia. En este sentido pueden ser llamadas "los manuales de iglesia" más antiguos. Se las dirige a dos de los más jóvenes colaboradores de Pablo. Parece claro que se escribieron en el tiempo del ministerio del apóstol que siguió a su primer encarcelamiento en Roma (ver p. 32). Puesto que esta parte de la vida de Pablo no está incluida en los Hechos, poco se sabe de sus vicisitudes y viajes durante ese tiempo.

Se desconoce la extensión del período de los últimos viajes de Pablo; sin embargo, es bastante seguro que su vida terminó en Roma, en tiempo de Nerón. Este murió en el 68 d. C., por lo cual la muerte de Pablo no pudo ser posterior a esa fecha, y podría haber ocurrido en el año anterior. Por eso, su último encarcelamiento, que probablemente continuó a través de un invierno (2 Tim. 4: 21), podría ser ubicado en el 66-67 d. C. Si Pablo primero llegó a Roma en el 61 d. C., sus dos años de encarcelamiento habrían terminado en el 63 d. C. Esto deja unos tres años para sus últimos viajes: 63-66 d. C.

Como Pablo había indicado en sus epístolas de la prisión que anhelaba visitar las iglesias de Asia y Macedonia tan pronto como le fuera posible (Fil. 2: 24; File. 22), puede concluirse que viajó a esos lugares poco después de haber quedado libre. Visitó a Efeso, la ciudad principal de la provincia de Asia, antes de seguir a Macedonia (1 Tim. 1: 3), donde se encontraba su amada iglesia de Filipos. La primera carta a Timoteo fue escrita después de esas visitas, y por eso su fecha podría fijarse aproximadamente un año después de su liberación, quizá en el año 64 d. C.

La carta a Tito parece que fue escrita un poco después, aunque su material es muy similar al de la primera carta a Timoteo. Hace referencia a la obra de Pablo en la isla de Creta, lo que podría haber acontecido también durante este último viaje misionero (Tito 1: 5). Sin embargo, cuando la carta fue escrita Pablo ya había dejado la isla, y quizá había ido a Grecia dejando a Tito a cargo de la obra en Creta. Al referir a Tito su plan de pasar el invierno siguiente en Nicópolis, en la costa occidental de Grecia, pidió a su joven colaborador que se encontrara allí con él (cap. 3: 12). Si se calcula un año para el viaje de Pablo en Asia Menor y Macedonia y algún tiempo para su obra en Creta y Grecia, la fecha de su carta a Tito podría ser alrededor del 65 d. C.

Los viajes posteriores de Pablo probablemente lo llevaron a Corinto, a Mileto (sur de Efeso) y a Troas (2 Tim. 4: 13, 20), y sin duda también a otras ciudades. Troas parece haber sido la ciudad donde él fue otra vez arrestado.

Después de su arresto, quizá en el año 66 d. C., Pablo fue llevado de nuevo a Roma. En el tiempo cuando escribió su segunda carta a Timoteo, parece que ya había comparecido una vez ante el tribunal, pero aún no había sido sentenciado (2 Tim. 4: 17). Aunque indudablemente tenía poca esperanza de un veredicto

favorable (vers. 6), parece que pensaba que podría pasar por lo menos el invierno siguiente 111 en Roma (vers. 21), quizá porque sabía por experiencia cuán lentamente actuaban los tribunales romanos. Si esta expectativa suya se cumplió, y murió en e año 67 d. C., la segunda carta a Timoteo podría corresponder entre septiembre noviembre del año 66 d. C. Hasta donde sepamos, con esta carta terminaron la actividades literarias de Pablo. Las cartas suyas que se han preservado, abarcan u período de unos 15 años: 51-66 d. C.

Bibliografía

Metzger, Henri. Las rutas de San Pablo en el oriente griego. Traducción de Sebastián Bártima, S. J. Vol. 4 de "Colección Cuadernos de Arqueología Bíblica". Barcelona: Ediciones Garriga, S. A., 1962 (66 pp.). Cronología, bibliografía e índice de ilustraciones y materias. Es un breve comentario sobre el relato de los tres viajes misioneros de Pablo en Asia Menor y Grecia, y de su viaje a Roma llevado como preso. Se describen los paisajes y los pueblos que recorrió el apóstol. Obra bien ilustrada con fotografías, niapas y planos.

Rops, Daniel. San Pablo. Título original: Saint Paul, conquérant du Christ. Traducción de Fernando Gutiérrez. Barcelona: Aymá Editores, 1953 (187 pp.). Índice de ilustraciones y materias. Daniel Rops es el seudónimo de Henri Petiot (1901-1965), famoso escritor francés católico, que con erudición y claridad se ocupó de temas bíblicos. En esta obra reconstruye con precisión la vida y los trabajos de Pablo. 113

COMENTARIO

sobre los libros de

HECHOS

ROMANOS

1 CORINTIOS

2 CORINTIOS

GALATAS

EFESIOS

117